

CARLOS R. TOBAR

**(DE VARIAS SOCIEDADES CIENTÍFICAS Y LITERARIAS
DE EUROPA Y AMÉRICA)**



MÁS BROCHADAS

MALOS DIBUJOS

TRES DISCURSOS

BARCELONA

IMPRESA DE LUIS TASSO SERRA

ARCO DEL TEATRO, 21 Y 23

1888

1^a copia - 1/2 kilo

MÁS BROCHADAS
MALOS DIBUJOS
TRES DISCURSOS

SS.

*Mercedes Villasis V. de Guarderas,
Manuel Cobar, Francisca
G. de Cobar, Maria Eva B.
de Cobar é Isabel Cobar.*

Quito.

*En cuanto piensa y en cuanto hace
os recuerda ouestro idólatra*

Carlos.

Sevilla, á 17 de abril de 1888.

MÁS BROCHADAS





EN LAS TINIEBLAS... EN EL ABISMO...

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION ECUATORIANA

A

N muerto á bordo!

La puerilidad de hombres que buscan el quebrantamiento de la uniformidad de la vida del navegante en la contemplación de un pez que salta en las olas ó en el paso de un madero que arrastran las aguas; el egoísmo de gentes que no quieren ser perturbadas en su perpetuo descanso de no hacer nada; la otra forma del propio amor que se manifiesta por el pánico de enfermarse; el cuchicheo de personas que en la intimidad de varios días ha agotado los temas de conversación: hé ahí las diversas laringes que en distintos tonos de un mismo soplo, el egoísmo, hacen circular de un extremo á otro del buque la nueva ipor fin una nueva!—¿De qué?...

Del fallecimiento de un hombre.

Sí; de un hombre. No de un compañero, porque dejó de serlo; y porque, para ser considerado tal, se necesita que con su conversación haga soportables las horas de nuestro fastidio, que con su presencia dé pábulo al entretenimiento de nuestra murmuración, que con sus actos divierta los instintos malévolos humanos semejantes á los del tigre que pelotea á su presa ó á los del gato que se saborea en las contorsiones y angustias de su víctima.

¡Un muerto á bordo!

Todos hablan del suceso: la noticia tuvo la fortuna de hallarse con la vacuidad de noticias y cunde, por consiguiente, y se precipita de un rincón á otro como el aire en una campana en que se hubiese hecho antes el vacío.

¡Feliz sugeto! Tuvo el buen sentido de morir á bordo y cuando la falta de otros acontecimientos habla de dar interés al acontecimiento de la muerte de un hombre oscuro.

Hombre oscuro fué en verdad.

¡Psh! Pasajero de tercera... Si no hubiese tenido la envidiable suerte de perecer oportunamente en el buque, las damas, los caballeros que viajan por distraerse, los comerciantes que convertidos por hoy en mercancías bostezan en la imposibilidad de hacer negocios... ninguno, en fin, de los

de esta sociedad con las ínfulas de aristócratas que les comunica una boleta de pasaje de primera clase, ninguno, ninguno, digo, habría dedicado al bueno del muerto uno solo de sus desdeñosos pensamientos, y menos aun una sola de sus valiosas palabras.

Así y todo, nadie sabe cómo se llamó el fallecido.

Se sabe que fué caporal de la guarnición de una de las colonias francesas y que volvía á Europa concluído el tiempo del servicio.

Se sabe esto, y no se sabe más. ¿Ni para qué tampoco?

¡Cabo de escuadra, pobre diablo!

Y, sin embargo, ¡ah! Ese infortunado debió tener un nombre, por la razón muy sencilla de que todo hombre lo tiene.

Y, con todo, ese infeliz que respiró ayer nuestra misma atmósfera, que comió de nuestros comunes víveres, que estuvo unido á nosotros por los lazos íntimos de los propios temores y de las mismas esperanzas que afligen ó alegran á los pasajeros del mismo buque; ese infeliz, no queda duda, debió también, como nosotros, poseer una madre, una esposa, unos hijos que, como los nuestros, tienen puestos los corazones en los ojos para abrazar y besar con las miradas, desde el puerto, á ese sér que lleva el pan para el cuerpo de los suyos

y el contento—pan del alma—para la familia.

Y con todo, ese malhadado, para quien no ha habido ni una lágrima, será llorado...

Tardíamente llorado sí, pero llorado con ternura.

Sus cartas, que debieron precederle, alumbraron el hogar con la aurora de la esperanza...

Los padres, los hermanos, los amigos deben de estar llenos de proyectos engendrados por los proyectos del quinto próximo á llegar; prepáranse acaso la harina y el vino con que el contento ha de desbordarse en los deliciosos trastornos del cariño; hay ya personas invitadas para el festejo; está ya hecha la selección de los vestidos que han de servir ese día de gala.

En la casa hay el movimiento, el bullicio de la alegría que espera alegrías.

El sol enciende con sus resplandores más vívidos el techo de la casuca, la copa frondosa del árbol del patio, el sonriente prado contiguo; el gallo, al parecer, participa del general regocijo, supuesto que aletea y canta, según se cree, con inusitados contento y viveza; el perro quizá comprende que presto volverá á lengüetear á su amo, pues corre y corre formando círculos y rúbricas de inteligente satisfacción. Las vecinas han prestado á la familia del militar los utensilios de lujo para adornar

la mesa donde se dará el modesto festín de agasajo á ese hijo pródigo del deber y de la patria, que torna á vestirse en lo doméstico con los calentadores ropajes del afecto y á hartarse, después de las bellotas de la separación, con los exquisitos manjares que guisa la mano del cariño...

El tiempo pasa.

Aun los días de la desolación son cortos... después que han pasado. Unos cuantos disparos de cañón anuncian los buques que llegan... Pero ese cañonazo, ese cañonazo que vibra singularmente en los pechos de aquel anheloso grupo de la orilla, ese cañonazo es, de seguro, el del *Lafayette*: el corazón tiene el oído exquisito de la previsión.

Mas ¡ay! ¡Pobres gentes! Podéis esperar hasta el desembarque de los más insignificantes objetos de la cala del paquebote.

Esperaréis inútilmente...

Dos días antes de llegar al puerto, alguien se adelantó á vosotras, y el gran festín de la llegada se celebró ya... para los tiburones.

El gran festín... El sol mortecino de invierno no había salido aún de su lecho de nubes negras el 22 de diciembre: eran las cuatro de la mañana. Junto á un portalón de estribor á proa, se distingue en el suelo, á la opaca y movediza luz de cuatro linternas, una tabla sobre la cual está tendido

uno como desbaste de mármol de estatua humana: es el cadáver del soldado estrechamente envuelto en unas cuantas varas de vela vieja; á su rededor el primero y segundo capitanes, el contador, un piloto, cinco marineros y algún curioso forman el fúnebre cortejo de ese malaventurado á quien se va, nó á *enterrar*, pero sí á *sepultar* en hondísimos abismos.

El sombrero en la mano, la angustia en el pecho de los concurrentes, la negrura en el buque, en el mar, en el horizonte, el hielo en el espíritu, en el ambiente, en las sombras, el Comandante recita algunas oraciones entre dientes, dos tripulantes atan lingotes de hierro inútil á los piés del protagonista de ese drama de tinieblas, empujan la tabla, la suspenden sobre las olas, la inclinan bruscamente y el chapoteado de objeto caído en las ondas termina á bordo el recuerdo del individuo, cuyos padres, hermanos, esposa y amigos aguardan sonrientes en la costa la nave portadora del hijo, del hermano, del esposo, del amigo.

¡Cuántas lágrimas, Dios mío, cuántas lágrimas hará saltar de los ojos de la madre, de la hija, de la esposa la idea de que el querido cadáver fué sepultado sin lágrimas!

¡Tiernas pequeñeces del amor, os conozco y os comprendo!

¡Pero nó, pobre mozo! ¡Pobre hoja caída del árbol de la familia y arrastrada por el cruel huracán del destino!

Sí hubo lágrimas furtivas que, al inclinarme para verte precipitar á tu tumba, descendieron á mezclarse con las salpicaduras del Océano... amarga agua bendita de tus funerales.

¡Pobre quinto! No podía yo permanecer indiferente en tus tenebrosas exequias...

Yo que, llamado por mi profesión á presenciar tu agonía, me trasladé en esos momentos á tu hogar ausente, mientras tú, con las pupilas en el vacío, la mirada vaga, contemplabas acaso los rostros de los amados del corazón...

Yo que adiviné en la última gota que de tus ojos vidriosos rodó á las lívidas mejillas, más bien que la pena de la despedida de la existencia, los recuerdos de la infancia...

¡Pobre cabo! Tu familia no me conoce, ni leerá nunca esta necrología del alma, escrita por quien siente hasta con el cerebro y piensa siempre con el corazón. No tendrá, por tanto, ni siquiera este exiguo consuelo...

¡Tiernas pequeñeces del amor, os conozco y os comprendo!

Cuántos sollozos brotarán atropelladamente de esos pechos atribulados cuando miren, cuando toquen, cuando besen las

piezas de ropa que vistieron al militar el día claro de fantasías y de ilusiones que pisó la escala del vapor que había de servirle de vehículo para... el viaje eterno.

¡Ah! ¡Dios mío! Tiernas pequeñeces del amor, os conozco y os comprendo!

A bordo del *Lafayette*, á 22 de
diciembre de 1887.



¿QUÉ ES EL BAILE?

SEGÚN los fisiólogos, la vida es el movimiento.

Los físicos creen que todos los fenómenos son explicables por él.

Newton dedujo de ciertas leyes de la inercia y del movimiento, las leyes inmutables que rigen al universo.

Los astros, los planetas, los satélites ruedan incansables en la inmensidad del espacio. La luz nos llega caminando con una velocidad extraordinaria. El ambiente vibra sin sosiego sacudido por los rayos luminosos, por los sonidos, por la electricidad.

Los cuerpos grandes ó pequeños ejercen atracción; hasta el vacío atrae.

El aire fluctúa sin descanso; el océano

se agita sin reposo; el alma va, vuelve, se revuelve sin cesar dentro de su cárcel, como el león prisionero dentro de su jaula.

El judío errante es fiel alegoría del pensamiento: anda y anda sin tregua impelido por fuerza misteriosa; la fatiga le detiene, pero una voz formidable le grita «camina», y torna á recorrer de día y de noche los eriazos y los arrecifes de la existencia.

¡Válgame el cielo! Y qué doloroso es el pensamiento: á las veces le sentimos hacer, dentro de nosotros, explosiones de dinamita.

Nada descansa; la inercia misma es poder pasivo de movimiento. Por esto, sin duda, la pereza produce los movimientos vertiginosos y turbulentos que perturban las leyes morales.

El hombre se desvive por inventar nuevos motores, encuentra quieto el vapor y lerda la electricidad. El movimiento perpetuo es el problema que le desvela: y le bastaría entrar en sí propio para hallar la solución del enigma.

Dar dirección á los globos es la vehemencia que le desasosiega. Y ¡cosa extraña! los mayores enemigos de la dirección de los globos son las direcciones de los vientos: el movimiento es, pues, el rival del movimiento.

Necesitan los aeronautas apoderarse del aire y someterle á las leyes de su voluntad;

es menester encadenar á Eolo contra una nube, como Watt aherrojó á Neptuno en el fondo de los mares.

Todo se agita: las pasiones, los deseos son traqueteos del corazón. La vanidad es positivamente un globo aerostático, es una gran burbuja que asciende sin dirección; el aire exterior le detiene, le voltea, le hace zozobrar, le precipita desde las alturas.

La lubricidad es como los cohetes rastroeros: encendida en brasas interiores, dispara por mano infernal, termina por una explosión que es un gemido y por mil chispas que son lágrimas de fuego.

La ambición es un cañón monstruo de fuerza prodigiosa.

La esperanza tiene movimiento de luz, pero es luz que asciende: la fe es luz que baja; la caridad es luz que se reparte.

Viviríamos perennemente desvanecidos si fuésemos capaces de percibir el gran estruendo que produce el universo en su eterno movimiento.

La tierra, además de moverse incesantemente en masa, parcialmente se mueve también sin cesar: las montañas bajan, los valles suben, los mares se elevan, las cataratas se precipitan, los ríos se empujan, las cuencas se llenan, las rugosidades se aplanan.

Pasan los siglos, corren los años, vuelan los días.

La creación, en fin, vive en una danza perpetua.

Y la peonza baila, y los ahorcados bailan en el aire, y los políticos casi todos son bailarines.

El baile es una necesidad humana: las generaciones pasadas bailaron, las presentes bailan, las futuras bailarán. El hombre ha expresado siempre, dice un escritor, sus impulsos de alegría, de amor, de pesar, por medio de la danza y la pantomima.

Todos los pueblos han tenido bailes: bailes nacionales como la *perigourdine* y el *minué* de los franceses, como la *frascone* de los toscanos, como la *romeka* de los griegos, como el *fandango*, la *sevillana* y el *bolero* de los españoles, como las *zeguidillas* de los portugueses, como el *walz* de los alemanes, como la *jiga* de los ingleses, como la *mazurka* de los polacos, como la *zamacueca* de los chilenos, como el *alza* de los ecuatorianos; bailes militares como la danza *pirrica*, filosóficos como la danza *macabra*; bailes sagrados, danzas de regocijo, bailes funerales, danzas religiosas, etc.

La verdad es que el género humano acaso no tiene una manera más patente de expresar sus sentimientos y pasiones. Y con razón: la sonrisa es un parcial encogimiento de las fibras de los labios, el ceño es una contracción diminuta de los mús-

culos frontales, los gestos, en resumen, son movimientos limitados de la fisonomía; el baile, por el contrario, es la locomoción en forma y de todas las partes del cuerpo; es, por tanto, lo que característicamente diferencia el reino animal de los inertes reinos vegetal y mineral.

El baile manifiesta la mancomunidad del placer ó del dolor en todas las piecitas de la complicada máquina que se llama hombre.

El baile es, pues, acto eminentemente humano.

Si la escala en la movilidad es la escala en la perfección de los seres, el baile es el testimonio auténtico de la superioridad de la humana especie.

Sólo el rey de la creación baila; sin duda satisfecho de ser monarca de un reino tan hermoso.

Por esto cuando el hombre quiere mostrar el grado de racionalidad de un irracional, le enseña con el esfuerzo sostenido de la paciencia á parodiar grotescamente el baile humano, y juzga haber vislumbrado el pináculo de la inteligencia en un oso ó un mono, por ejemplo, cuando obliga á bailar á uno de esos plantigrados ó cuadrumanos.

Los salvajes usan danzas sueltas ó libres, como para probar que nada les liga á sus semejantes, como para manifestar

que los dolores y las alegrías, los pesares y los regocijos son exclusivamente suyos, y muy suyos.

Los hombres civilizados,—quizá por la quisicosa del *pacto social*,—estilan los bailes íntimos, como explícita manifestación de su enlace recíproco, como prueba palmaria de que las tristezas y los goces, las tribulaciones y los placeres son caudal común de todos los coasociados.

Nada está sin bailar en los salones de baile: la música revuelve en vertiginosas ondas las moléculas del aire, los aromas suben, bajan y revuelan suspendidos en la turbulenta atmósfera, la iluminación sacude vehemente al sutil éter, el amor, los celos, la envidia, el odio, las rivalidades aletean delirantes en el corazón, en la fantasía, en el alma.

Los salones de baile... ¡ah!

Ni un gránulo de ese polvo finísimo, que gusta de cabalgar en los rayos del sol, deslustra el brillo immaculado de la seda y caoba de los muebles; cenefas de albos jazmines y aromáticas madre selvas festonean las doradas paredes; centenares de luces, quebrándose y descomponiéndose en los prismas y en los espejos, forman un entretejido del mil arco-iris sobre un océano de luz palpable: efluvios de aromas y perfumes, parece, se lanzan mutuamente en un desafío de gloria las flores y las mujeres

que, sin duda por sus puntos de semejanza, abrigan entre sí ocultas rivalidades: las porcelanas de Sevres cargadas de ramilletes naturales y artificiales; las joyas, como ensoberbecidas, devolviendo con sus diamantes, los haces de rayos de las arañas y de los candelabros; la seda, la pedrería y el oro en el consorcio de su amistad antigua; los abanicos agitando una atmósfera de claridad, de fragancia y de armonía; los ojos de los jóvenes irradiando la incandescencia de las más fogosas pasiones; torrentes de música, inundación de los espíritus en notas apasionadas; palabras febriles; miradas de elocuencia infinita; completo olvido de las tiranías de la existencia; la vida en la posesión de una inmortalidad pasajera; manecitas femeninas comprimidas, abrasadas, acariciadas por las manos de los caballeros; aspiración del aire ya respirado por pechos encendidos; rizos fragantes cosquilleando los rostros; estrecho y prolongado abrazo en la intimidad del vals enloquecido; alegría báquica y chispeante como el champagne; fuego en el alma prendido por los licores; tolerancia, excitación, frenesí...

Al día siguiente... todo ha pasado: la luz es precursora de las tinieblas; la tensión, de la laxitud; la actividad, del cansancio; la embriaguez, de las bascas; la claridad del relámpago produce la negrura

del incendio; la excitación de los nervios precede á la atonía del espíritu; la lámpara que arde se consume; los vaivenes del terremoto ocasionan el desplomo de la inercia.

El polvo levantado en espiras ayer por el baile, cubre hoy los brocados y el charol de los muebles; las bujías, al devorarse, han derramado lágrimas que bañan los candelabros; las flores lánguidas y lacias desprenden sus mustios pétalos; girones de sedas, de randas, de cintas y de encajes *basurean* el apelmazado tripe de Bruselas; los cristales, empañados y en desorden, se adhieren con los derrames de licor á los tableros de las mesas y consolas; el silencio del sepulcro sustituye á la música; el hedor del aire corrompido ha asfixiado á la fragancia de los aromas, de las esencias y de los perfumes.

Los felices de anoche, comprimen los párpados para no recibir en los ojos marchitos el clarear de la aurora; el corazón fatigado, los músculos relajados, la fantasía angustiada, los miembros doloridos, el alma acaso solloza, nuevo Jeremías, sobre las ruínas de un palacio desolado.

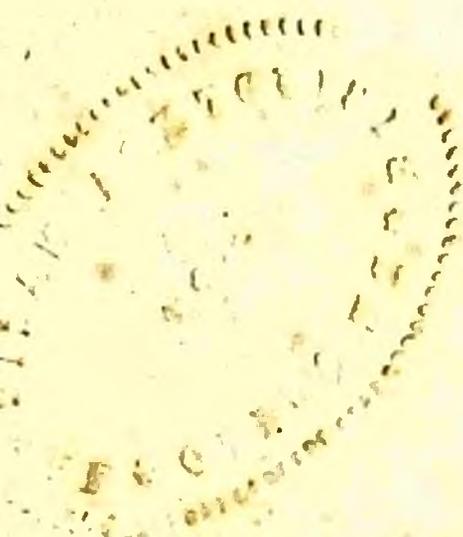
¡Y la conciencia! ¡ay! la conciencia.... quizá la conciencia está empañada como los cristales, adherida como ellos á un pensamiento doloroso, envuelta en lágrimas como los candelabros, agotada ó tal vez

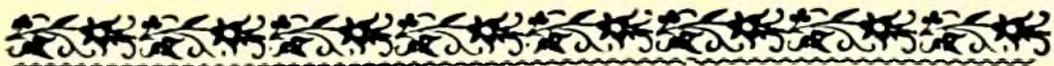
muerta como las luces, deslustrada como los muebles, ajada como el cortinaje, pisoteada, sucia, maltratada como las ricas alfombras, envenenada como el aire, estrujada y desgarrada como los vestidos.

Pero ¿qué es el baile? ¿qué es entonces ese placer trastornador que se precipita en el plácido hogar como una horda de salteadores para dejar á su salida, el desasosiego, la amargura, acaso los remordimientos?

¡Ah! es un goce como todos los de las sociedades; es un goce formado por la cuota de ventura de muchos venturosos para obtener un fondo común de particulares tristezas.

¿Qué es el baile?—Pues... el baile es el baile, y adelante!





DE MI CARTERA.

LA persona de mérito, á pesar de la oposición que encuentra en cuantos le rodean, alcanza lo que se propone. Con nobles aspiraciones, inteligencia y constancia el hombre es lo que quiere ser. Los pícaros odian á los buenos, pero los respetan, y, muchas veces, el odio mismo es triunfo y aun premio para la conciencia del hombre de bien.

Como en el reino vegetal, hay en el mundo moral hombres trepadores que por fin matan al árbol que les da arrimo. Los políticos deben desembarazarse de los sujetos trepadores.

La prueba mayor de que todo en la mísera existencia está compensado es, á mi juicio, la siguiente: cuando alguien llega á tal altura de felicidad que nadie le sobrepasa, suspira aún por la tranquilidad de la choza del labriego ó envidia el hambre del artesano.

—

Nunca nos juzgamos tan en alto como cuando nos levantamos sobre el abatido orgullo de los demás.

—

El que no crée en los milagros de la ciencia, es llamado *necio*; el que duda de los milagros de Dios, es apellidado *sabio*.

—

Hay hombres que, como ciertas plantas, poseen la utilidad de sus propiedades deletéreas.

—

No comprendo cómo hay hombres buenos en las costumbres privadas y malos en las costumbres públicas; honrados en su casa, perversos en el foro; observantes creyentes, políticos inicuos; incapaces de cometer robo, felones en los negocios; misericordiosos y limosneros, maldicientes y calumniadores. Francamente no me lo ex-

plico sinó por la densidad de las pasiones que, como las nieblas á las cimas, envuelven hasta á las almas más encumbradas.

—

La peor tortura á que pudiera condenarse á muchos hombres, sería prohibirles que hablasen de sí mismos.

—



LA TARJETA.

Voto al Chápiro! De seguro, mucho me alegraría si fuese yo el primero en proponer que se erigiese estatua, por benefactor de la humanidad, al inventor de las tarjetas.

Pues, de cierto, recibe V. gran beneficio, D. Prudencio, con entrar una cartulina en vez de entrar V. mismo en casa de D. Antonio, de este incansable ensalzador de sí propio, político indigesto, padre de toda ley buena — según él lo asevera— sostén de los gobiernos, consejero de cuantos gobernantes han poseído la patria desde que el tal estuvo de tetas hasta días de vivos.

A fe que sale V. beneficiado, D. Prudencio, con escabullirse de visitar á esos

altivos efímeros poderosos, olvidadizos de que el respeto se inspira, no se impone, y de que la fortuna tiene una sola ley inmutable: la de ser mudable.

¡Qué ganga! D. Prudencio, con dejar una tarjeta en el cubil de D. León, se ha libertado V. de oír desgarrar famas, morder créditos y triturar reputaciones.

Benéfico invento el que nos salva de ir al palenque de D. Amadís, donde acaso será V. esmeradamente atendido si está solo, ó si le son inferiores sus contertulios; pero donde será descuidado, cuando no desdeñado, si entra un alguien que, á juicio del referido D. Amadís, vale ó pesa un poco más que V., pobre D. Prudencio.

Gran cosa la tarjeta que le ahorra á V. el ser víctima de la mordacidad con la cual los dueños de casa y sus visitantes mosquean, casi siempre, las espaldas del malaventurado que acaba de despedirse.

Honor á la cartulina, señor mío, digna pero no enfadosa sustituta de aquellos almidonados y acartonados individuos que visitan á V. dos horas largas, por dar tiempo á que sean bastantemente admirados el corte de la levita, la tela del pantalón ó el brillante aplanchado de la camisa.

¡Y válgate el diablo! Qué grande fortuna es la de librarse de escuchar, como perro en misa, sin siquiera la elocuente protesta de los bostezos, la interminable relación de

los pleitos que sostiene ese D. Fulano, más loco y más infortunado que el Pedro Peebles de Walter Scott.

Invención admirable, amigo mío, esta que me permite escribir un domingo las alabanzas de la tarjeta.

No hay ocupación más ociosa ni ociosidad más ocupada que hacer ó recibir visitas.

Las visitas forzosas, aquellas de que ¡ay! no nos excusa la cartulina, son de varias especies: hay *visitas*, á la manera de las *de cárceles*, en las que los visitantes como en forma de tribunal se constituyen en la casa del visitado, no por cierto para proveer á sus necesidades.

Quiénes hacen verdaderas *visitas de médico*, no por lo cortas—que son las buenas—mas porque inquieren detenidamente el estado de la salud de cada uno de los dueños de casa, y porque recetan con una prodigalidad que no se explica sino por lo poco que á los recetadores cuestan las recetas.

Algunas casas son, en ocasiones, *visitadas* como *buques*, en cuanto al registro y reconocimiento de que son objeto.

Si la educación no sometiese prudentemente á rigurosa cuarentena la cólera, de cierto que no saldrían bien parados los que practican *sui juris* en nuestros domicilios una especie de visitas de *puerto* ó de *sanidad*.

Hay cariñosos amigos que hacen *visitas de cuarenta horas*.

Conozco personas que ejercen concienzudamente la poco lucrativa profesión de visitantes: los días geniales, los festivos, los de plácemes y pésames, los cincuenta domingos del año, con la adehala de los jueves y algunos otros días entre semana, salen á visitas en pleno ejercicio profesional.

Hay quienes hacen todos los días positivas *visitas de digestión*, supuesto que van á la casa ajena para facilitar las dolorosas digestiones de las acibaradas viandas con que los infelices se alimentan en los propios lares.

Las visitas no son siempre una penosa obligación que nos impone la sociedad, sinó, muchas veces, un recreo, un recurso de cesación de dolores del alma ó de torturas del pensamiento, una distracción que buscamos ávidamente á fin de arrojar nuestro fastidio ó nuestra tristeza en el inconmensurable océano del fastidio y de la tristeza comunes. Y, en este caso excepcional, no nos servimos de la tarjeta; pues, para que nos sirviese aliviándonos, sería menester que repartiésemos á nuestros amigos, nó el cartón cuadrilongo con nuestro nombre, sinó una esponjilla empapada en parte de la sanies corrosiva de nuestro esplín ó de nuestras amarguras.

El hombre, sér natural y eminentemente

sociable, comparte con más prodigalidad sus pesares que sus alegrías; por eso, mientras los goces se encierran muchas veces herméticamente en el hogar feliz, entenebrecemos la atmósfera común con las sutiles cenizas de nuestros dolores, para que, como el polvo que vomitan los volcanes, caigan sobre los demás nuestras angustias y aflicciones.

La tarjeta es, digamos así, el testimonio del feudo que nos conceden los coasociados: pues éstos nos permiten disfrutar de unas cuantas horas de libertad, satisfechos de recibir nuestra cartulina, que es el reconocimiento explícito de nuestro vasallaje.

Amplifiquemos y aclaremos la idea:

Ese pedacillo de cartón, que trae impreso el nombre del Sr. D. Mengano, al penetrar en vuestra casa, dice: «D. Mengano os pide licencia para no visitaros hoy, á fin de entregarse á una ocupación urgente ó gozar de su libertad.»

Y vuestro amor propio, que se habla subido en atalaya al ceño, para examinar entre los visitantes si Mengano acudía á visitaros, se apea complacido y entra en sí propio, restregándose las manos, repitiendo para su gasto: «Mengano no ha venido en persona, pero me ha enviado tarjeta, esto es, me ha remitido como tributo su mismo nombre grabado en un papel grueso

y duradero que acrecerá, para satisfacción de mi vanidad, el número de tarjetas que, en la banastilla del salón, están perennes manifestando que soy dueño y señor de algunas horas de la libertad de mis amigos.»

Con esto, el amor propio torna á sonreírse y quizá se congratula de la sustitución de la visita por la tarjeta, así como el usurero prefiere á la fianza la hipoteca.

A lo cual se agrega otro motivo de íntimo regocijo: el amor propio, como abuelo del benthamismo, es excelente calculador, y se dice: «acaso nadie ve entrar á mis amigos en casa, pero las tarjetas, expuestas de continuo á todas las personas que me buscan, están perpetuamente acreditando los nombres de cuantos son mis amigos.»

La tarjeta de despedida da á entender que el cambio de lugar no desata las trabas de la esclavitud del amigo.

—¡Libertad! ¡Libertad!

—El hombre es libre.

—¿Libre?

—Sí, señor: libre desde que nace.

—¿Desde que nace? ¿Y qué significan, entonces, los pañales, las ataduras, esas tiránicas, horribles, inicuas ataduras que sujetan al niño, le comprimen y no le permiten siquiera los libres movimientos de su amortiguada naturaleza?

La madre que estrecha al hijo en su regazo, parece que, con previsión exquisita, quisiera defenderle de los peligros de la libertad.

—¡Libre! ¡Libre! ¿Y qué significan entonces esas otras ligaduras sociales que le unen estrechamente con sus semejantes? ¿Por ventura, los grilletes son título de la libertad del presidiario?

¡Vaya, vaya! Sostengo que las tarjetas son prueba irrefragable de la esclavitud de los ciudadanos.

Y sinó ¿por qué los hombres de la naturaleza, las tribus nómadas, los salvajes errantes no usan tarjetas?

Ahora bien ¿qué significa el nombre impreso en la tarjeta? ¿Qué esa corona, aquella insignia, aquel título, aquel blasón nobiliario que el litógrafo unió al nombre?

¡Ah! Ese apellido, que fué el de nuestros padres y es el de nuestros parientes, es una cadena inquebrantable que nos reúne, con responsabilidad inmensa, á generaciones pasadas y á generaciones venideras; es una cadena que el propio comportamiento, en su alquimia maravillosa, convertirá en cadena de oro ó en cadena de hierro.

Y las insignias y los blasones y los títulos, expresiones de la indomable soberbia, son quizá, los comprobantes del servilismo; ó, de seguro, también cadena que nos aherroja á las plantas de la sociedad, ó,

cuando menos, á los deberes y obligaciones de nuestra misma gerarquía.

Y las señas de la casa, ó sea la dirección que contiene la tarjeta ¿qué significan? Significan ¡ay! otras esclavitudes. Primero, la esclavitud del domicilio, esto es, la necesidad ineludible, gravosa, atroz, de, quieras que no quieras, encerrarse en cuatro paredes, como quien dice en una cárcel ó en un cajón; porque ¡ah libertad humana! los hombres tenemos, de común con las mercancías, esa imprescindible necesidad de guardarnos de los rigores de la intemperie.

La tal dirección significa, á más, que la cadena de las visitas tiene, como toda cadena, los anillos íntimamente trabados, y que, en consecuencia, una visita se enlaza con otra visita; la dirección, pues, os dice: «la visita que recibisteis fué un *contrato innominado*, y ya sabéis en qué calle y en qué casa habéis de pagar la deuda que contragisteis.»

La tarjeta es nuestro *alter ego*: viste el luto de nuestros duelos, se engalana con los atavíos de nuestras grandezas.

Blanca, limpia, aseada en la propia casa, es el retrato de nuestra vanidad; sucia, ajada, rota en la casa ajena, sirve para satisfacer el orgullo de *nuestros amigos*.

Salve, ¡oh tarjeta! Sin tí se aumentaría horriblemente la lista de los infractores de

las reglas de la educación; de esos que, por necia fatuidad ó por incivil pereza, se endeudan y no pagan, gustan de ser visitados y no quieren ser visitantes.

¡Llor á la tarjeta!



EL LECHO.

SALVE, menospreciado lecho!
Nadie, que yo sepa, te ha dedicado una composición poética ó un artículo prosaico; pues bien: quiero ser el primero que te consagre algunas líneas. ¡Salve, modesto mueble! sin duda por humilde, un necio desdén te ha rezagado al olvido del rincón del dormitorio; pero humilde es mi pluma y por eso acaso gusta de tí para argumento de su discurso.

Salve, otra vez, oh lecho olvidado!

Olvidado, sí, como todo lo útil, como todo lo modestamente grande de la existencia; como el minero que arranca de las entrañas de la tierra el bronce que ha de servir para las estatuas que erige el arte; como el pasible soldado que conquista los

laureles para las sienes del general; como la oscura madre de familia que elabora pacientemente en el hogar las virtudes de la sociedad; como el cimiento que se esconde en el suelo para sostener el peso del fastuoso palacio.

Se vive en el taller, ó en las plazas, ó en la oficina, ó en los clubs; se come en el hostel ó en la casa del amigo; pero sólo se duerme en la cama propia.

La cama es el domicilio.

La cama es la tranquila locomotora en que hacemos gran parte del viaje de la existencia; no hay mueble al que destine mos más tiempo de la vida. Podemos vivir sin sentarnos en los sofás, en los sillones, en los divanes; sin acercarnos á la escribanía ni á la mesa de comer, mas no podemos dejar de acostarnos.

La cama forma el misterioso círculo de nuestra vida, pues en ella se juntan los dos extremos de la línea más ó menos curva de la existencia: en el lecho nacemos, en el lecho morimos.—É, infeliz del que no muere en su cama!

Con razón la legislación universal prohíbe el embargo del lecho de los deudores insolventes.

Las pesadumbres, los goces, tocando los maravillosos resortes de nuestros nervios, producen el desasosiego, la movilidad: trotamos por las calles, nos agitamos por

aquí, por allá, por acullá; pero llega un momento en que el lecho nos llama con imperiosa voz, y entonces le construimos el confidente íntimo de esos mismos sentimientos.

Y nos desnudamos, para meternos en la cama, así de las vestiduras interiores como de las exteriores: esto es, nos despojamos, como de las ropas, de las apariencias externas, para convertirnos en nosotros mismos.

El jornalero, á oscuras, puede creerse rodeado de muebles suntuosos y habitador de un palacio.

Allí en la cama, antes de que el sueño se apodere de nuestras facultades y de nuestros sentidos, recapacitamos, recapitulamos los sucesos del día.

El lecho es el mudo testigo de las convenciones de nuestra conciencia, de los desasosiegos de nuestros proyectos, de la satisfacción que producen las buenas obras, de la intranquilidad de las locas ambiciones, de los despechos de la envidia, de las ansias de la codiciá.

Ahí rumia el enamorado las delicias de una palabra, de un apretón de manos, de una mirada de la mujer querida; allí el escritor, el orador, el poeta, coordinan en la inteligencia las expresiones de las ideas que han de retumbar desde el periódico, la tribuna ó el libro. Ahí, en la discusión:

del silencio y en la claridad de las tinieblas, resolvemos con lucidez muchos problemas que nos preocupan durante el día. Ahí el odio acera las armas con que ha de herir á sus víctimas. Ahí los aprendices de presidiario, encarcelados dentro de sí mismos, ejercitan en la fantasía los crímenes que han de abrirles las puertas de los panópticos. Ahí en las tinieblas de la noche y en el abismo del pensamiento, todas las pasiones, como citadas para una obra destructora, corroen el corazón como las crecientes de los ríos carcomen sus propios lechos.

En la cuna, en ese lecho diminuto, el niño se incuba para las desgracias de lo porvenir. Es una larva de gladiador que, con las manecitas en la boca, se ensaya á saborear los desabrimientos de la vida: recostado en el dorso, sacudiendo vehemente las mórbidas pernezuelas, los ojos fijos en objetos indeterminados, parece que distinguiese en cada molécula del aire que le cerca, una tristeza futura.

En la cama, al conciliar el sueño, cesan los sueños de gloria, de riqueza, de vanidad con que sueñan despiertos los ambiciosos, los avaros, los fatuos.

Cuando el sol se retira, cuando todos quedamos ciegos por la ausencia de la luz, el lecho nos recoge á fin de ahorrarnos los traspies de las tinieblas.

El lecho, como la tumba, iguala á los hombres. Dijimos mal: sólo el lecho nos iguala: al entrar en él, los monarcas, los guerreros, se desvisten de la púrpura, de los bordados, del oro: atavíos con que la ridiculez humana se engalana hasta para bajar al sepulcro.

La cama es la madre del menesteroso: recibe y enjuga sus lágrimas, le arropa, le abriga con ternura indecible y le aduerme blandamente en su regazo.

El hombre que no duerme en su cama, ó lleva pesares ó arrastra crímenes, y en ambos casos es un desventurado.

En el lecho, los hipócritas de los negocios, de la política, de la virtud preparan la máscara con que han de engañar á sus semejantes.

En la noche se traban las luchas formidables del alma con las pasiones, con las sensaciones, con la lobretez, con los pensamientos.

¡Noche y día! Perfecto símbolo de la vida. Placer y dolor, claridad y tinieblas, risas y llantos, eslabones alternados de la cadena que une para los descreídos el suelo con la nada, y para los creyentes la tierra con el cielo.

La realidad es casi siempre un tormento; las ilusiones son, digámoslo, la única felicidad *cierta* de los tristes humanos, y la noche y el lecho son los padres de las ilu-

siones.—Solamente goza el que, cerrando los ojos—principales ventanas de la sensación—y obstruyendo el curso de los recuerdos—turbios torrentes que devastan el alma—se abstrae del mundo real y entrega el pensamiento al airecillo de las imaginaciones para que le paseen por los jardines ilusorios de la fantasía.

El lecho es el primer remedio á que acude el enfermo; es la suspensión de los padecimientos materiales y casi siempre la cesación de las fatigas morales.

La Providencia, eternamente compasiva con la mísera prole de Adán, nos proporciona benéfico respiro de las amarguras cotidianas, concediéndonos sueño bienhechor después de las más penosas heridas del espíritu: el sueño es con frecuencia la saludable crisis del pesar.

El lecho es la casa dentro de la casa. En el pueblo donde residimos, en la sociedad que nos circunda, hay gentes que, quizá sin motivo, nos envidian ó nos odian; en el tráfago de los negocios, en el tránsito por las calles, en el trato de algunos semejantes erizados de espinas, sentimos hincaduras dolorosas y desgarraduras del alma; pero al volver al hogar, refugio perenne del corazón, las heridas se cicatrizan, los pesares se olvidan y alborean las tinieblas del espíritu. Mas si la negrura de fuera ha penetrado en la casa, si este sa-

grado baluarte ha sido también invadido por las hordas exteriores de dolor, entonces nos replegamos al lecho, último seguro de la tranquilidad y del descanso.



TIMOLEÓN COLOMA

DIBUJOS DE COSTUMBRES QUITEÑAS

Dificile, est proprié comunia dicere.

HORATIO.

**¡Salud, salud, memorias candorosas
de mi antigua inocencia!
¡Oh trompos! ¡Oh muñecas! ¡Grandes cosas!
¡Las más grandes tal vez de la existencia!**

CAMPOAMOR.



ADVERTENCIA.

BIBLIOTECA NACIONAL

SECCION ECUATORIANA

No me he propuesto escribir una novela.
Nó.

Propúseme, relatando la vida de un hombre, bosquejar unos cuantos cuadritos de costumbres.

En la novela es preciso, como en el drama, presentar siempre los mismos personajes con los mismos defectos y pasiones, con las mismas virtudes y costumbres; esto es, con los mismos caracteres.

Y nótese que aquello de no mostrar al lector sinó los propios personajes durante el desenvolvimiento de una novela, no es verosímil. Hablo de una novela de costumbres tal cual Timoleón Coloma, si Timoleón Coloma fuese una novela.



Si, señor, no es verosímil. El hombre es instable peregrino: desde sobrecubierta está con la mano dando indiferente adiós al compañero de navegación que se despide aún, cuando el bote se confunde en la población movible de la bahía; allá, en el alborotador vaivén de la estación, se mezcla con la multitud y desaparece el íntimo amigo de ferrocarril, tan íntimo que con él vivimos acaso varios días estrechados y comiendo y durmiendo y rozándose las rodillas merced al traqueteo del vagón.

Excepto algunas personas de familia, no son muchas las que nos acompañan desde el nacimiento hasta la muerte: la centena de compañeros de escuela es un puñado de polvo impelido por el huracán. ¿Qué se hizo ese niño que me sacaba una lengua desmesurada ennegrecida por la tinta que lamió del borron? ¿Qué es de aquel diminuto Rotschild que poseía siempre un envidiable bolsillo repleto de galletas? ¿Dónde están Pedro, Miguel, Antonio y los cien más que zumbaban como moscardones cuando el maestro asomaba la cabeza fuera de la puerta?—Polvo menudo disipado por el huracán, acaso fué depositado en las alturas, acaso le hollamos en el barro que se adhiere á nuestra suela.

Y los condiscípulos de colegio ¿qué se hicieron?

¡Ah! Las letras no hicieron á todos letra-

dos. El colegio fué una nidada de la cual reventaron aves y reptiles.

Clérigos, médicos, abogados, sastres, zapateros, arrieros, soldados, vagos brotaron de ese campo donde se habían enterrado mil diversas semillas, todas revueltas y confundidas.

¿Pero dónde están? ¿Las amistades de la infancia no son indisolubles? ¿Timoleón no les ve á los condiscípulos todos los días?

Nó, señor; la sociedad es una Babel, donde cada uno habla sólo el lenguaje de su interés.

Ni es posible en el arca de la amistad encerrar tantas especies como en el arca de Noé. Con la profesión, Pedro ha adquirido gustos y modales que no se adaptan á los gustos y modales que el oficio ha infundido á José.

¡Avante, marineros! El Océano es grande: levad anclas y continuad cada cual navegando en este mar, donde nada hay común sinó el ser para todos Océano de lágrimas. ¡Avante, marineros! despleguemos trapos y vamos mar adentro.

Quito, á 17 de octubre de 1882.



TIMOLEÓN COLOMA.

I.—RECUERDOS NEBULOSOS.—EL COLEGIO.

No llega mi mal concepto de los hombres hasta poner en duda lo que ellos, los parientes y amigos de mi familia, aseguran contestes, á saber, que nací.

Mis recuerdos, que vienen á reforzar esta aseveración, datan sólo de una época próxima á la en que debí de ir á la escuela; por insignificantes y nebulosos no merecen mención especial. Baste decirle al lector (si alguien alguna vez esto leyese), que los únicos recuerdos algo claros que conservo son los relativos á una mesa del salón, bajo la cual tenía «mi cuarto»,

donde guardaba los juguetes y acariciaba sinnúmero de proyectos y resoluciones para un futuro remoto.

Crecí, al decir de mis padres, con prodigiosa rapidez y fué necesario enseñarme á leer. Las primeras letras, como las segundas y como las demás, entran siempre con sangre para no dejar mentir al antiguo refrán; el abecedario es el primer peldaño de la subida angustiosa y sin interrupción que sigue el hombre mientras vive: quietud en lugar del perenne libre movimiento, encierro en vez de la extensión de los patios y de los campos, presión en cambio de libertad, silencio en reemplazo de la algazara y del estrépito, sombra sustituyendo la viva y alegre luz del sol; regaños, castigos reemplazando los confites y caricias, el trato brusco del pedagogo sucediendo á los dulces agasajos maternos; hé ahí la sangre que mana del corazón del niño y que reblandece la tierna inteligencia para que, sembradas, germinen las letras.

Mi padre, hombre severo aunque bondadoso—cualidades que bien se concilian—fué mi primer maestro de lectura. Pero mi desaplicación y las ocupaciones de aquél hicieron necesario el enviarme á una escuela pública, á una de esas regentadas por un pobre diablo, tan apto para educar niños como para domar potros. Para pintar al maestro bastará contar que el pre-

mio concedido al alumno aplicado y formal era ponerle las disciplinas ó la palmeta en la mano para que castigase á los niños delincuentes; de este modo endurecía el corazón del chicuelo venturoso, mientras los demás agriaban el carácter y, prematuras, comenzaban á desenvolverse envidias y rivalidades engendradoras á su vez de males de indecible magnitud.

Como los muchachos tienen propensión á jugar con lo más serio, á la peonza, bolas y cometas agregué, después de ir á la escuela, otros juguetes: disciplinas y palmetas construídas á semejanza de las magisteriales.

No sin harta sangre entraron, al cabo de algunos años, las primeras letras y me pasó mi padre, como interno, al único colegio de la capital de la República.

No es fácil pintar el dolor de la primera separación del regazo materno, de los hermanos, de los compañeros de juegos, del perro—travieso cómplice y víctima del niño—del gallo del corral, del gato, del baul lleno de descabaladas propiedades, de aquel rincón testigo de tantos afanosos entretenimientos, de tantas fútiles alegrías y de tantas infundadas tristezas.

Llegó el terrible día. El catrecito con cortina blanca, dejando notable vacío en el dormitorio, había ido ya camino del colegio, cuando regresé después de decirle

adiós á mi abuela, quien me dió un abrazo, la bendición, una peseta y seis quesadillas de despedida. En casa encontré á mi madre, roja como una frutilla y con los labios temblorosos y párpados hinchados, ocupada en arreglar mi baul: *camisetas* nuevecitas (las cuales comenzaría á usar en el colegio, cosa que despertó algún tanto mi orgullo), calzoncillos, medias, una capa abolenga, pantalones de mi padre achicados, un chaleco idem, sacos de la misma alcurnia, una Nebrija nueva, una Virgencita en marco con lentejuelas, medio queso envuelto en un papel, una docena de galletas, los *Autores selectos de la más pura latinidad*, quesitos de manjar blanco y un trompo de estaño. Hé ahí los objetos que, medio arrodillada, acomodaba mi madre. Debiendo advertir que el trompo y los comestibles los colocó á hurto cuando mi padre, quien se paseaba en el cuarto, le volvió las espaldas. Noté también que mi madre interrumpía á menudo el trabajo para sonarse, apretarse las sienes con las palmas y quejarse de dolor de cabeza; mi padre, como he dicho, se revolvía á lo largo de la pieza, al parecer indiferente, pero fumando de prisa y sin saborear, como de costumbre, su cigarro; mi hermanita menor se me había acercado y de piés junto á mí me tomó la mano y me veía con ternura; yo tenía los ojos cansados de llorar,

y me puse á contar cuántos pájaros había en cada tira del papel de las paredes.

Dieron las seis. Con grande esfuerzo mi madre consiguió cerrar el repleto baul y me entregó la llave; mi padre se me acercó, me cogió con blandura del brazo y me dijo:

¡Vaya! Hijo, despídase.

No me he olvidado nada de esa cruel escena.

Lleguéme á mamá con los ojos preñados y la garganta estrangulada; la pobrecita me dió mil besos, me bendijo cien veces, me puso en el bolsillo un cucurucho de papel, me colocó en el cuello un escapulario de la Virgen del Carmen y desasiéndose de mí y sin decirme palabra corrió á otro cuarto, no sin que los sollozos se le escaparan antes de escondérseme; mi hermanita me abrazó las piernas, mirando temerosa á papá y me dió, también á escondidas, un caballito de madera despernado y medio bizcocho.

Mi padre tosía y arrojaba sin intermisión gruesas bocanadas de humo; asimismo callado, me asió de la mano y me llevó tras sí.

Tristes me parecieron las calles, tristes las gentes, tristes las campanas que sonaban.

II.—LA LETRA CON SANGRE ENTRA.

Puertas adentro del colegio, un padre con anteojos, en seguida de saludar muy atentamente á papá, me cogió del hombro con la una mano, mientras con la otra me daba una palmadica en la cara y después, haciéndome besar la medalla que pendía del rosario, me dijo:

—Chiquitín, tú vas á ser un San Luisito. ¿No es cierto? ¡Eh!

Aquí fué cuando las lágrimas saltaron; aquí fué cuando me acordé de que no me había propiamente despedido de mi madre y quise volver á casa; pero papá, á cuya levita me agarré con crispados dedos, me bendijo, me abrazó, soltóse y fuése.

El padre de los anteojos me condujo entonces por una escalera oscura, atravesamos una galería, yo siempre sollozando, y me entró á una vasta sala dividida á trechos, á ambos lados, por biombos de lienzo, dejando un camino central. En una de estas separaciones estaba mi catrecito á cuya vista tornó el aluvión de lágrimas porque no lo ví junto al de mi madre en ese cuarto de esa mi casa donde me dejé sin duda la mitad del corazón.

El padre de los anteojos me quitó el sombrero y lo arrojó sobre la cama; palméó varias veces mi cabeza y repitió otras tantas estas palabras no del todo consoladoras:

—No llores, ¡eh! Ya irás amansándote, chicuelo.

Bajamos á un salón muy alumbrado, donde unos tras otros, en sillas y con sus respectivas mesas delante, estaban sentados en silencio y con un libro abierto sobre la mesa, una infinidad de muchachos cuidados por un padre muy grave; mi conductor me señaló asiento y me dejó entregado á mis tristes pensamientos y á las miradas furtivas de los colegiales.

A las siete y media sonó una campana: los alumnos se pusieron de pié simultáneamente, como levantados por un resorte; el padre cuidador hizo rezar una oración en latín, un *pater noster* y un *ave María*, y los niños formados de dos en dos salieron del salón; se me dió un compañero de mi estatura, fuímos al refectorio, donde continué siendo el objeto de la curiosidad de los estudiantes; después de una cena corta que no probé y de la lectura que desde el púlpito chillaba un niño y que no entendí, subimos á la capilla, donde rezamos el rosario, escuchamos la vida del santo del día y recitamos oraciones de por la noche. De ahí fuímos al dormitorio.

Estoy, pues, ¡oh! lector, mano á mano conmigo mismo.

¡Qué amarga es la primera noche de colegio! Mis compañeros en pos del golpear de botas que se arrojan y del crujir de los catres, se quedaron en silencio. ¡Qué triste silencio, Dios mío! Acostéme, pegué la cara á la almohada y la empapé en lágrimas; me figuraba huérfano, me juzgaba en prisión, me creía víctima de atroz pesadilla; me puse á recapacitar en lo más insignificante de mi casa, procuré recordar qué estarían á esas horas haciendo en ella y lloré por mi madre, por mi padre, por mis hermanitos, por el perro, por los criados, lloré y lloré por todo y por todos hasta que me dormí. Entonces soñé ¡Amarga burla del alma en vela! soñé con jardines, pájaros hermosos, caballos retozones, confites y otras cosas deliciosas. Seguía á los caballos, comía los confites cuando dieron una fuerte sacudida á mi cama. Me desperté bruscamente y grité:

—¡Mamáaa!

Una estrepitosa carcajada de los colegiales me volvió á la penosísima realidad. Era la madrugada; me vestí y lavé de prisa. Dadas algunas campanadas fuimos á la capilla, rezamos oraciones de la mañana y oímos misa; en seguida bajamos al salón de estudio; á las siete y media nos des-

ayunamos escasamente y de allí pasamos á las clases.

Yo *cachifo* diminuto, fui llevado á la «clase ínfima de gramática»; tras los internos entraron los externos y por fin el catedrático, Padre Troncozo; todos de pié, hizonos rezar algunas preces y continuó una vocería y desorden terribles amainados de vez en cuando por golpes que el maestro daba sobre la tablazón de la cátedra y por las palabras fuerte y frecuentemente repetidas:

—*¡Chito!! ¡Silencio!!*

El bullicio era producido por los decuriones y los *decuriados*: aquellos tomaban la lección con gravedad magistral y contaban en los dedos los puntos, ó sea, las equivocaciones del decuriato, repitiendo en alta voz la palabra *¡Cito!* Los decuriatos daban la lección á gritos y con cierta entonación especial. Gastada media hora los decuriones entregaron al padre Troncozo unos papeles donde, según supe más tarde, iban calificadas las lecciones de los *decuriados*, y todos ya en silencio fueron á ocupar sus puestos en el poyo de ladrillo pegado á las paredes.

Habíame sentado en el primer lugar que hallé, se me acercó el que debía de ser el dueño y con aire amenazador me gritó:

—*¡Surge!*

No entendí la palabra pero comprendí

la orden y me levanté; el maestro me señaló asiento al fin del poyo, cerca de un chiquillo que tenía sobre la cabeza, clavado en la pared un cartón con un burro pintado, en actitud de rebuznar y hollando libros abiertos.

Sentábame, pero un dolor agudísimo me detuvo antes de tocar el poyo; di una gran voz y volví á ver: el muchacho del burro había extendido el brazo y puesto la pluma recta en mi asiento, de modo que el acero me hirió profundamente en el acto de sentarme. Mi ofensor, con el dedo de una mano en los labios y mostrándome la palma de la otra, me mandaba callar y me amenazaba, pero yo le delaté llorando cuando el padre Troncozo, atraído por mi grito, preguntó lo que me sucedía. Al criminal se le mandó arrodillarse en media clase; llamáronle al portero del colegio, mozo rollizo, é hicieron que éste aplicase á aquél, que repetía en todos los tonos

—¡Yo no he sido!

media docena de palmetas.

A través de las lágrimas ví al castigado que me miraba con ojos terribles y aun me parece que me hizo un gesto amenazador y una seña muy ofensiva.

A pesar del dolor de la herida, no perdí ninguno de los actos más notables del catedrático: regañó fuertemente á los decurios de quienes dijeron los decuriones

pessimam dedit; ordenó ponerse de rodillas á dos que *jugaban* á los pellizcos, hizo algunas preguntas, explicó largamente no sé qué, sonó la campana, rezamos y salimos. Dejaron los niños sus libros en el salón y nos disparamos al patio: eran las diez y teníamos media hora de recreo.

¡Media hora de eterna recordación! Apenas libres los muchachos corrieron hacia mí con estruendo atroz, gritando todos:

—¡Mamáaaa!

A la vanguardia venía á mí el del burro, con la capa retorcida empuñada á dos manos como un garrote y repitiendo con furia.

—¡Chismoso, *adulón!*

No ví más. Descargáronme sobre la cabeza innumerables golpes, quienes con las capas, quienes con las levitas; aturdido con la tunda, que me hacía girar en medio de una nube espesa de polvo y una grito infernal, caí por fin desvanecido.

¡A la *pila*, á la *pila!* ¡Darle un baño!

Exclamaban mis verdugos, y hubieran metido en obra la amenaza si no acudiese un padre á libertarme. Mi salvador mandó que durante dos recreos permaneciesen los *capoteadores* quietos y callados de pié sobre los poyos de los corredores que circuían el patio. Alzóme del suelo, me dió algunas palmaditas en el rostro y se fué á atrapar á un chico que, parapetado tras un pilar, fumaba un cigarrillo.

Gemía yo con dolor y con rabia. Apenas se separó el padre, comenzaron los penados á darme otra *capoteada*, esta vez de palabra y desde los puestos de su condena. Las befas y los insultos versaban sobre los dos malos piés con que penetré en el colegio, á saber, el «mamáaa» de por la mañana y el denuncia de la herida de clase:

—¿Con que el padre Troncozo es tu madre, nóoo?

—Todavía no le desteta al chismoso.

—Bauticémosle con el nombre *Mamita*.

Y en efecto, desde ese mismo día perdí mi nombre Timoleón, para ser llamado *Mamita Coloma*; y me acostumbré de tal manera al nombre postizo, que el primer día de salida contestéle á mi hermana, cuando gritando «mamita» llamaba á mi madre para anunciarle mi llegada.—Pero debo advertir que al principio me hería como ofensa el expresado sobrenombre.

A las diez y media, al tañido de la campana, fuímos al salón donde rezamos al entrar, así como al principio y fin de todas las distribuciones. Como ya se me hubiese señalado lección, abrí la *Nebrija* pero, á decir verdad, pasé las dos horas del estudio en dar y cavar acerca de la familia, de la herida con la pluma y de la *capoteada*. A las doce y media la campana nos llamó á refectorio donde comí mal y escuché

peor un capítulo de «Moral y urbanidad» leído, como la noche anterior, por un alumno chillón que, según las miradas repetidas, arrojadas sobre los platos con perjuicio del sentido de la lectura, me pareció más hambriento de caldo y carne que de moral y urbanidad.

El del burro se me hizo presente, durante la mesa, lanzándome bolas de migajón, cada vez que el cuidador le volvía las espaldas.

Dada la una, salimos á recreo que gasté sentado en un rincón huyendo de los compañeros. Uno de estos se me acercó con aire protector y me son'sacó palabras que entregó desfiguradas al dominio público para que sirvieran de tema de nuevas magulladoras burlas. Otro me llamó de parte del rector y se ofreció á acompañarme, le seguí y llegando á una puerta me dijo que entrase y aun me ayudó con un empujón. Unos cuantos diablillos se rieron entonces y se burlaron de mi credulidad, pues había sido llevado á cierto lugar que por indecente no lo miento.

A las dos volvimos al salón; á las tres tornamos á clase que trascurrió con los mismos incidentes de la mañana, excepto el haberme preguntado el catedrático la lección y advertídomme que la aprendiese «perdonándome el no haberla sabido, por ser la primera».

A las cinco recreo; á las seis salón y lo demas según el día precedente.

III.—LO PRIMERO QUE APRENDÍ.—LA PULGA.

Sí: todo continuó como el día precedente. Pero mi alma no estuvo lo mismo; la noche anterior lloré con ternura la reciente separación, las lágrimas de esta segunda noche fueron de rencor; reflexioné y tal vez odié por vez primera; recordé la burla del que me llevó al lugar excusado y deduje que la credulidad no era buena y me prometí ser desconfiado.

Héme pues con dos cosas aprendidas en el primer día de colegio: odio y desconfianza.

Tampoco soñé ya con objetos placenteros: soñé que el del burro me mordía las narices y me las arrancaba y me pisoteaba el vientre, y se reía á carcajadas y se transfiguraba en el asno rebuznador del cartón, y me coceaba y tornaba á darme tarascadas, y se revolcaba sobre mí y me ahogaba. Sudando á chorros, me desperté con la sábana que me ceñía el cuello sofocándome y no volví á dormir.

Triste es formar mal concepto de nues-

tros semejantes. Dícese que el colegio, penitenciaria de la infancia como la llama un amigo mío, es el mundo en miniatura; por esta parte al menos, bueno es ir al aprendizaje, si es posible aprender á padecer.

Los sucesos que he descrito sin exageración alguna, tal cual sobrevinieron, pudieran acaso hacer sospechar al lector que en el establecimiento no había la suficiente vigilancia para evitarlos. Diremos que, por desgracia, es más fácil castigar las travesuras que prevenirlas, así como en la sociedad es menos difícil infligir las leyes penales que hacer guardar las morales. Diremos también de una vez, que los desórdenes cometidos en el colegio provenían en gran manera de la escasez de personas que lo dirigiesen, debiéndose esto á las exigencias del gobierno para que se abriera dicho establecimiento antes de contar con los elementos indispensables para obtener los muy buenos resultados que posteriormente se han conseguido.

Caminaban los días y me enflaquecía de cuerpo y de alma, pues ésta de expansiva se tornó en encogida y recelosa; mis ojos ya no lloraban, pero tampoco mis labios se sonreían. Por otra parte la concentración del alma me dió una cualidad que, de seguro, no deben poseer los niños alegres: me hice reflexivo. El espíritu afluyó al cerebro cuando encontró obstruidas todas las

salidas al exterior. No me he olvidado cuán dulce fué la melancolía de cierta noche: por descuido habían dejado entreabiertas las ventanas del dormitorio que caían sobre mi cama; nunca hasta esa noche me detuve á contemplar el cielo y á conversar con la naturaleza: en el campo, en la ciudad corrí, jugué, alboroté, cometí bribonadas siempre en la tierra, por decirlo así, sin cuidarme nunca de la luna, ni de las estrellas, ni de las nubes. La noche á que me refiero era noche clara, los rayos lunares penetraban por la ventana y dejaban sobre mi colcha como un pliego de papel blanquísimo; esto fué lo primero que llamó mi atención; mas, luego levanté los ojos y miré la luna y los ampos de nubes que la cortejaban, contemplé las estrellas y el cielo azul que las engastaba, y me olvidé del colegio y de los colegiales y de la hambrecita que me estaba hurgando las entrañas: de todo me olvidé y me figuré cabalgando en una nube que tomó la forma de esos leones (parodias de grifos) con alas, que había visto pintados en las cajas de obleas, y recorrí el cielo entero y soñé con infinidad de cosas muy vagas pero muy agradables, y soñé despierto y continué soñando dormido hasta que el frío del amanecer me despertó; tiritando pero asido todavía á la dulzura inexplicable de mis recientes sueños, me metí entre las fraza-

das, suspiré con agradable tristeza y me dormí nuevamente.

Experimentaba aún bienestar cuando nos recordó el *Te Deum* con que el padre cuidador nos hacía loar á Dios al despertarnos; me sentí dispuesto á perdonar la herida y la *capoteada* y hasta á conciliarme la benevolencia del muchacho del burro. Al efecto discurrí regalarle algunas de las provisiones contenidas en mi baul.

Juzgo necesario aquí descubrir el por qué no había echado mano á estas provisiones, á pesar de que la escasez y orden de las comidas de colegio me hacían echar menos la abundancia y las comidas á deshora de mi casa; te descubriré, lector, la causa, la cual te provocará risa, sin duda, pero la comprenderás si tienes corazón: no toqué los dulces, ni las galletas, ni el queso porque me parecía algo como profanación ó falta de cariño á mi madre, consumir lo que ella, *con sus manos*, acomodó en mi maleta el día de la despedida.

Pero, como he dicho, las delicias de la tristeza de la noche, me predispusieron á reconciliarme con mi enemigo y, á la cuenta, me despojaron también de escrúpulos respecto á los comestibles, pues abrí el baul resuelto á convertirlos en prendas de amistad ó cuando menos en tributo de consideraciones al alumno del asno.

Alcé la tapa, pero ¡qué horror! Mi caja

se había trocado á no dudarlo, en una manzana del Asfáltides, sólo que, en lugar de cenizas, estaba llena de virutas. Próximo á llorar, tuve, sin embargo, valor para sacarlas, ¡pero inútil trabajo! Bajo las virutas estaba la ropa revuelta y no quedaba de mi *contrabando* más que un punjente olor á queso del cual se habían impregnado *elásticos* y calzoncillos, pantalones y levitas. En un rincón hallé la Virgencita, recuerdo de mi madre, la saqué para besarla y descubrí en el reverso escritas con lápiz estas dos palabras que me explicaron la desaparición de los víveres:

«Mamita chismoso».

El *prodigio* volvió á agriarme contra mi sañoso perseguidor: pero tenía el alma tan dispuesta á perdonar que insistí en la resolución de, aliado ó tributario, captarme la voluntad del chiquillo que se encargó de bautizarme al comenzar la vida de lágrimas de colegio, que educa para la vida de lágrimas del mundo.

No fué fácil borrar la inquina que me tenía, pero á fuerza de paciencia y suavidad, se dignó primero tolerarme cerca de él durante los recreos, y después, aunque paulatinamente, conseguí entrar en conversación franca, no limitada por la desconfianza de que yo chismease.

Quiero apuntar ahora que esta amistad me fué en extremo perjudicial: pues, para

ser semejante á mi amigo y complacerle, participé en infinidad de travesuras, cosa que no se aviene mucho con la austeridad de los maestros. Por él y aleccionado por él, aprendí á fumar, enseñanza que me costó bascas, vómitos y ánsias de muerte; y ¡válgame Dios! cuántas toses y ahogúos me valió la escarpada ciencia de expeler humo por las narices.

A no ser, pues, por el miedo que me inspiró la pulga (ó sea Agustín Manso que así se llamaba el muchacho del burro) lo cual me impelió á buscar su amistad, no hubiera yo sentado ese mal crédito de haragán, indócil é inepto que, aun proponiéndome de todas veras, no conseguí desapareciese por completo en los varios años de permanencia en el colegio: tal es el poder del descrédito.

IV.—NUESTROS CRÍMINES.

Por lo demás, las faltas nuestras no eran sinó verdaderas travesurillas de chiquillos; cierto que ellas quebrantaban á menudo el orden y silencio de clases, capilla y estudio, y no nos dejaban el tiempo suficiente para aprender las lecciones.

Juzgue el lector por sí mismo de nuestras diabluras: puédense dividir en escritas, habladas y obradas.

Las *obradas* consistían en faltar á las oraciones matinales por quedarnos durmiendo; en escondernos á las horas de recreo para no entrar á salón, acto que ejecutábamos con todas las dificultades y sobresaltos que deben de agitar al venado perseguido por la jauría ó al desertor acosado por los soldados todos del batallón; en hacer globitos de papel, inflarlos y darles puñadas, lo cual producía un estruendo como de pistoletazo; en cometer *prodigios*, es decir, hurtar los comestibles del comedor ó de los baules de los compañeros; en remedar á los catedráticos, etc.

Me acuerdo, á propósito de lo último, de la travesura de cierta ocasión y de las consecuencias: durante el tiempo de estudio trabajé con grandes dificultades, con las manos bajo la mesa y los ojos puestos en el libro, un muy regular bonete, unos anteojos y una nariz como la de Tomé Cecilia, todo de papel.

Sonó la campana y salíamos en formación: me puse en la cabeza el bonete, sobre mi nariz la nariz de papel y monté en ella los anteojos; aliñado de esta manera, salí de la fila é iba tras el padre Troncozo imitándole grotescamente la manera de andar, excitando así la risa y los esfuerzos para

contenerla de mis compañeros, cuando inesperadamente el padre se pára y se vuelve y doy contra él una topetada con el bonete, la nariz y los anteojos. Me arrancó estos objetos colérico, me dió unos cuantos coscorrónes y me condenó á varios justos castigos.

Diversión frecuente era también *vestir un mono*, ó sea, henchir con telas la ropa de uno de los muchachos y acostar en su cama al maniquí.

Una vez la pulga trasvasó á un tintero yació la miel de la cena, y por la noche la echó en las botas de un colega no de su agrado.

Hacíamos además los enfermos, á fin de faltar á las ocupaciones y creíamos engañar al médico fingiendo calentura, agitando los dedos mientras nos tomaba el pulso.

Pero asimismo, en ocasiones nos enfermábamos de veras á fuerza de cometer necedades para conseguirlo; necedades que podían causarnos graves dolencias si la robustez no fuese privilegio de los adolescentes,—entonces, á juicio nuestro, triste privilegio:—dormíamos sobre polvo de azúcar porque esto, según decir tradicional, producía fiebre; cubríamos la garganta durante toda la noche con pañuelos mojados para obtener ronquera.

Las *habladas* se reducían á clamar «tem-

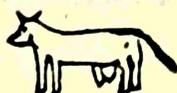
blor» para poner en fuga la clase entera, en imitar, siempre gangoso, las exhortaciones ó explicaciones de los catedráticos, etcétera.

No sé si aquí deba incluir—pues hay quienes sostienen que hablan los irracionales—los mugidos, maullidos, cloqueos, aullidos, arrullos, graznidos, etc., que con mayor ó menor perfección se escuchaban en dormitorio ya en un extremo ya en otro, con gran cólera del padre vigilante convertido, al parecer, en domador de fieras ó en habitante del arca diluviana.

Las travesurillas *escritas y pintadas* eran las tradicionales

Ojo á las vacaciones

con que *al carbón* cubríamos las paredes, en especial, al acercarse los meses de descanso. La famosa inscripción se escribía y se pintaba á medias, pues consistía en un gran ojo semejante á uno de los de Longino, unas alas con aspecto de alforjas, una vaca en duda, equidistante entre cerdo y gallo, con grandes tetas, eso sí, pues ahí estaba el todo, y de cuya cola pendía un *ciones* ó *siones*, que era lo más frecuente



siones

Travesuras *pintadas* eran también los dibujos de que cubríamos todas las partes en blanco de los libros, y las calaveras recortadas en cuero que atadas á una cuerda, y estregadas con yeso, arrojábamos sobre las espaldas de los compañeros y aun de los padres, donde estampaban calaveras blancas que nos llenaban de contento.

En cuanto á las *escritas*, propiamente tales, traeremos á la memoria un género de literatura especial, ya en prosa ya en verso: á las veces asemejábase á los artículos de ciertos periódicos en cuanto no eran sinó fragmentos de libros desfigurados y acomodados á particulares fines. Allá van algunas muestras:

En la geografía, libro de texto, al tratar del Cotopaxi se predice que el viejo dañador acabará por ser inofensivo como el Pichincha. Sustituído el nombre del volcán por el del padre Troncozo, merced á un papelito pegado sobre la palabra reemplazada, hélo el precitado fragmento:

«El *padre Troncozo* es el que en los siglos anteriores ha causado mayores estragos. En los últimos tiempos se ha contentado con arrojar agua lodosa; parece, pues, que el viejo *Troncozo* va gastando sus fuerzas y que, como todas las cosas de la tierra, después de su nacimiento y vida, también tendrá su fin, como el Pichincha y otros volcanes.»

Advertiré que nunca jamás aprendí nada mejor aprendido que el trozo precedente.

En cuanto á verso, poseíamos redondillas, décimas, etc., populares, quiero decir, sabidas y usadas por todos; tales eran por ejemplo esos versos escritos en todas las primeras páginas de las Nebrijas todas:

«Si este libro se perdiese
»como puede suceder...»

que por muy conocidos creemos excusado repetir.

Había, á más de esta literatura trivial, otra para el gasto, por decirlo así, de sus autores. Así yo compuse y escribí junto al título de las *Oraciones de Senarrusa*, la siguiente quintilla:

¿Hasta cuándo, libro mío,
en mi poder te veré?
Ya de tu vista me hastío,
mas tú, con aire sombrío:
«Tuyo, me dices, seré.»

V.—LA PRIMERA SALIDA.—EL COLEGIO ES UNA REPUBLIQUITA.

Trascurría el tiempo sin cambio alguno, con la pesada monotonía que carac-

teriza la vida de los cuerpos colegiados y asociaciones: los conventos, los colegios, las penitenciarías y aun los buques, los ferrocarriles, los hostales son grandes máquinas donde las acciones se ejecutan acompasadas y con la regularidad marcada por una campana; los hombres no son sino piecitas del conjunto, partes del mecanismo; la voluntad individual es inútil ó, en ocasiones, estorbadora, á la manera del cuerpo extraño que impide el movimiento ordenado é incesante del rodaje.

Grandes son, á no dudarlo, las ventajas que se derivan de la sujeción á una voluntad superior; sin embargo, creemos que cuando llega al anonadamiento del albedrío, puede arrastrar consecuencias perjudiciales al individuo. Justo, necesario es renuncie el propio querer quien, como el sacerdote regular, tiene que vivir siempre sujeto por provechosa obediencia; pero el hombre del siglo há menester voluntad propia y firme para salir airoso en infinidad de trances de la vida.

El hombre no es ave doméstica que todos los días ha de recibir el alimento sin el trabajo de buscarlo y cuya vida, á disposición del dueño, se ha de desgastar dentro de estrecho recinto; no, como el animal de reata, ha de dejarse conducir irreflexivamente donde á bien lo tenga el más insolente ó el más fuerte.

El hombre es dueño del universo; sin más trabas que las leyes del Criador y las que él mismo se ha prescrito para la ase-cución del bienestar, necesita libre é incontrastable determinación y energía sostenida para, á pesar de las sugerencias de la flaqueza, mantener ese sudor de la frente que proporciona el pan para el alma y para el cuerpo, pan que santifica y robustece.

Pero la sujeción moderada, la obediencia no pasiva sinó razonada y razonable, acostumbra á poner límites á los deseos; enseña á conocer los deberes mútuos, linde que separa nuestros derechos; suaviza la tesura del carácter; nos alecciona, en resumen, para la vida de sociedad.

Pero como el joven tropieza, desde que sale del colegio, con más perversos que santos y con más ocasiones para el mal que para el bien, volvemos á repetirlo, há menester voluntad vigorosa para resistir, y no chocar y destrozarse contra los arrecifes de la existencia empellado por los huracanes del mal ejemplo y de los malos consejos.

En todo caso, el colegio produce el excelente fruto de precaver á los niños de los modales y aun vicios que, en las casas y calles, comunican los criados, serpientes de los diminutos reyes de la creación, y esos diablitos silvestres que comunmente se crían para comida del panóptico ó para *carne de cañón*.

No salíamos del encierro sino los primeros jueves de cada mes, día que lo pasábamos en nuestras casas, y los otros jueves, en formación y custodiados por un padre, íbamos por algunas horas á un campo de los afueras de la ciudad; ahí, á una palmada del cuidador, nos dispersábamos como un puñado de granos tirado al viento, ó como los ganados al abrirles las puertas del corral donde estuvieron encerrados.

El primer *día de salida* fué de recuerdos imperecederos; imagen fiel de lo que serían mis futuros escasos goces, lo desperdicié sin paladear el contento de estar con mis padres, parientes y más personas queridas, contando las horas que volaban y entristecido con el atroz pensamiento del regreso al colegio. No obstante, me acuerdo que manifesté alguna vanidadcilla de «ser ya colegial.»

Mi madre me cubrió de besos y me encontró crecido, flaco y grave; yo pinté con colores lúgubres cuanto me aconteció en el colegio, con lo cual la hice derramar abundantes lágrimas; cuando la hablé del hambre trató, sin duda, de hartarme para todo el mes que iba á empezar, porque me rodeó de variedad de comestibles.

Mi casa me pareció achicada y el sol muy vivo. Según mi dictamen, cuantas gentes encontré en las calles me miraban con

atención y se preguntaban á sí mismas: ¿qué de nuevo ha pasado á este muchacho? ¿dónde ha estado tanto tiempo este chico?

En casa de una tía fué donde me di importancia con mis primos, como si el mes de clausura me hubiese hecho crecer un palmo ó me hubiera puesto algunas barbas en los cachetes. Con ellos no hablé de pesares, sinó sólo de lo que á mis ojos me «hacía interesante», y les narré algunas picardihuelas de los compañeros apropiándomelas, con lo que les dejé absortos y envidiosos.

Concluíase el día y con las sombras de la tarde llegó la oscuridad á mi alma: lloré, zapateé, me arranqué los cabellos cuando se me notificó la vuelta á la reclusión; padecí una buena reprimenda de mi padre, quien me asió del brazo como la primera vez y me desamparó al otro lado de esa puerta maciza llena de iniciales de venturosos que salvaron ya aquel que yo juzgaba infierno.

El padre de los anteojos, asimismo como la vez primera, me agarró del brazo, pero ya sin darme las indulgentes palmatitas, y me llevó al salón de estudio, donde permanecían aún desocupados algunos asientos.

Es tan cierto que el colegio es una republiquita, que había hasta partidos: uno

de gobierno, por decirlo así, y otro demagogo. Los gubernativos eran los mimados por las autoridades, y la mesnada estaba constituída por los aplicados y formales, los aduladores y chismosos; los demagogos eran los «sedientos de aura popular», es decir, deseosos de aplausos de los demás muchachos, y el partido estaba formado por los bulliciosos á las horas de silencio, los *prodigiadores* y los rezongones, en compendio, por los quebrantadores perpetuos de todo orden.

Creo, á las veces, que el hombre de suyo es demagogo, pues desde la escuela encuentra placer inexplicable en ir contra el torrente de la autoridad. Y á fe que en el colegio sobraban motivos para ello, porque, para decir verdad, más nos convenía estar bien con los compañeros que con los superiores; éstos castigaban, cierto, nuestras faltas, pero en el castigo mismo y señaladamente en el valor y aun insolencia con que lo recibíamos, encontrábamos un no sé qué, que nos realzaba á los propios ojos y más aun á los de la *plebe colegiala*. Supongo que ese mismo encanto deben de saborear en los destierros y en las prisiones algunos *politiqueros*. Al contrario, cuando desagradábamos á los compañeros, la excomunión y las otras penas que nos imponían, iban agravadas con el mismo rubor que han de sentir los empleados

despreciables de un gobierno despreciado. Además el castigo de los superiores era pasajero, el de los compañeros perenne y multiforme: recuérdense las funestas consecuencias de mi chisme contra el chico del burro.

No he podido olvidar y hasta poco há recordaba con respetuoso terror á un mocetón llamado el *toro*, ó sea, Juan Gálvez, tribuno formidable, fumador insigne, destrísimo púgil *trompeador de una y dos manos y hasta hincado*, eximio en dar coques y cabezadas, en brincar la *patadita* y el *capirote* de San Andrés, en el manejo de la tabla de pelota, en correr y sentar un caballo, en decir de una hasta ciento á los catedráticos y en oponerse á cuanto se nos mandaba: baste decir que no salía á paseo los jueves sólo por dejar de hacer lo que todos debían hacer.

Enojarle hubiera sido lo mismo que cometer sacrilegio, y luego quién sabe hasta dónde podía llegar su venganza. Poseía fuerzas hercúleas y huesos de hierro como lo manifestó varias veces al luchar con toretes, capearlos y montar en ellos las ocasiones que fuímos á pasear á la quinta de la familia de uno de los colegiales.

Malus puer robustus, decía Hobbes; amigos y enemigos del susodicho Gálvez, todos, cual un lobanillo, cual una cicatriz, todos los colegas deben de conservar de él

un recuerdo que les sirva para ratificar el principio del filósofo inglés.

Como he dicho, pertenecían al gobierno los aduladores y chismosos; los tales, con todo, se daban maña á introducirse en las travesuras para participar de ellas y después delatarlas; manifestando desde temprano excelentes aptitudes para *personajes*, especie de murciélagos que encumbrándose merced á las alas asquerosas, se apoderan de las alturas. Ya se ve: desde que nacen los arbolitos en el semillero se tienden hacia el lado del sol.

Poquísimos eran los juiciosos. En prueba de ello, quiero narrar una sublevación sin objeto que en breve fué sufocada y produjo, como suele suceder, por único resultado el castigo de los menos culpables y el aumento de presión sobre los demás. Aconteció, pues, que durante un recreo nos concertamos en *hacer hoja* al estudio. Hacer hoja se llamaba al faltar todos juntos. Nos convinimos, á más, en formarnos como de costumbre al toque de la campana, pero en vez de encaminarnos al salón á la señal del cuidador, desenvolver la sedición; así fué: con gran asombro de éste, tomamos para el patio y como el padre tratase de obligarnos á obedecer, proferimos «muera» y otras fanfarrias que pusieron en movimiento al rector y personal completo del colegio; armados éstos

de palmetas y disciplinas y el padre Troncozo de una enorme cuchara sacada casual, prerentoria y contingentemente de la cocina, nos precisaron á entrar al salón y luego se restableció el orden, no antes de la aplicación de severas penas.

Dije, no há mucho, que el gran Gálvez era la docta pluma para el *capirotejo* y la *patadita*: y, como me he propuesto recordar todo lo importante de esa vida á la cual algunos majaderos (sin venia por la expresión) desearían volver, y, como me he propuesto, repito, poner delante de los ojos de la memoria de mis ex-condiscípulos, en especial los cuadros más gratos de la tal infancia, para ellos felicísima, allá va la descripción de aquellos dos juegos estúpidos con que, en el colegio, nos educábamos para mulos.

De mulo actual se ponía, en verdad, un muchacho, que con el pescuezo y el espinazo doblados y las manos asidas á las rodillas, soportaba los estrujones y talonazos y puñadas y empellones de una retahila de brutos que saltaban sobre él, tomando punto de apoyo con las palmas en el encorvado lomo del pasivo animal. Esta era la patadita.—El *capirote* era, si cabe, algo peor: constaba de dos partidos alternados, uno activo y otro pasivo: los muchachos que debían desempeñar la parte pasiva se colocaban en hilera, agarrados vigorosa-

mente en sucesión, el primero de una pilastra y cada uno de los demás de la cintura del predecesor, todos agachados y procurando esconder la cabeza en los ijares de éste. Los miembros activos, tomado vuelo, uno en pos de otro, á brinco, caían á horcajadas sobre la ringlera; la cual con el gran peso de encima, casi siempre se venía al suelo con su carga, formando una lastimosa masa de carne de la que salían algunos heridos y contusos.

Doctos en la animalada últimamente descrita, eran, á más de Gálvez, Javier Paz, Adolfo Esparza y Agustín Manso: aquéllos, por la resistencia del cogote y columna vertebral, y éste por la agilidad muscular que le valió el referido sobrenombre de pulga.

¡Travesuras de colegio! Descubridoras de las inclinaciones aun en germen; profetizadoras de las aptitudes y hasta del puesto social que en épocas ulteriores habían de ocupar, esos pichones de ciudadanos..... Pero no nos adelantemos: bastante de prisa va la vida de suyo, para que la impaciencia nuestra se empeñe en mezclar y amasar lo pasado, lo presente y lo futuro.

Javier Paz gozaba de una maciza gordura de cuerpo y de espíritu: tenía músculos de cedro ó acebuche, huesos de piedra ó hierro, nervios de sogá ó de cabestro, piel de

blindaje, cerebro de argamasa con más arena que cal, y alma, si no sólida, medio cuajada, perdóneseme la expresión: pues es imposible, diga lo que se le antoje la psicología, que ciertas almas sean por completo simples y espirituales. En consecuencia de su alejamiento de la espiritualidad, el Javierito sentía obtusamente y las ideas le salían por astillas. Sin su excelente memoria, le habría negado aun la posesión de esa su alma semi-sólida. Alguna vez también, preciso es confesarlo, para diferenciarse de sus facsímiles los cuadrumanos, producía chispazos intelectuales, resultado sin duda del choque de la piedra y del eslabón de su cacumen.

Paz ejecutaba todos los actos, serios ó frívolos de la vida, concienzudamente: tomaba el estudio con el empeño de una distracción, y las recreaciones con la tenacidad del estudio. Leía las lecciones paseándose en los claústros en voz altísima como para hacerse oír *vellis nollis*, por su sorda mollera: aprendía primero seis ú ocho palabras á fuerza de gritárselas treinta ó cuarenta veces, después repetía la última junto con tres ó cuatro nuevas, y así concateando materialmente las voces, como quien va haciendo nudos á una cuerda, se aprendía de memoria libros enteros, cuyas frases recitaba de una tirada, rabiadas ó á manera del trigo que, á chorretadas, cae de la

tolva á las piedras del molino; el tal fuego graneado de palabras inanimadas, inodoras, informes, insípidas, emborrachaba, alelaba á quien las oía. No sé si llegó á saberse al pié de la letra las tablas de logaritmos.—Y la retentiva no era menos feliz: los millones de voces aprendidas de memoria, ahí se quedaban al modo de pinos que hubiesen arraigado en una cantera berroqueña.—Con las referidas aptitudes craneanas, no digamos cerebrales ni menos intelectuales, no es, pues, de extrañar que Paz adquiriese el justo derecho de llamar tontos á los que ¡brutalidad increíble! no se acordaban que Procopio fué derrotado y muerto en 2 de junio de 365 á las siete y ocho minutos de la mañana, ó que *macie equus corruptus*, caballo consumido de flaqueza, es frase tomada de la guerra civil de Julio César.—Con esto y con obtener tres ó cuatro premios cada año y en singular por sus fuerzas de elefante, Javier adquirió sobre nosotros un predominio tal, que llegamos á considerarle como un semi-dios, bajado del empíreo expreso para demostrarnos por contraposición lo limitado de las inteligencias meramente humanas.—Erase por lo demás un buen muchacho en todo sentido: no se enojaba por puñetazo de más ó patada de menos, dábase su cierta importancia, y nos miraba á los chiquitines con el com-

placiente desprecio con que Júpiter desde su trono debía de otear á los simples mortales.

Esparza tenía un punto de contacto con Paz, ya lo hemos dicho: pero contacto á modo del de una línea con su perpendicular, ocasionado precisamente por la diferencia de dirección. Como Paz, resistía media hora con el tronco gibado, para el salto de la *patadita* y como él aprendía la lección,—si alguna vez la hubiese aprendido,—haciendo sudar hasta el hopo á sus sesos; pero su resistencia no era sinó artificial supuesto que era sólo un alarde de fementida prepotencia, y, en cuanto á estudios, nunca supo más que la siguiente regla de cantidades, eso sí, con su respectiva traducción:

X, et Zeta, tírame la jeta, *gerunt vires*, no me la tires, *ubicúmque duárum*, ya me la tiraron.

Atque duas inter vocales, entre dos colegiales, *jota repértum*, el uno era tuerto.

Esparza poseía ese talento artificial ó, mejor dicho, falso que con alguna impropiedad denominamos viveza: voy á explicarme, describiéndolo. Absolutamente incapaz de comprender á derechas las lecciones y de entender las cosas serias como las personas inteligentes las entienden, nadie como él sabía desenvolver, con pormenores, de cierto ingeniosos, una travesura ó un pe-

tardo, ó improvisar una farsa, más ó menos verosímil, en disculpa de algún hecho punible y antireglamentario.

Pero la especialidad de Esparza eran los apodos: daba siempre en el *quid* para que fuesen exactos y duraderos. Mucho debió de ayudarle en esta habilidad el odio envidioso que le devoraba contra los estudiantes que le excedían de cualquier manera. Pasión que, por otra parte, no se mostraba jamás por sus manifestaciones violentas, excepto con los chiquirritines, con quienes era brutal y cruel. De la superioridad de los de su edad ó de los mayores se vengaba, ya lo hemos dicho, inventando sobrenombres, que entregaba á la circulación, atribuyéndolos á otro inventor ó precautelándose por otros medios asimismo ingeniosamente perversos; se vengaba también chismeando y acaso achacándonos las bribonadas por él cometidas.

VI.—LA ÉPOCA DE EXÁMENES.—LAS PRIMERAS NOVELAS QUE LEÍ.

Sin incidentes dignos de contarse pasó el tiempo, aunque no tan veloz como posteriormente me ha parecido, y llegó la época de exámenes.

Era de costumbre y de justicia elegir para el certamen, como muestra del aprendizaje del año escolar, al niño más aprovechado; aunque ocioso y, por lo mismo, ignorante, el amor propio me hizo esperar que yo sería electo.

Sólo de paso mentaré los temores y temblores que nos acarreaban los exámenes y la devoción en los rezos pidiéndole al cielo un feliz suceso.

Tres padres más serios que de costumbre, arrellanados delante de una mesa con carpeta púrpura, componían el tribunal; un asiento frontero á los examinadores era el banquillo, según lo llamábamos.

Sentado el chico, cargado bajo el chaleco de cruces, medallas y escapularios, pálido como cadáver, tosiendo y sonándose maquinalmente y con los piés movidos como péndulos entre las patas de la silla, el catedrático informaba á sus compañeros acerca de la conducta, aplicación y aprovechamiento del examinando, para lo cual servía también un certificado que presentaba el chiquillo tembloroso y que muchas veces le aprovechaba como la carta de Urías.

En seguida se le dirigían las preguntas, á las cuales me acuerdo haber contestado como por los cerros de Ubeda.

—Niño, ¿qué es gramática?

—La ciencia de los números.

—¿En cuántas partes se divide?

—En espirituales y temporales: las espirituales son estas...

—Basta, basta, tranquilícese; no es eso lo que se le pregunta.

Mientras tanto yo estaba pensando en que aquel examinador seguramente estaría muy de mal humor porque se había dado un gran corte esa mañana al rasurarse.

Salíamos del examen á penar en el purgatorio de nuestras dudas hasta que se nos descubriese la votación que obtuvimos.

Poco más ó menos así transcurrieron varios años, no interrumpida la monotonía del colegio sino por los dos meses, julio y agosto, de vacaciones, á cuyo principio creíamos que se entreabría el cielo y á cuya terminación nos parecía tornar al infierno.

Como es natural, eso sí, la igualdad de la vida no impidió que se desarrollara el alma y se desarrollara el cuerpo.

Juzgo digno de narrar que ningún bien me parecía más apetecible que el tener barbas; para la asecución de lo cual, conseguí un menjerge compuesto de posos de vino y otras sustancias, con el que me untaba el rostro todas las noches al acostarme, teniendo cuidado de examinarme por la mañana en el espejo para descubrir si el misterioso remedio había producido el milagroso resultado de darme la catadura de un cabrón.

Con el propio fin adquirí una navaja bronca con la cual me raspaba las lisas mejillas; la dicha navaja, al emplearla, gruñía el mismo rum-rum que se oye á las criadas cuando se las ocupa. De donde se deduce la mala voluntad con que me servía.

Por entonces fué cuando leí los dos libros más hermosos para el corazón, de cuantos han salido de manos de los hombres; pero los que más daño me han causado.

Un niño pálido, flaco y lánguido (acaso por obra de sus novelas) me prestó el «Pablo y Virginia» de Saint Pierre y «La Atala» de Chateaubriand. El paraíso terrenal se abrió á mis ojos; y me abrió los ojos el paraíso terrenal con los fragantes bosques, con la sombra incitadora, con el lenguaje elocuente de los mares y de los arroyos, con el aliento de las flores, con la muelle vegetación de los prados, con el aroma de las auras, con el arrullo de las aves, en resumen, con Eva compañera soñada del hombre, llamada Virginia por Saint Pierre y Atala por Chateaubriand. Lo repito, me abrió los ojos del alma, penetró en ella y enturbió las inocentes infantiles vagueaciones.

En verdad, ninguno de los malos libros que posteriormente he leído, me ha sido tan perjudicial como los dos citados; ellos

segaron la flor de mi corazón, abrieron de par en par las puertas al sinnúmero de sentimientos que constituyen no sé si el tormento de la vida ó las delicias de la existencia. Y debí de tener propensión á amar, porque, luego á luego, me aficioné de cierta inexistente vaporosa persona y, más tarde, di cuerpo á mi sueño enamórándome de una hermosa joven que ya en esa época estaba llena de pretendores y de regalos, y que nunca puso mientes en mis desacertadas acciones y en mis tímidos suspiros, pues palabras jamás la dije.

Nunca será excesivo ni sobrado escrupuloso el cuidado que los padres y maestros despliegan para evitar en los niños la lectura de malas novelas. Y juzgo malísimas aun muchas que, sin escrúpulo, se dejan en manos de mujeres y de adolescentes.

No me atreveré siquiera á calificar las obras arriba nombradas, por ser autor de las cuales daría la mitad de mi estéril existencia; pero créaseme, no exagero cuando sostengo que esas óptimas novelas dañaron más mi corazón de trece años que todas las perversas después devoradas.

Lo cual sin duda debió proceder de la edad y circunstancias en que bebí el almíbar de Saint Pierre y de Chateaubriand; y dije las circunstancias, porque el alejamiento de las cosas engendra, como es natural, el acrecentamiento de esos objetos

que no vemos sinó á través del microscopio de la imaginación; á más, para el niño no sólo están lejos, sinó le son desconocidos y se divinizan, por decirlo así, á la influencia poderosísima del misterio.

Los rayos de «Atala» grabaron con dulces sombras, en el limpio cristal de mi corazón, una imagen mucho más duradera que la producida por el sol en las máquinas de fotografía. Los rayos de luz viva, permítaseme proseguir la comparación, despedidos por la inteligencia y sensibilidad de Chateaubriand, reforzados al atravesar la lente de la fantasía infantil debían, evidentemente, imprimir en el pecho esa visión perdurable.

Atala, insisto, tomó la flor de mi alma.

No parece sinó que, así como las plantitas de la almáciga se inclinan hacia donde les viene el sol y le buscan y se van tras él, así el corazón desde tierno se estira hacia el amor.

Cuando leí «Los Mosqueteros» de Dumas me bauticé con el nombre de *Artagnan* y por metempsicosis de la imaginación efectué fantásticamente todos los actos de aquel personaje; pero Artagnan fué reemplazado por Enrique IV y éste por Febo, así como de Dumas pasé á Ponson du Terrail y de Ponson du Terrail á Víctor Hugo. Sólo Atala, primera impresión, no cedió su lugar á ninguna otra.

VII.—SOY TODO UN HOMBRE; ESTOY CONVEN-
CIDO DE ELLO.

Al salir á vacaciones ese año sentíame hombre, hombre prematuro: los amigos y las novelas originaron en mí el efecto de la sequía que madura las mieses antes de tiempo. No me digné ya dirigir ni una mirada á mis juguetes, y su puesto en el baul fué ocupado por mazos de cigarrillos y por los manuscritos siguientes: unas cuantas cartas de todo punto inéditas—pues sólo yo, su autor, las conocía—endezadas á una Virginia también inédita, probablemente la de Saint Pierre, y un *diario de un corazón* escrito á semejanza del que lei en *El espía del gran mundo*; el cual, mi papelón, estaba inflado de exclamaciones ardientes, de pinturas de objetos nunca vistos y de sentimientos que jamás hube sentido, y terminaba por una invocación al suicidio, al infierno y á no sé cuántas otras cosas lúgubres.

Un día, asumiendo cierto aire de digna gravedad y como poseído del convencimiento de los «derechos del hombre», me encaré con mi padre y le declamé un largo

contundente discurso preparado de antemano, con el cual traté de persuadirle que no eran los estudios la carrera para la que yo nacl, ni *Nebrija* apto para inmortalizar á nadie; discurrí con elocuencia acerca de los triunfos y honores actuales y póstumos de las armas; menté á Epaminondas, á Alejandro, á César; dije bellezas respecto á las Termópilas y al Rubicón, á Catilina y á Bruto, á Cannas y á Sagunto; cité el *quousque tandem* y concluí pidiéndole que me dedicase á la carrera militar.

Mi padre se sonrió un poco, se enojó otro poco y dejó sin resolver el «asunto de mi porvenir» como yo lo llamaba.

Si por entonces hubiese tenido bastante valor para cortejar á alguna mujer y hubiera conseguido que me correspondiese, estoy seguro, aunque ésta fuera una Maritornes, me habría postrado á las plantas de mis padres para pedirles que hiciesen la *felicidad de mi vida* y, á ser posible, tal vez me hubiera casado y aumentado el número de muchachos que se casan como aprenden á fumar, con la diferencia que al tabaco se acostumbran y les dura toda la vida, mientras del matrimonio se hastían y mengua la luna de miel antes de llegar á la primera oposición.

La verdad: con no tener ni en el magín mujer alguna, á punto estuve de hablar á mi padre de mis *amorosos martirios*.

La vocación á la marcial carrera se encendió únicamente, según después he comprendido, en los colores hermosos de los vestuarios, en el brillo de las armas y en las aparatosas músicas militares. Incitábase también sobre modo el gentil porte de un condiscípulo que sentó plaza y que adrede pasaba á menudo por el colegio para gozar del placer inefable de no saludar á los antiguos superiores y de fumar en sus barbas.

Como hubiese ido á la hacienda de un amigo, durante el camino hice gala de poseer un arte que apenas conocía por el forro: la equitación; llovió y me mojé miserablemente por haber despreciado los zamarros y más útiles prefiriendo ir en cuerpo y, por fin, en una bajada me apeé por las orejas del caballo á causa de haber quitado antes de montar, por creerlo elegante, la sotacola de mi galápago.

Por la noche conversamos en completa libertad con la hija menor del dueño de la hacienda y, aunque tuve tiempo sobrado, nada la dije; pero, al despedirnos, con voz misteriosa y conmovida, la pedí que me permitiese hablarla por la reja de la ventana que daba á un corral. Por complacerme, ó porque lo misterioso y á hurto gusta á las niñas, me concedió el sí con un expresivo apretón de la mano.

Héme pues, querido lector, con la magna

dicha de una próxima cita de todo punto novelesca.

Fuí á mi cama, soplé la vela y me acosté vestido, y sudé y me revolqué repetidas veces impaciente con el murmullo del rezo que entreoía en el contiguo cuarto de doña Beatriz, madre de Inesita; trascurridas horas, á mi parecer eternas, escuché un perdurable abrir y cerrar de puertas, ví circular luces por los corredores y, al fin, quedó en silencio y en quietud la casa.

El corazón me golpeaba el pecho como inmenso badajo, y tenía que abrir la boca desmesuradamente para que pudiera salir el aire que sonaba en mi garganta como en cañón de fuelle de fragua; aguardé algunos minutos para calmarme y como medida de precaución, levanté con tino las frazadas y las sonoras sábanas aplanchadas, me escurrí de la cama y palpando las paredes y tropezando aquí y allá contra los muebles, dí al cabo con la puerta; la abrí no sin que rechinara, lo que me aterró; descansé de nuevo para sosegar la respiración fatigosa y el corazón que parecía palpítrame en los oídos, y eché á andar de puntillas por el corredor; delante de la puerta de doña Beatriz me chasquearon los huesos de las piernas, á mi juicio, tan duro que debían haber oído el chasquido todos los de la casa.

Llegué al patio y me detuve algunos se-

gundos para arreglar el plan de operaciones: la puerta del corral debía de estar abierta, pero juzgué más poético trepar la tapia y descolgarme al otro lado.

La ascensión se ejecutó sin dificultad, mas, hacia el corral, la altura era considerable y por temor de caerme tuve que andar á gatas, espinándome y conservando el equilibrio á duras penas hasta que descubrí en el suelo una elevación sobre la cual juzgué podría dejarme caer sin peligro. Así lo ejecuté en efecto, pero ¡ay de mí! Lo que creí tierra firme, era nada menos que el infierno; sí, señor, pues no podía ser otra cosa.

Figúrese el lector que el objeto sobre el cual caí era blandujo y movedizo, por lo que di con todo mi cuerpo en tierra, á la par que se levantó el ruido más endemoniado que es posible concebir: voces destempladas, gruñidos feroces, crugir de dientes. Pero nada más pude oír porque comenzaron las vías de hecho: padecí pisadas en el rostro y en toda mi humanidad; me abrían las carnes con garfios, me punzaban, me acribillaban, me destrozaban, me trituraban; después de no sé cuánto tiempo, cesó la tunda para proseguir otro género no menos atroz de suplicios: tocábales su turno al gusto y al olfato, pues tenía en la boca una materia más desagradable que el acíbar y las narices

hartas de un olor, ante el cual, el azufre, la asafétida y los ajos, todos juntos, me habrían parecido agua de Colonia ó esencia de rosas.

Confitado de piés á cabeza, renqueando, aterrizado y ayudado por el porquerizo, que acudió á la batahola, salí de en medio de una centena de cerdos, pues de éstos dormidos en grupo, entrepernados y subidos unos en otros, estaba formada la elevación sobre la cual salté desde encima de la tapia. Todo cuanto en seguida me acaeció no fué sinó natural consecuencia del modo, lo confieso, algo violento con que desperté á aquellos infames animales.

Partíme por la puerta del corral olvidado de la citada Inés y escarmentado de la poesía de las tapias, y sin cuidarme de despertar ó nó á la familia atravesé los corredores, dolorido hasta el alma, y llegué á mi cuarto.

Mas ¿cómo entrar en pieza aseada llevando un espeso vestido tomado en el lecho de los puercos? ¿Cómo yo, pocilga ambulante, me metería entre las sábanas perfumadas con el sahumo de azúcar y alhucema?—Hubiera sido como componer un *mazapán* poniendo entre las hostias condumio de... cieno.

¡Diablo! Ni pensarlo. Decidí pues, aguardar la madrugada sentado en la puerta del cuarto, mano á mano con mi fragancia y

con los atroces dolores producidos por la caída, por la trilla de los huéspedes y por unas cuantas colmilladas.

Así di cima á mi primera aventura amorosa.

Después de una noche larguísima, los gallos cantaron por fin, me levanté derrengado, fui á la caballeriza, ensillé mi caballo, monté con grandes dificultades y regresé á la ciudad. Llegué felizmente bastante temprano para no ser visto sinó por las beatas que presurosas acudían á la misa del alba, las gentes que barrían las calles, los carniceros que quebrantaban huesos cortejados por jaurías que se disputaban las briznas y esquirlas, por serenos arrebuajados en sus mantas y por algún tambaleante borracho trasnochado.

En casa expliqué más ó menos verosímilmente el regreso antes de tiempo y la tristísima figura con que me presenté.

Posteriormente descubrí que Inés había tenido la crueldad de presenciar toda mi negra aventura y no he podido acabar de reconciliarme con ella por haber sido testigo de la desgracia que más rubores me ha costado. Voy también con recelo y de tarde en tarde á casa de sus padres, porque siempre he sospechado que el porque-rizo les refirió la ayuda prestada para extraerme del purgatorio.

La letra con sangre entra, lector; esta es ley ineludible: el novicio ha de pasar por las duras pruebas del noviciado, al recluta le caminan el cuerpo con palos para que aprenda á marchar, al aprendiz de pianista le dislocan los dedos, al niño que va al colegio le bautizan con *capoteadas* y á los mujeriegos les sobrevienen mil cochinas aventuras.

VIII.—ME DESENCOJO.—ESTRENOS.

Mi ropa, en esa época, ya no provenía de mis ascendientes en línea recta de varón, quiero decir, que ya no era «ropa nueva de la vieja de papá.» Comencé además á usar cañita y á llevar el sombrero encima de la oreja derecha.

En cuanto á garbo, no me faltó en la calle y mientras estuve entre adolescentes como yo, pero fuí vergonzoso y aun tímido ante gentes mayores; en especial, cuando al entrar en el salón me encontraba con personas de fuera, me desconcertaba tanto que, me acuerdo, pisé más de una vez á las señoras al llegarme á darlas la mano. En la calle me faltaba también alguna vez la gallardía, y esto cuando más la necesi-

taba como por ejemplo al pasar por balcones hermoseedos por chiquillas, y me avino muchas ocasiones desatinarme de tal modo que olvidé por completo mi modo habitual de andar.

Eso de enrojarme como cresta de gallo y darme tropezones inmotivados al saludar á las ventanas era en mí consuetudinario. Por timidez nunca participé en las conversaciones de las visitas y si me avergonzaba del perpetuo silencio y hablaba, decía algún despropósito y esto con voz estropejosa.

Pero el encogimiento cesó merced á un suceso notabilísimo que me dejó recuerdos imperecederos: el primer baile á que concurrí, no ya como espectador sinó como actor.—Mas, quiero tomar las cosas desde sus principios.

Con mucha anticipación aprendíamos á danzar y hacíamos, los muchachos de casa, castillos en España con motivo del proyectado matrimonio de una mi prima; nos figurábamos la música, el alumbrado, el baile, la mesa como algo de esos cuentos de palacios y príncipes encantados y bodas que cuando narran las viejas, termina siempre la relación con este buen deseo «y las sobras comeremos nosotros.» Corrido un tiempo de espera horriblemente largo, llegó á la postre el ansiado día.

A medio comer corrí á casa del sastre

para contarle por décima vez que esa noche iba yo á concurrir á un baile y para recaudar la levita de uniforme del colegio que se la remití para que la limpiase y cosiese algunos descosidos. Por impaciencia tuve la paciencia de estar con el sastre durante todo el tiempo que dedicó á mi levita; ya de regreso, me acicalé con un pantalón azul, que de noche parecería negro, un gran chaleco blanco paterno, la susodicha levita y unos guantes medianamente usados. Vestido de tal manera, salí á dar un paseo y como á decir á los transeuntes: «esta noche voy á bailar».

Una hora antes de que la novia concluyese sus atavíos, llegué á la casa y, aunque no sabía qué hacerme entre el correr de aquí para allá de los criados, el susurrar de las entremetidas y el lloriquear de mi tía, ahí me estuve como un plantón hasta que, dadas las ocho, llegó el novio seguido de bullicioso acompañamiento. Entrados al salón, el protagonista se escurrió para ir á admirar la última mano del tocado de su futura y dar abrazos á la llorosa suegra que correspondía á las caricias con un

—¡Pícaro!

ó con estas frases acompañadas de guiñaditas y empapadas en lágrimas y sonrisas:

—Usted tiene la capa del diablo. Dígame, ¿á qué santo se encomendó?

¡El cura! ¡El cura! Estas dos palabras

pasadas de boca en boca y arrojadas al tocador de mi prima por una criada fatigosa que asomó la cabeza por la puerta entreabierta, causó el efecto del toque de zafarrancho en un buque de guerra: mi tía se desmayó, la novia corrió á arrodillarse delante de ella, las vecinas se sonaron con estrépito, el novio se puso á revolotear por el cuarto sin acertar con nada, las criadas daban voces y yo encontré contra el mundo entero. Por fin se restableció la calma: la futura suegra tornó en su acuerdo merced al sahumero de lana pelada de las frazadas y al aceite de la alcuza que la hicieron oler en vez del vinagre, bendijo con interrupciones de abrazos á su hija y asiéndose al codo del yerno, salió del tocador; la novia se limpió una lágrima con el índice, hizo una mueca al espejo y apoyada en el brazo del padrino, atravesó por la calle de criados que hablaban todos á un tiempo.

Excusaréme de describir la sencilla operación que tan sólidamente encadena, los desmayos de mi tía, las pullas de los circunstantes, etc., etc., etc.; diré sólo que, concluido el solemne acto, hice lo posible para acercarme á la feliz pareja y observar si en algo se habían cambiado sus fisonomías.

Un vigoroso preludio de piano sonó á este instante.

—Jóvenes, á bailar, á ustedes les toca; no desperdicien el tiempo; nosotros somos papel quemado, clamaba que no decía don Braulio.

Y en efecto un vals de Strauss hacía que los piés de suyo siguieran el compás y bailarían solos. Luego el salón se preñó de parejas y empezó ese girar rápido, vehemente que da vahidos aun á los espectadores; yo, sentado en una esquina y escondiendo los piés bajo la silla, miraba en cuanto me lo permitían el polvo y los meteoros de cola de vestido que cruzaban zumbando por mi rostro.

Cuando la furia del primer vals se apagó, entraron pajes bandejas de copas con *mistela* de rosas para las señoras y con coñac para los hombres; apuradas las copitas ceremoniosamente tornó el baile.

Por allá, á la media noche, la cerveza, el coñac, el jerez, habían ya lavado á los concurrentes de las molestas ceremonias; la conversación era general y animada; las niñas, cubriéndose las rosáceas bocas con los abanicos, chácoteaban misteriosamente con jóvenes sentados de lado y puesto el brazo sobre el espaldar del sofá; las señoras de edad se afligían de pensar en el matrimonio de sus hijas, pero recordaban con delicia su propio casamiento; los caballeros de pié en los huecos de las ventanas, unos hacían reminiscencias de las bellezas y

bailes de veinte años há, otros proponían reformas gubernativas y dos individuos que se quitaron los guantes «por incómodos» conversaban con entusiasmo acerca de vacas, yeguas y sementeras. Todo tema era empapado con prodigalidad en jugo de uva.

Parecióme notar que el beber (como si fuera cosa mala!) necesitaba pretextos; en realidad nadie bebía sólo porque tuviese sed, sino:—Por *mi sia* Juanita; porque el negocio produzca un millón, porque se sane del reumatismo, etc., etc.—En seguida, tin, tin, chocaban las copas, vaciábanlas, agradeciánselas y continuaba la interminable charla.

El baile se había convertido en garboso paseo de parejas por la longitud del salón. Así como los ríos en la desembocadura en el Océano forman bancos, una masa de criados había penetrado con exceso formando un delta en dirección de la puerta de la sala.

Yo, desde mucho antes, tenía entablada conmigo mismo una discusión aun indecisa. ¿Sacaré á bailar á una señorita? ¿Bailaré?—Veinte veces me puse en pié, otras tantas me volví á sentar irresoluto. Me estimulaba una señora que roncaba á mi lado y que cuando la despertaba algún *fortissimo* de la batahola me decía:

—Hijito, ¿por qué no baila?—Me dis-

gustaba el «hijito» pero la pregunta me desenojaba. Estimulábame también una criada que desde la puerta me repetía de vez en cuando:

—Baile, pues, niño Timoleón, baile.

Pero no perdí el tiempo de todo en todo, pues tomé bastantes helados con barquillos y algunos tragos de jerez invitado por D. Braulio quien, después de ir á *California* con todo el mundo, me llevó también á mí para que «yo le convidara á beber, pues la ociosidad es madre de todos los vicios», según me dijo. Le cobré efecto á este viejo que no se desdeñaba de conversar conmigo algunas palabras y de llevarme de bracero á la pieza de los licores.

La llamada «á la mesa, á tomar un pedazo de carne» me encontró en media sala dirigiéndome á una señorita para invitarla á bailar.—Señoras de brazo con señores, pares y nones, todos fueron al comedor. La mesa, á mi entender, estaba soberbia: ramos de flores, fruteros con cúmulo de frutas, castillos de caramelo, cuernos de Aqueloo de almendras, pavos rellenos, jamonés con puños ó mangas de papeles de color picados, carnes con sendas banderitas izadas, en las cuales se leían en gruesas letras: «Biban los nobiyos» y los inspirados versos siguientes, dignos de un médico ó de un Apolo de cocina:

Oi ilmeneo se caza
y los hanjeles vajan del sielo
para pre mear este madrimoño
que se festega aquí en hel zuelo.

Después de un continuo arrastrar de silletas y de repetir:—Mi sía Chanita, este es su puesto—Don Goyo, véngase acá, sentáronse todos excepto los de la casa y algunos otros de confianza que comeríamos, concluída la primera, en la *mesa de los músicos*.

La sopa fué consumida en respetuoso silencio, turbado sólo por el tamboriteado especial que producen cincuenta cucharas en cincuenta platos. «Concluída la sopa una copa,» dijo alguien sentenciosamente é hicieron una libación. En seguida don Braulio propuso que la copa *primera* (no hizo cuenta de la anterior) fuese general y por la felicidad de los novios; la propuesta fué acogida con *ihurras!* y levantándose todos, D. Heliodoro, el padrino, pidió la palabra y dijo: «Tomo esta copa porque...» y mentó á Jacob y su numerosa progenie, á Cupido y á Matusalem y concluyó con esta elocuente expresión: «por esto tomo esta copa» y la vació en medio de aplausos merecidos.

El estrépito de la mesa crecía en progresivo espantoso aumento así como el de un aluvión que se acerca. Y un aluvión era de cierto el que iba pasando por encima de



los manteles: pastas, ensaladas, caramelos, frutas desaparecían con grande pesar de los que constituíamos la reserva; las copas empezaban á caerse, probablemente ebrias con el excesivo licor que en ellas se vertía; en resumen, el estampido de las botellas de champagne, el chocar de los vasos, el chirriar de los platos ludidos por los cubiertos, las risas, los brindis, los vivas, los aplausos, los continuos retos del *barrio de arriba al barrio de abajo* y viceversa, componían la barahunda más heterogénea y endiablada que se puede escuchar.

A obra de las tres de la mañana (*á las 3 a. m.* como dicen ahora los periódicos) se levantaron por fin los de la vanguardia y los músicos, con denuedo increíble, ocupamos su lugar y dimos á paso de vencedores, la carga más decisiva que jamás se ha dado, pues en el campo ni siquiera quedaron muertos sinó sólo esqueletos. Únicamente el señor viejo, que tuvo la bondad y *patriotismo* de acompañarnos y «cuidarnos» aun á los de retaguardia, sólo él digo, hizo prisioneros: pues extendió sobre las rodillas un pañuelo como una sábana y echó encima cuantos confites y pasteles se habían escapado de nuestro empuje formidable.

Derrotados ilesos no hubo sinó un pato que, escurriéndose entre el tenedor y el cuchillón, se asiló bajo la mesa. Pero sos-

pecho que fué posteriormente aprehendido por D. Braulio, quien acaso con ese plan le hizo ejecutar la hábil retirada.

Cuando entramos al salón, presentaba aspecto distinto: la familiaridad reinaba por todas partes. Los novios, olvidados de la concurrencia, conversaban en un rincón asidos de las manos y mirándose con ojos de «borrego manso»; el pianista había cedido su butaca á un joven que, acompañado por la voz de una semivieja, maullaba el *alza que te han visto* para que bailaran mi tía y el padrino que, en medio de la sala, estaban haciéndose rogar.

Yo, excitado por el calor de la pasada batalla, bailé primero con una parientita y, acto continuo, saqué casi por la fuerza de su asiento á una señorita con quien anduvimos muy desavenidos, pues ella daba un paso cuando yo dos é iba á la izquierda cuando yo á la derecha, y á quien, por último, dí dos pisadas tan magníficas que se me desasíó bruscamente y casi saltando en un pié fué á un sofá repitiendo entre dientes una maldición de la cual percibí con claridad este horroroso y sangriento insulto:

—¡Chiquillo de tal!

Los jóvenes, cosa que me pareció extraña, abandonaban con frecuencia á las niñas para galantear á las botellas. Lo que posteriormente me expliqué porque aque-

llas se pueden hallar, en cualquier parte, de gorra.

Para concluir diré que á las cinco de la mañana, excepto la sala tapizada de girones de linón, cintas, flores, etc., todo se asemejaba á las chicherías: bailes plebeyos, voces enronquecidas, carcajadas ruidosísimas, protestas de amistad, juramentos de cariño, reconvencciones.

IX.—SOY LIBRE, ENTERAMENTE LIBRE...

De allí á tres días partíme para el colegio, donde por muchas semanas estuve rumiando los recuerdos del baile, cuando solo, y hablando y jactándome de él, cuando acompañado.

En esta época tuve un gran pesar: la separación de Agustín Manso, quien, por muerte de su padre, quedaba completamente huérfano y dueño de un buen capital; aunque un tío, su tutor y curador, trató de obligarle á permanecer en el colegio, Agustín se salió con la suya. El día de irse, se despidió de mí deseándome *pronta libertad*; hizo unas cuantas muecas á los catedráticos, fanfarroneó entre dientes algunas bravatas y sin decir más adiós,

se partió haciendo cruces á la casa. No sé si aun las pintó en las paredes, por aquello de

Quando del colegio salga
tres cruces he de poner:
dos porque me suelta el diablo
y otra para no volver.

Ese año escolar fué para mí el principio de una era importante de mi vida porque, sea á causa de que me naciera un noble amor propio, ó sea que con el desenvolvimiento de la razón comenzase á ver claras las cosas, me sentí dispuesto á formalizarme y dedicar al estudio el precioso tiempo que, hasta entonces, perdí lamentablemente en leer fútiles novelas y cometer travesurillas.—Creo también que contribuyó no poco, para mi sana resolución, el cambio casi completo que experimentó el personal del colegio; pues, desacreditado ante los primeros maestros, lo comprendía, ningún esfuerzo hubiera sido bastante á cambiar el mal concepto en que me tenían, puesto que *cerca está de ser reo aquel de quien se juzga mal*, al decir de Casiodoro y de la experiencia.

Con gratitud recuerdo, además, un poderoso estímulo al cual indudablemente debo haber persistido en mi aplicación y conseguido una carrera literaria; quiero hablar de las bondadosas atenciones de un nuevo catedrático, atenciones y bondad á

las que, por lo mismo de no haber estado habituado, me impulsaron con gran fuerza por el camino recto del cual, en adelante, tuve la fortuna de no desviarme.

El hombre es lo que quiere ser, se ha dicho con bastante razón; pero es indudable que para llegar á donde se propone, necesita del apoyo de los demás.

El hombre, para ser algo, ha menester confiar en las propias fuerzas. A la gloria, á los honores, no se asciende sinó impelido por ese aire sutil, generador de acciones heróicas, que se llama elación. Pero este noble orgullo debe ser fomentado por los padres y por los maestros cuando el hombre es niño.

Existe una corriente, entre quienes nos rodean y nosotros, por la que aun el individuo más expedito habla como un tonto con personas que, él lo sabe, le califican de tonto. En cambio, el buen concepto en que se nos tiene, parece que nos da instrucción y talento y aun alas para remontar el vuelo á alturas inmensas.

Los honores cambian de tal modo á los hombres, que hemos visto pobres diablos convertidos en grandes personajes, y, lo que es más raro, en individuos razonables.

Los antiguos conocían ya esta alquimia maravillosa y por eso decían:

Honores mutant mores.

Pero tomada posesión del crédito, convencido de la potencia del propio vigor, el hombre es dueño de aquello que los físicos llaman *fuerza adquirida*, que le lleva acaso más allá del lugar donde pensó detenerse.

Cuéntase que Bonaparte solía repetir: «háganme capitán y yo me haré lo demás»; y le hicieron capitán y él se hizo general y, á imitación del gran Carlos de Suecia, arrancó la corona de emperador de las manos de Pío VII para no deberse sino á sí propio aun el acto material de coronarse, y se apropió del mundo hasta que las fuerzas de todos los pueblos reunidos, consiguieron sujetarle al monstruo y atarle á una roca, desde donde, Tántalo y Prometeo á la par, devoraba con los ojos el globo que provocaba su voracidad, mientras le roía las entrañas el buitre inconmensurable de su ambición infinita.

Ese año conocí, pues, las grandes ventajas de ser juicioso y en vez de las agitaciones producidas por la ociosidad, paladeé la sabrosa tranquilidad del deber cumplido, de la conciencia satisfecha y de una lección bien aprendida. ¡Ah! Si los perezosos fuesen capaces de conocer las holguras del trabajo, serían trabajadores por pereza, y perdóneme la parodia el señor de la Rochefoucauld.

Cuando, al fin del año, fui electo para representar mi clase en el certamen, mi

contento llegó á la mayor vehemencia. Pero nunca me olvidaré, sobre todo, de la emoción y satisfacción vivísimas de que gocé cuando, el día de los premios, fui llamado por mi mismísimo nombre, yo, Timoleón Coloma, para recibir una medalla.

Poco más tarde, sin embargo, experimenté un placer todavía mayor. Hablo del grado de maestro que obtuve y de la consecuente última despedida del colegio.

El examen para optar al grado se efectuó por la noche; de ahí corrimos, con los amigos, á dar á la familia la feliz nueva; engullimos pastas y trasegamos vino en abundancia. A los contentos referidos, se me agregaron también, esa noche de perpetua memoria, los estrenos de un reloj, óigase bien *reloj*, que, llorosa de gozo, me obsequió mi madre y del primer aposento independiente con que me regaló mi padre. Para complemento de tanta dicha, en el patio de casa se oía el patear el suelo y el resoplar y el remoler la alfalfa de los caballos en los que, de madrugada, iría al día siguiente al campo.

Qué feliz noche, ¡válgame Dios! ¡qué feliz noche aquella! Esa sola noche, no exagero, compensó con creces el tormento de los siete años de encierro. El olor de los tapices nuevos me parecía un perfume exquisito: el apurado tic tac de mi reloj, colocado para oírlo mejor bajo la almohada,

me sonaba como la música más armoniosa. ¡La salida del colegio! El barón de Trenck no sintió, de cierto, más sabrosa su libertad cuando la obtuvo después de cien tentativas de fuga.

He observado repetidas veces que la felicidad perturba el sueño, más fácilmente que la desgracia. Y este es un beneficio de la Providencia; el sueño de la dicha es ligero: el de los padecimientos, profundo.—No eran las tres en mi queridísimo reloj cuando me levanté, desperté al sirviente y le mandé ensillar; poco después, arrastrando sonoras espuelas y perfectamente vestido de viaje, abracé en sus lechos á mis padres y partí.

¡Gran caballo! ¡qué triquitraque tan delicioso producían las herraduras bienhadadas en las silenciosas calles!—Hubiera deseado sacar á empellones de sus camas, para asomarles á las ventanas, á todas las gentes que, por satisfacer el ridículo gusto de dormir, gusto de todo punto bestial, no me veían pasar en mi soberbio castaño. Luego estuvimos en el ejido, donde algo me disgustó la falta de empedrado que ensordecía el grato traquear de los herrajes.

Pero, en cambio, fui munícamente compensado. A la izquierda, se me presentó la gran mole del Pichincha con la cabeza cubierta por girones movedizos de niebla blanquecina; en las faldas, las maduras

mieses, tendidas á trechos, semejaban ropas puestas á secar.

El lucero del pastor se mostraba sobre los cerros del oriente, la luz de millaradas de estrellas vibraba en un cielo azul oscuro, la luna menguante surcaba el espacio seguida de cerca por un lampo de nubes, un suave ventecillo producía el murmullo de río lejano, cantaban los gallos, ladraban distantes perros, silbaba algún solitario, trinaba uno que otro gorrión. El ambiente estaba fresco, pero yo, con todo, tenía la cabeza erguida y los labios entreabiertos para respirar á boca llena el vivificante aire de la libertad y de la mañana.

Satisfecho de mí mismo, rebotando de ilusiones y esperanzas, no me habría cambiado esa madrugada, ni con Napoleón opulento de naciones, ni con Rotschild monarca del universo. Si las ilusiones no fueran tan de poco peso, de seguro, mi caballo se hubiera cansado antes de caminar una legua.

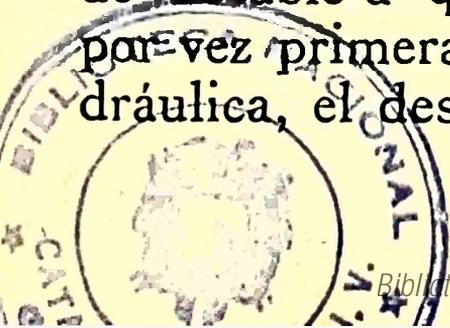
Algo anduve antes de que los tintes argentados de la aurora anunciaran la luz dorada del sol; los solitarios apuraron sus tristes silbidos y, en seguida, los mirlos, los güirachuros y los jilgueros bañaron la atmósfera en abundante rocío de armonías.

X.—¡AL CAMPO! ¡AL CAMPO!

Bastante gastada la mañana llegué á la hacienda, donde mi tía Rosa, por haber almorzado ya la familia, me dió primero una taza de quemante *gloriado* y después un exquisito é improvisado banquete, compuesto de *chulco* de huevos, carne semicruda, plátanos fritos, café claro y *huarapo* á discreción.

La casa de la hacienda era un edificio de maderas, alto, cómodo y rodeado de bosques de chirimoyos, naranjos, limoneros, plátanos y palmas, tan pegados á la casa en la parte del comedor que, con abrir los vidrios, se podía coger los azahares de chirimoya y los platanitos tiernos, que pendían como una gran mano verde saliente de una manga roja.—Estas arboledas, llamadas *huertas*, las arrienda el dueño en sumas no despreciables, reservándose para el gasto, sólo algunos árboles.

Después del almuerzo fui al trapiche. Los ingenios de azúcar presentan mucho de notable á quien, como yo, los visita por vez primera. El movimiento de la hidráulica, el descogollado de la caña-miel,



el crugido de las mazas de bronce, apagaron casi el simultáneo saludo de negros, negras y negritos que trabajaban en la molienda; mientras yo lo veía todo, una de esas descortezó una caña, la rajó con su machete y nos la ofreció con ciertos ademanes de coquetería, podría decirse mujeril.

De ahí pasamos al local de los hornos, donde los negros, circulando poco menos que desnudos entre paredes ennegrecidas alumbradas por las rojizas llamas que subían lamiendo los trastos de bronce que cuecen las mieles, me hicieron recordar los cuadros del infierno adorno de los muros de algunas iglesias. El calor no nos permitió sino entrever ese purgatorio donde los negros sudorientos viven por un milagro semejante al atribuido á las salamandras. En seguida fuimos al alambique: el olor espirituoso pungente del licor en fermentación y en destilación se percibía desde fuera. En todas partes los obreros trabajaban cantando, pero en los alambiques me pareció que estaban más contentos: cosa que me expliqué luego, pues desde la puerta y en tanto que *cañaba* unos cañutos, oí lo siguiente:

—Mire, ño Melecio, no le bese tanto á la *punta*.

—¡Oyá! Y por qué nó, si me muero por eya.

—¿Y su mujé qué dirá?

—Naa; poque tamién le gusta *muchá* al aguardiente.

Por la noche me produjo dulce melancolía el canto de los negros y el triste tañido de las flautas y rondadores de las cuadrillas, asordado por el estruendo del agua al mover la turbina.

En el campo se oía el piar de infinidad de grillos; y por encima de los bagazos, acumulados cerca de la fábrica, se veía cruzar como chispas vivas las luciérnagas y ninacuros. Allá, lejos, se entreoía el monótono golpear de una *bomba* y de un *alfandoque*.

Lo que los negros llaman *bomba* es un tambor grande ó sea un bombo de forma especial; el *alfandoque* es un cañuto de *guadua* (caña muy larga y muy gruesa) lleno de guijas, el cual, sacudido, marca el compás en los bailes á que los negros son en extremo aficionados.

Al otro día nos ocupamos el tío y yo en limpiar las escopetas y aceitarlas, para partirnos la mañana siguiente á la montaña á cazar pavas. Y así lo realizamos, en verdad, pues muy de madrugada nos levantamos, repletamos las bolsas de los *pellones* con bizcochos, queso y botellas de leche, café y anisado, montamos y adelante...

A una hora de viaje, cuando el monte

comenzó á espesarse, nos apeamos, quitamos los frenos á las mulas y las atamos con cuerda larga para que pacieran á sus anchas en derredor. Un guía montañés cogió las municiones de mi compañero, otro se apoderó de las mías, á fin de dejarnos espeditos, nos dimos cita con aquel en ese mismo lugar, y nos separamos.

Muy á poco el camino se hizo difícil por lo intrincado de la selva.

¡Qué magnífico es el amanecer en los bosques! El silencio, no interrumpido sinó por el quebrarse de la hojarasca al pisarla y por el reclamar de ranas gigantescas que me producían el efecto de grandes castañuelas tocadas cerca de los oídos,—me inspiraba un respetuoso sobrecogimiento. Siempre que he cruzado nuestros exuberantes bosques, lo he observado, me ha sobrecogido ese respeto, como religioso, proveniente, sin duda de que encuentro algo de semejanza entre estos santuarios de la naturaleza y los templos, especialmente cuando están desiertos y en semi-oscuridad.

Debo confesarlo también que, no sólo ese sentimiento sinó además cierto vago temor experimentaba andando así, á una luz azulina escasa aun, y apretaba el paso para alcanzar á mi conductor que, acostumbrado á las selvas, caminaba mucho más de prisa que yo; me figuraba en una

ciudad encantada y veía torres, columnas, artesonados, palacios completos sin que faltasen sus habitantes, aunque inmóviles; pues ahí había árboles, arbustos y troncos secos que remedaban gigantes, monstruos, pigmeos y cuanto la imaginación es capaz de concebir en su fecundidad infinita.

Mas, paulatinamente la luz aumentó y desaparecieron todos los objetos que veía la fantasía. Con la claridad empezaron, en cambio, los multiplicados silbos, chillidos, zumbidos, gritos, arrullos, cloqueados, cantos, de los dueños de las florestas, acaso más reyes de la creación que el sér presuntuoso, hábil para destruir é impotente para crear algo como esas maravillas naturales, que él arrasa en testimonio del poder que juzga le fué conferido.

Anhelante y bañado en sudor, mandé detenerse al guía y me senté en un arbol caído, cubierto de líquenes, de hongos y de musgos. Sabe Dios cuánto tiempo habría continuado ahí, aspirando el olor singular de las selvas, contemplando los árboles colosos cargados de otro bosque de vegetación parasitaria: las enredaderas, los arbustos coronados de flores y de frutas de colores vivos; escuchando el golpear acompasado de los pájaros que se llaman carpinteros y los gritos discordantes de lindas aves cuya voz, por la ley de las compensaciones, es sobre manera ingrata; comparando en mi

mente los hombres y las cosas de los hombres con los vegetales y con los irracionales; trasladándome á los palacios, al mirar los árboles grandes invadidos por los parásitos, á los gobiernos, al ver las trepadoras abatiendo á los troncos que las sostienen, á los Congresos, al escuchar la insistencia de los sapos, á los salones, al mirar las avecitas de resplandeciente ropaje y de voz desapacible. Sabe Dios, repito, cuánto tiempo hubiera permanecido así, si no hubiese visto venir por encima del tronco que me servía de asiento, una araña descomunal, semejante á una mano negra aterciopelada que estuviese *arañando* la corteza.

¡Araña! ¡Negra, fea, horrible, tú eres las necesidades del cuerpo que obligan á volver á la vida de la realidad al poeta soñador, al sabio ensimismado, al artista vaporoso!

¡Tú, negra, fea, horrible, tú, eres las pasiones que despiertan el cuerpo cuando el alma está extasiada en lucubraciones espirituales!

¡Tú, negra, fea, horrible, tú, tú eres el peso de la materia, doloroso, aflictivo, que precisa al ingenio á descender de las encumbradas regiones de lo eterno para arrastrarle en los barreales de las miserias propias y de las miserias ajenas!

Tú, araña negra, fea, horrible, eres el

odio, la envidia, la calumnia que nos saca de nuestra vida íntima, que nos hace levantarnos de un salto de nuestra doméstica tranquilidad, para llevarnos perturbados, desasosegados, heridos por los caminos lodientos de una existencia rodeada de ranas que aturden, de sierpes que silban, de víboras que matan...

De un salto me levanté excitando la hilaridad del guía, y echamos á andar puestos los ojos en las ramas de los árboles; nos abrimos paso con trabajo por las tupidas ramas que nos desgarraban la ropa, las manos y el rostro, trepamos con dificultades por cuevas poco menos que verticales, descendimos quiebras resbaladizas y, por fin, dentro de una rambla, una pava contestó el silbo perfectamente imitado por mi compañero: venciendo increíbles dificultades nos acercamos, buscamos y buscamos el ave y no la vimos hasta que levantó el vuelo cabalmente de encima de nuestras cabezas; la perseguimos de nuevo con constancia digna de cosa más seria, escarmenamos las ramas con la vista y ¡oh! felicidad: ahí estaba asida de un ramo picoteando un racimo de frutitas negras; la apunté largo rato, tembloroso con la emoción, y plam... La pava se detuvo algunos segundos enredada en la espesura, luego el propio aleo la desprendió, giró varias veces en el aire y dió en el suelo.

Confieso que el placer y orgullo de tener al pobre pájaro en mis manos, bien se valieron las molestias con que lo había comprado.

Dos ó tres ocasiones más, el guía me mostró pavas á las cuales disparé, con mal resultado, lo mismo que á un *platero*, vistosa avecita de pecho carmesí encendido. En definitiva, sudando la gota gruesa, destrozada la ropa, lastimadas las manos y la cara, mojado hasta las rodillas con el cieno, cojo y sin más presas sinó una pava que llevaba en la mano, tres á mi juicio heridas que llevaba en la memoria y el recuerdo de la araña descomunal y de una huella de tigre que me enseñó el conductor, sin más presas, digo, llegué al puesto de la cita.

Algunos estampidos, varias veces repetidos por el formidable eco de las selvas, me anunciaron la proximidad del otro cazador: quien, en efecto, llegó en breve, pero con el morral vacío y diciéndome desde lejos que, «aun cuando solía haber muchas pavas en ese sitio, no había encontrado ninguna:» prudentemente nada le dije acerca de los tiros que escuché.

¡Cosas de la sociedad! A cada instante estamos aceptando las mentiras, conociéndolas tales; especie de moneda falsa que, por común convenio, circula sin descuento en el mercado de los mutuos engaños humanos.

Como era tarde, almorzamos con excelente apetencia el pan, queso y café frío de nuestras provisiones, cabalgamos y regresamos. En el trayecto no dejé de pensar con satisfacción en la pava que llevaba, pero no dejó asimismo de ocurrírseme que era muy caro un pajaruco que cuesta viaje penoso, mal desayuno, desgarraduras de vestidos y de pellejo, cansancio y estropeo. Mas, por último, convine conmigo mismo en que me había divertido grandemente... y... basta.

Las dificultades inherentes á la caza me recordaron el *trabajo* extraordinario con que algunos se *entretienen*: no comprendo, en realidad de verdad, eso de gastar la noche entera en empujar bolas con un taco, ó eso de quebrar la cabeza, horas y horas, ante un tablero cubierto de figurillas, ó ante un abanico de naipes asegurados entre los dedos; y estoy persuadido de que, si el billar, el ajedrez ó la baraja no fuesen *entretenimientos*, el jugador exigiría un fuerte jornal por pasar en vela golpeando bolas, coordinando movimientos ó recapacitando cartas. Pero, en último resultado el jugador cree también, como los cazadores, como los viajeros, como los tunos, que se está divirtiéndose, y basta.

Al fin y al cabo, el paseo á pavas produjo, á más, dos buenos efectos, si bien no raros á los diez y ocho años de edad, y no

tengo por qué quejarme: hambre y sueño. Comí como quien no había almorzado y dormí como un lirón.

XI.—LA MISA EN LA PARROQUIA.

Despertéme cuando llamaron á almorzar, me senté en el lecho aunque pesado como un plomo, bostecé veinte veces, me restregué los ojos otras tantas, estiré los brazos ya vertical ya horizontalmente y me vestí á la postre.

Erase domingo y por eso el almuerzo debía servirse antes de la hora acostumbrada, supuesto que no siendo corta la distancia al pueblo, estábamos precisados á montar temprano para llegar á punto de la misa mayor.

Mal que mal, por la prisa, nos sirvieron el *locro* mal cocido y la carne mal asada, y después de un correr de acá para allá las criadas, y de repetir mi tía primero en calma y por fin colérica:

—¡Concha! ¡Juana! ¡José! ¡á misa! que ya no alcanzan.

Concha, Juana, José, con la china y el chino delante, se fueron á misa rezongando.

A continuación y mientras el mayordomo ensillaba la inquieta caballada, encontrando en ese perentorio instante faltas de cinchas, de acciones, etc.,—mi pobre tía se propuso iobra de romanos, ó de yankees! como se diría hoy, peinar á los muchachos, á quienes sucesivamente conservaba sujetos por las crenchas para que no se le escapasen ó repartía soplamocos para que estuviesen quietos.—En seguida de peinados, vestidos y ataviados con una torre de ponchos, pañuelos y bufandas que á guisa de vendajes de rostro y de cuello habían acrecido las cabezas, los sombreros fueron superpuestos y liados como cosa extraña á las prendas de vestir.

Concluída la prolongada operación con las chicas, hubo que arreglar al hombrecito que, tras multiplicadas requisitorias, fué hallado metido en mi zamarro, con las espuelas atadas en las canillas, á caballo en el brazo de un sofá de la sala de recibo y dando furiosos espolazos á cada grito «¡á miíisa!» que daba su madre.

No hay duda, es cosa definitivamente probada, que en los pueblos uno de los mayores *sacrificios* es el *sacrificio* de la misa. ¡Válgame Dios, qué engorrosa es la ida al muy santo misterio incruento de la ley de gracia! Dos horas trotamos envueltos en una nube de polvo levantada por los prodigios de equitación que realizaba la

maldita prole de mis tíos, padeciendo un sol como hecho á propósito para día domingo y para tratarnos como á San Lorenzo, sufriendo á más no poder los gritos de mi señora tía que creía ver á cada paso (ojalá así hubiera sucedido) despedazados alguno ó algunos de los rapaces.

Llegamos, bajamos en casa del cura, más que de prisa y entramos á la iglesia muy á tiempo... en el momento preciso de la bendición.

—Si nos tardábamos dos segundos más nos quedábamos sin misa, dijo mi tío sarcónicamente.

Esto sí, llegamos oportunamente para oír á un individuo que con dolorida voz pedía: «para el entierro de las benditas almas del purgatorio: por el amor de Dios!»

Gozamos también del contento de escuchar un casi solo de fragoroso bombo, acompañado de intermitentes resoplidos de órgano y de conatos de maullido de un violín.

No sé si los golpes del bombo retumbaban más en los tímpanos ó en los estómagos; lo que es yo sentía como si me golpeasen el vientre.

Charlamos un poco con el cura, mi tío saludó con unos cuantos *chagras*, resolvió consultas acerca de jurisprudencia, medicina, teología, etnografía y lingüística, concedió besamanos á algunas docenas de in-

dios, otra vez nos pusimos á horcajadas y salimos; en la plaza, poco faltó para que los muchachos se derrumbasen, merced á un redoble de la caja de milicias, con que fuimos favorecidos al cruzar por la diagonal. Para terminar, diré que llovió y nos mojamos y el camino se puso jabonoso como un demonio, lo que me proporcionó la grata satisfacción de apelar en mis brazos á los chiquillos y de llevar al menor sobre mis espaldas mientras hacía milagros de equilibrio en el resbaladero, enredado en las espuelas y en el zamarro.

Los criados regresaron muy tarde y de pésimo humor, lo cual conocimos en la comida nocturna mala y peor servida; tanto que, al colocar la sobera sobre los manteles, el mozo la hizo chocar contra la cabeza del dueño de la casa, quien recibió así un baño ruso invertido, esto es, el baño hirviendo después del frío de la lluvia. Del auto cabeza de proceso resultó que en el pueblo los sirvientes habían vertido á los estómagos un muy regular océano de chicha.

Fué la china quien narró este pormenor en secreto y con extensos detalles.

XII. — EGLOGA EN PURA PROSA. — CAPÍTULO
LARGO.

El lunes tornó el escuadrón á ponerse en movimiento, proveniente de que mis tíos dispusieron llevarme, por agasajo, á conocer las haciendas vecinas. El viaje con los chiquillos fué tan tormentoso como el día anterior; pero juzgo que más tormentosa fué nuestra visita para los dueños de la casa donde llegamos.

—¿Aquí están los niños?

Preguntamos á una chinita, único ser viviente que tuvo bastante valor para arros-trarnos; pues, al penetrar en el patio vimos que las señoras se escondían apresuradamente en las habitaciones.

—¡Niñá, niñá!

Dió por respuesta la consabida chinita, empujando con fuerza una puerta que abriéndose nos puso á la vista á la dueña de casa con la más triste catadura que es posible concebir: la pobre señora estaba en enaguas, sin duda cambiándose ropa para recibirnos, y tenía el rostro completamente cubierto de una pasta blanca harinosa, que

le fué de gran provecho porque encubrió su rubor.

—Mucho gusto de verles. ¡Cuánto bueno por aquí! Pasen adelante, pero no á esta leonera.

Nos dijo, medio empujándonos hacia una puerta cerrada, y, dejándonos ahí de centinelas, se volvió al cuarto donde, de seguro, aplicó un pellizco de padre y señor mío á la china, porque ésta chilló como un requinto y haciendo pucheros salió con un manajo de llaves que una á una fueron introducidas en el ojo de la puerta, hasta la última que cupo en la cerradura.

Luego se presentó D. Blas con botines prehistóricos, pantalones fósiles, un largo *poncho* de tela desconocida, un sombrero de paja con cintillo de sudor, y diciendo:

—¡Qué milagro es este! ¿mi *siá* Rosita por acá?

—No es milagro D. Blas: teníamos mucho deseo de visitarles, pero los chicos... ya ve usted: una madre de familia no puede moverse, es una esclava, y como los criados...

—¡Ah! Los criados,—dijo la señora que entraba á la sazón ya emperejilada y con las mejillas restregadas, aunque la pasta blanca formaba un círculo adherida á las orejas y á la raíz de los cabellos.—Los criados. El servicio está perdido; Rosita: vea usted, la Antuca se me fué y lo mismo

la cocinera; y la muchacha de mano, que está en la cocina, tiene un paladar de *lata*.

—Mal necesario: todas son unas bribonas, unas mentirosas, unas ladronas. Yo estoy aguantando á una que no es nada *honrada de manos*.

—Los soldados tienen la culpa, *mi siá* Rosita, agregó D. Blas: sí, la multitud de soldados, pues dan colocación á todas las mujeres y para servir no quedan sinó las que ellos desechan por feas, por viejas ó por pésimas. Los ejércitos permanentes son plagas en todo sentido: la agricultura y los talleres padecen escasez de brazos; miles de familias, faltas del padre ó del único hombre de la casa, se corrompen ó vegetan en la miseria y mientras tanto, los cuarteles repletos son focos de corrupción. Cuando menos ya que á los gobernantes les parece indispensable conservar un numeroso ejército, deberían, como en la antigua Roma ó en el antiguo imperio francés, ocuparlo en obras públicas: de este modo se emplearían las tropas en cosa de provecho y la ocupación impediría la putrefacción del estancamiento de esos hombres.

—Cabal, añadió la esposa, pero como nuestros gobernantes no sirven más que para desgobernarlo todo...

—No es el gobierno, replicó mi tío, el culpable: responsables de nuestras desgracias, y en singular del ejército perma-

nente, son esos hombres que han adoptado las revueltas como medio de vivir, esos que fomentan las revoluciones con las censuras á troche y moche de todo acto administrativo, esos que...

—Nada, nada, interrumpió D. Blas, los generalotes que suben al poder supremo, necesitan de los soldados porque no cuentan con el cariño del pueblo, y quieren á los cuarteles como deben de querer los sapos á las charcas de donde salen.

A este punto peliagudo llegaba la conversación, cuando entraron las niñas con perifollos domingueros, diciendo:

—Dispensen ustedes: nadie nos ha avisado que estuviesen aquí.

Y, tras las niñas, como para desmentirlas, entró también la criada *fac totum* con un jarro, una copa y un vaso llenos de *naranjillada* y una botella de vino color de caramelo: curioso de ver era el pasito á tientas con que la maritornes evitaba el rebosamiento de los referidos trastos, acumulados en una bandeja en la cual no cabían.

Supuesto que las vasijas eran tres, y los concurrentes doce, aunque los dueños de la casa dijeron que no querían bebida, los tales trastos fueron y vinieron varias veces hasta que la tomamos todos, inclusive nuestros huéspedes que la quisieron cuando los extraños la hubimos bebido.

De copitas hubo mayor escasez, y, en tanto que mi tía cató el vinillo en una, no del todo entera, doña Josefa, para acompañarla, llegó á sus labios el susodicho vaso, lavado de apuro y mal enjugado, mientras achacaba de la carencia de utensilios á los criados, «que todo lo destruyen.»

Después la copa pasó á manos del tío quien la probó y dejó; mas, la señora exigió que la agotase, interrogándole si el vino estaba malo.

—Nó, mi *sia* Chepita,—contestó aquél, apurando la paciencia y el menjurje y haciendo un gesto,—está exquisito: parece hecho en casa.

Y acertó, en realidad, porque si en el brebaje *no se mascaba la uva*, si se conocía á tiro de fusil el aguardiente y la miel de abejas con que fué confeccionado.

—Con usted, señor Coloma, murmuró la hija mayor de D. Blas cuando en turno le tocó la copita desportillada, y bebió cosa de la mitad del contenido.

Como el vaso saliese á no sé qué excursión, creo que á traer agua ó quizá á ocupar su puesto en la mesa del comedor, me sirvieron del denominado vino encima de la sobra de mi predecesora. Gusté la dulzaza é iba á dejar la copa en una mesa; pero doña Josefa se interpuso y tomándome del brazo me obligó á apurarla.—

Concluída, la llenaron de nuevo y me la presentaron otra vez.

—Pero, mi *sia* Chepita...

—No hay pero. ¿Con quién tomó?

—Pues, ... Conmigo mismo.

—Entonces páguese esta copa y tome con otra persona.

—Con usted, señorita, exclamé desesperado, dirigiéndome á la niña más joven.

—Correspondo al señor Coloma y tomo con don Víctor.

—Tomemos, mi hijita.

En breve la botella fué vaciada y, á una guiñada de la madre, Eduvigis, la mayor, partió y tornó con un frasco barrigudo de anisado.

En este momento nos levantamos á fin de despedirnos, mas doña Josefa adhiriéndose á los vestidos de mi tía, dijo:

—¿Por qué tan pronto, Rosita?

—No es pronto, Chepita, ya hemos estado más de una hora.

—¡Jesús! ¿Tan largo les ha parecido? Y yo que he estado tan contenta...

—Nosotros también, pero los chicos...

—Qué chicos; los chicos se irán á jugar con los míos y á *chupar* cañas. ¿No es cierto amorcitos?

—¿Y las criadas, que estarán de su cuenta?

—Déjese de pensar en las criadas: si quiera hoy descanse. Aquí van ustedes á tomar una mala sopa.

—Imposible por ahora, Chepita: no faltará ocasión...

—Que sí, que sí: ya el gasto está hecho, y ustedes se harán la *pegadura*.

La verdad es que estuvimos de pié un cuarto de hora cuando menos, en tanto se libraba una positiva batalla. Todos hablaban á un tiempo: mis tíos resistiéndose á la quedada, doña Josefa, D. Blas y las niñas insistiendo tenazmente en el caritativo propósito de que *hiciésemos penitencia*. Por término, los baluartes de mi tía fueron atacados y tomados uno á uno, y volvimos á sentarnos. La señora triunfante se fué entonces, no sin recomendar antes á su marido que nos diese una copa.

Volvió, por consiguiente, el círculo infinito de «pago al señor y tomo con usted,» hasta que estuvimos calamocanos. Eduvigis, encargada expresamente de mí, no bebió sinó conmigo; y porfiaban de tal modo nuestros *obsequiadores* que no nos quedaba otro recurso sinó beber y beber ese demonio de anisado, que me quemaba la garganta y me tenía las mejillas y las orejas en estado de encender en ellas un cigarro.

Doña Josefa padeció eclipse total hasta las siete de la noche, hora en la cual reapareció toda rubicunda y fatigada, para decirnos:

—Dispensarán, no más. Blas, tráeles á

la mesa. Si hubiera habido tiempo... Pero somos de confianza... Como estamos sin criados...

El «dispensarán, no más;» «perdonen la confianza;» «reciban el cariño,» fué repetido setecientas mil veces por los papás y por las hijas. A continuación se trabó lucha respecto de los puestos, la cual se calmó para recomenzar más reñida con motivo del primer plato.

—Sírvase: ese es para usted.

—Nó, señor, yo estoy más cerca.

—No lo pase. ¡Jesús, qué cumplidos!

—Con confianza, por Dios, con confianza.

—¡Están ustedes en su casa!

—Este plato es suyo: no lo deje enfriar.

Al cabo, todos tomamos la sopa fría (¿había estado hecha desde muy temprano, ó le habían echado agua á última hora para acrecerla?); dije mal: no todos. Uno de los chicos, por lo bajo, la pedía á Eduviges quien, roja como un camarón, trataba de acallar al perjudicado, repitiéndole:

—Ya te traerán.

Mas, como obras son amores, no se dejó convencer hasta que, en vez de sopa le trajeron caldo de *locro*, lo que supimos porque el chiquillo lo denunció en alta voz.

El guisado fué vocativo *caret* para mi señera doña Josefa, quien, al pedirlo de la cocina, recibió de la criada un

—«Pero si no hay más, pues,» que nos dejó yertos.

La infeliz, mohina, callandito dijo á mi tía:

—Los criados nos aborrecen, Rosita.

Así y todo, merced á las botellas de la expresada pócima de abejas y de anisado, asomó el contento y, antes de mucho, mis piés contrajeron amistad con los de Eduvigis por debajo de la mesa.

¡Ay! Esas miradas por sobre una torre de platos y esos estrujones de callos fueron la exclusiva manifestación de un amor que pasó como una sombra, *velut umbra*.

¡Amor desgraciado! ¡Madrigal deshecho!

Sí: amor desgraciado; supuesto que, para decir verdad, Eduvigis no era un Adonis femenino, ni una Diana de Poitiers, ni una lady Hamilton y así, apenas desvanecidos los vapores alcohólicos, gracias á la comida, noté en su fisonomía una nariz tan saliente y erguida y unos ojos tan en abismo que ningún sitiador Cupido podría jamás saltar este foso ni escalar aquella muralla. La triste era, á no dudarlo, una plaza excelentemente fortificada contra la seducción más temeraria.

Excepto un enigma de huevos *extra* y un postre, improvisados por doña Josefa, la comida estuvo escasísima: como que fué hecha para seis y los comensales éramos doce. Materialmente, pues, nosotros nos

comimos la merienda de la familia de don Blas.

Item: la porfía de ellos en detenernos y la docilidad nuestra en quedarnos, les ocasionó mil vergüenzas dependientes de la falta de criados, de la escasez de vajilla, compuesta de piezas de distintos colores y de variados tamaños, y, en resumen de la modestia con que, no há mucho tiempo todavía, aun personas ricas vivían en las haciendas.

A nosotros nos sobrevinieron igualmente las molestias consiguientes al transporte nocturno de chiquillos, al envenenamiento causado por el maldito vino y el maldito aguardiente y la malditísima costumbre de obligar á las gentes á comer lo que no les gusta y á beber hasta emborracharse.

Pero el relatado paseo á esa hacienda, donde nada vimos ni nada digno de ver había, será muy útil á mí y á mis amigos; pues nunca jamás les obligaré ni me dejaré obligar á que me hagan el estúpido obsequio de ponerme, de sorpresa, en conflictos de actor ó de espectador.

En cuanto al licor, protesto enérgicamente contra la brutal costumbre de ipor fineza! precisar á beberlo.

XIII. — PROSA POÉTICA. — CAPÍTULO CORTO.

La vida de campo, para quien descansa de los quehaceres de ciudad, es deliciosa. Yo encontraba un inagotable filón de poesía en cada uno de los espectáculos de la naturaleza, en las costumbres, en lo más insignificante de esa existencia que más tarde, á vueltas de dos ó tres meses, se vuelve insoportable por su regularidad é inmutabilidad fastidiosas.

El baño, el paseo, la caza, amén de los *juegos de prendas* por la noche, eran una delicia para mí, estudiante recientemente exclaustrado, después de siete años largos de encarcelamiento.

Al regreso de una excursión á las casas de los gañanes ó á las sementeras cosechándose, nos tendíamos mozos y mozas sobre los montones de maíz, al centro del círculo formado por las desgranadoras y ahí, mientras cantaban los jilgueros y los güirachuros en los árboles ó arrullaban las tórtolas, ó murmuraban las ramas sacudidas por el viento, ó chasqueaban las hojas azotadas por la lluvia y el granizo, ó atronaba la tempestad desencadenada en

un cielo plumizo, mientras tanto, nosotros chacoteábamos, nos reíamos, nos lanzábamos mazorcas, se miraban y se galanteaban los enamorados y recibíamos las *mishas* ó las dábamos, todo entre las estrepitosas carcajadas y ruidosas conversaciones en quichua de nuestras circunvecinas.

Supuesto que estos mis dibujos se proponen no dejar que se pierda la memoria de costumbres, que acaso desaparecerán con los progresos de la prosaica civilización,—empresa que me heechado áuestas, visto que nadie lo había hecho antes,—diré que las *mishas* son mazorcas sanas y enteras con solo un grano de color distinto de los otros; y que quien encuentra una *misha* toma algún pretexto para ponerla en manos de la persona que, al recibir la mazorca, queda obligada á dar confites, si es hombre, y tortas amasadas por ella misma, si es mujer.

Las visitas á las haciendas contiguas, por la tarde, poseían encantos para los visitantes y los visitados; jugábamos al *ponte en tres*, ó á los correos, ó á las cartas, ó representábamos charadas, ó bailábamos, ó adivinábamos por *la palabra* y, á las once ó doce de la noche, regresábamos, presididos por peones con faroles, tropezando en los surcos ó en los matorrales, enredándonos ó desgarrándonos las ropas en los zarzales de las cercas, pero contentos,

bromeando y comentando los lances de la velada.

Las mañanas nos hartábamos con la espuma de los *mates* de leche, allí mismo junto á las rumiadoras vacas y á los terneritos que, con el hociquillo espumajoso, bregaban para apoderarse de la hinchada ubre, incuamente estrujada por la ordeñadora.

Los paseos á caballo, entre jóvenes de ambos sexos, llevaban también un sello tal de madrigal que aun cuando trascurriesen muchos años, estoy seguro, no olvidaríamos esas galopadas en el lecho de los riachuelos, contentos de que el agua de las salpicaduras de los cascos de nuestros caballos, mojasen el rostro ó los cabellos sueltos de nuestras risueñas compañeras de equitación; esos apretones de manos con las chiquillas, á escondidas, atrasándonos de los demás y á la vuelta de las encrucijadas de los callejones; esas recitaciones de versos amorosos con la vista clavada en la *prenda querida*; esos cantos *sotto voce* y en coro más ó menos destemplado, al compás de las pisadas y de los resoplidos de los caballos, tal vez participantes de la loca alegría de los ginetes, ¿quién puede olvidar?—No, no es posible olvidar los quizá únicos momentos gratos de una existencia abrumada por una maldición que hereda de padres á hijos la

descendencia de los desobedientes del paraíso; días únicos de cielo azul, de ambiente plácido, de aroma en el aire, de música de esperanzas, de luz en el alma, de paz en el corazón.

Cuando torno la vista á aquellos fugaces instantes de una felicidad que iba también al galope, pero al fin salpicándonos con gotitas de dicha, el pecho dolorido como que se ensancha y como que trata de volver á aspirar ese aire fragante, tibio, luminoso, el mismo ciertamente que, desprendiéndose de la proximidad de Dios, debió circundar á nuestros primeros padres antes de la expulsión y del destierro.

¿Quién puede olvidar esas carreras locas por los prados, esas correteadas por las calles de las arboledas, ellas y nosotros, asidos cariñosamente de las manos? ¿quién esas músicas de aves canoras, esos trinos de los diez y ocho años, sentados bajo un árbol é iluminados por los fantásticos rayos de la luna?

¿Quién aquellas *huabas*, aquellos *capulies*, tomados al pié mismo del huabo ó del capulí, con los labios endulzados de antemano por la robustez del cuerpo, por la alegría del alma y por las fantasías de una edad dichosa?

¡Cuántas veces ahora,—aun cuando no son muchos los años que han trascurrido,—detengo largo en mi boca el panal de

huaba tratando de percibir, ávido de gustar el exquisito, el delicioso sabor de otros días! ¡Cuántas veces me empeño inútilmente en hallar en la atmósfera la claridad, el aroma, las armonías de otros tiempos!

¡Ah! Dios mío, ya entiendo: la claridad, reside en gran manera en los ojos del espíritu rodeado de una auréola de ilusiones; los aromas, en el sentido de una alma recién abierta á los rayos del sol como un fragante capullo de rosa ó como un aromático botón de jazmín; las armonías, en el oído que recibe el canto de las esperanzas; la dulzura, en el paladar no amargado todavía por el acíbar del descreimiento, de la desilusión, de los desengaños.

XIV.—ME ENAMORO.

Con la salida del Colegio principia una época del todo nueva de mi existencia. En efecto, comprimido, hasta entonces, por las murallas del encierro, sin la contemplación de más objetos que los cotidianos, sin más cielo sinó esa porción cuadrada que mirábamos allá al extremo superior de los cuatro muros que nos oprimían; con

ideas vagas acerca del mundo, esto es, del amor, de los goces, de los hombres, de sus perversidades, era en realidad vida nueva la que comenzaba: vida de libertad con todos sus alicientes y peligros, con un cielo infinito sobre la cabeza, con aspiraciones á todo aquello que por desconocido se presenta á la imaginación lleno de atractivos.

Pero en este cúmulo de deseos vaporosos, de este vaho que se levantaba de mi alma, había uno ya casi desenvuelto merced á la lectura de novelas y á los delirios y conversaciones clandestinas á que nos entregábamos en el Colegio: el amor. —Pero ¿cómo dar cuerpo á ese ensueño, que si bien durante largo tiempo germi- naba en el corazón, carecía aún de forma determinada y era, por lo mismo, más variable que Proteo?

Fuera de aquella niña de quien narré mi afición pasajera contenida en los estrechos límites de mi cobardía y del respeto infundido por los galanteadores que la circuían, no amé á nadie de carne y hueso. Y lo necesitaba urgentemente, tan urgentemente como que juzgaba hasta indispensable un amor para llegar ante mis propios ojos á ser hombre, dejando de ser niño.

Una mujer que acepte nuestro incienso, se encuentra al volver de la esquina: pero para buscarla es menester valentía y sobre

todo algunos conocimientos en la ciencia del galanteo, y yo no poseía dichos conocimientos ni aun en sus principios elementales, y en punto á valor baste decir que se me ataba la lengua y me enrojecía hasta los ojos cuando me proponía pronunciar alguna palabra de vulgar galantería. ¿Cómo hacer, pues?

Al regresar á la ciudad, iba por el camino deseando tropezar con alguna belleza á quien arrojara el caballo ó acaeciera otra desgracia, á tiempo en que yo pudiese remediarla y ser el héroe del suceso.

Mi pecho, como el lector debe de haber comprendido, era una escopeta cargada (y cargada hasta la boca) y no faltaba sino el blanco al cual debía dispararse... Niñas bellas no son tan escasas y necesitaba sólo que una de ellas fijase en mí su atención, para tener en quien ocupar día y noche los pensamientos y dedicarle todas las acciones.

Discurrí, para el logro de mis aspiraciones, escribir una carta que repleté de fórmulas novelescas y de versos eróticos de Espronceda y de Velarde; saqué de ellas una copia en papel rosado y perfumado y la envié á una niña que me infundía valor con sus miradas cada vez que nos veíamos.—Después lo he comprobado: no hay hombre suficientemente valeroso que se atreva con una mujer que no autoriza

nuestras palabras ú obras con sus obras ó palabras.

Como en la carta le pidiese que saliera al balcón esa tarde, me vestí mis mejores ropas, me eché en el espejo unas cuantas docenas de miradas, ensayé elegantes modos de andar, de saludar y de sonreír, y me fuí por la calle de mi beldad.

Violentas emociones experimenté al llegar á la esquina de la referida calle, acorté el paso y aun estuve á punto de volverme.

¿Aurora recibiría sin desagrado mi repentina é intempestiva declaración? ¿Leería mi carta? ¿Saldría á la ventana?—Me ahogaba la emoción y no me atreví á levantar los ojos á las ventanas hasta el momento preciso de pasar por delante de ellas. Nadie estaba puertas afuera en el balcón, pero tras los vidrios advertí encubierta por las cortinas á una persona que el corazón me dijo que era Aurora; sentí moverse el suelo como agitado por un terremoto, padecí un vahido y con la vista turbia apenas pude saludarla, mas, de seguida se levantó y abrió las vidrieras. ¡Ah! desengaño: era una criada á quien yo había saludado con tanto rendimiento. Sin embargo, el estrepitoso abrir de los cristales, debió de ser señal concertada, puesto que una tosecita de la dicha criada me hizo mirar de nuevo al balcón y entonces ya Aurora, la misma Aurora ruborosa, estaba en la ventana.

Juzgo imposible describir con exactitud lo que me produjo su vista, y sólo diré que le dirigí un saludo desmañadísimo y que tropecé dos ó tres veces, como si hubiesen crecido los tacones de mis botas; torné á verla y padecí una nueva descarga de sensaciones al sorprenderla con los ojos fijos en mí y revolví á mirarla de trecho en trecho hasta que dí una terrible topetada á un caballero que venía en sentido opuesto, quien, al levantar su sombrero caído y limpiarlo con la manga, exclamó:

—¿Tendrá los ojos en el cogote el penitente?

Iba á contestar cuando,—doy de ello efusivas gracias al cielo,—conocí al buen señor que era el mismísimo padre de Aurora.

Le pedí perdón de la mejor manera que supe y pude, me retiré á media calle cediéndole la acera, y continué andando de todo punto aturdido y como ébrio, no sé si por la cabezada que apliqué al padre, ó por la vista de la hija. En el corto trayecto de dos cuadras, no exagero, choqué contra un burro que con la carga me hizo dar una vuelta entera, me rocé en la portada saliente de una casa y me detuve regular espacio delante de una negra cocinera que cargada de provisiones iba á la derecha cuando yo á la derecha y á la izquierda cuando yo al mismo lado. La negra, feliz-

mente de buen humor, en vez de enojarse hizo pañuelo de un repollo que llevaba en la mano y agitándolo como en el *alza que te han visto*, dió un par de piruetas de baile, cantando entre dientes:

«Ya salieron á bailar
la rosa con el clavel.»

Me escabullí como pude y proseguí nuevamente atolondrado por las carcajadas y vivas de los mercachifles del tenducho en cuya puerta se improvisó mi baile con la negra.

Al llegar á mi cuarto, me arrojé sobre un sillón, cansado y abrumado como por largo viaje, y con la mejilla abrasadora en la palma me entregué á sonoros suspiros y pensamientos amorosos.

No hay para qué decir que ese día no comí, ni respondí con acierto á nada: tan anómalo estuve que mi madre, suponiéndome enfermo, me prescribió cama y un sudorífico. Por la noche pasé y repasé frente á la casa de Aurora suspirando como un fuelle de fragua y sin ver al objeto de mis ansias; tampoco pude dormir y la noche se disipó en proyectos irrealizables, en preparar frases para cuando viese á Aurora y en revolcarme en el lecho.

A la mañana siguiente fuí á misa á la iglesia próxima á la casa de esta; mas por desventura, aun cuando estuve dos horas

de bausán, Aurora no acudió y salí despedido y haciendo reflexiones tocante á la inconstancia de las mujeres; pues me figuraba que la pobre Aurora debía adivinar mis pensamientos y mis acciones, é ir donde yo fuese y encontrarse en todas las calles por donde yo pasase.

Después de hacer aspecto de almorzar, torné á las andadas por la calle de la niña, y, cansado de no verla, fuí á visitar á una señora á quien nunca visité antes, amiga antigua de mi madre, la cual señora tenía para mí la recomendación de ser parienta de Aurora.

Extraña le pareció mi visita, pero se la explicó y hasta quedó agradecida, porque halagué su amor propio hablándole de simpatías y de cariño y de otras lindezas de la laya. Tanto le gusté que me exigió volviese á visitarla, lo cual prometí, como se comprende, muy de buena gana.

XV.—AMIGOS-ENEMIGOS.

El muchacho, para tener la satisfacción de creerse definitivamente hombre, necesita palpar el aumento de sus años en el bigote, en el sombrero alto, en el cigarro, en el amor y en los amigos truhanes.

Para alcanzar crédito entre los demás adolescentes y «hacerse admirar,» necesita también ser fanfarrón y, sobre todo, *espíritu fuerte*. Convencido de esta verdad, me empeñé afanosamente, en el colegio mismo, como he referido, en obtener mostacho y en habituarme al tabaco, y, afuera, me proporcioné los otros menesteres. Ya he dicho cómo procuré adquirir el amor de Aurora. En cuanto á amigos, poseores del calificativo arriba expresado, la adquisición no es nada difícil cuando hay en el bolsillo algunos reales para café, cerveza y coñac.

Aquello de ser fanfarrón y *espíritu fuerte*, es más fácil todavía; pues, para parecer unoy otro, basta hablar con tono de matón, no ir á misa, poseer volúmenes de Volney y de Voltaire, y charlar magníficos disparates tocante á las «sectas,» á la «inquisición» y al «fanatismo que, como herencia de muerte, nos legaron los españoles.»

Yo respetaba hasta á los sacristanes, —lo confieso,—y á mis solas me pegaba estupendos hartazgos de padrenuestros; mas, en público, dí en hacer el escéptico y hasta el ateo. Me acaeció una noche negar el infierno como cosa retrógrada buena para las tragaderas de los tontos; pero, al hallarme á oscuras en mi dormitorio, recé como una beata, asaltado por cierto miedecito de... Sería cosa de los nervios.

Como continuase los estudios con noble orgullo no gozaba ya del dulce no hacer nada de mis amigos, sin perjuicio de buscarles cada vez que podía. Estos gastaban la vida en los siguientes laboriosos quehaceres: levantarse á las diez, almorzar, fumar, ventanear y salir á caza de alguien que diese cerveza; por medio de indirectas ó por medios directos, conseguir quien costease la comida y por fin terminar la faena en un billar con los tacos ó en una trastienda con las cartas.

Las tardes, muchas veces, paseábamos en los portales ó nos sentábamos en la plaza principal, para murmurar del mundo entero. Las comidas de fonda solían ser muy *nutritivas*, muy *entretenidas* y muy *instructivas*. Tan nutritivas, que no comprendo por qué dejábamos la mesa de casa para ir á hallar una indigestión en pésimos alimentos detestablemente guisados; tan entretenidas, como que el entretenimiento consistía en beber como brutos (no hay tal cosa: los brutos no beben), haciendo gala de ser toneles; tan instructivas, como que en esas edificantes reuniones sabíamos cuánto de escandaloso acaecía ó podía acaecer en la población.

Por lo regular, los mozos hablaban de sus amores, de seguro mentidos, con las mejores niñas de la ciudad. Yo les envidiaba antes de iniciar mi enamoramiento

con Aurora, y me avergonzaba de no tener aventura alguna que narrar; mas, cuando hube comenzado á amarla, me pareció esencialmente ridículo relatar lo que, á mi juicio, debía conservarse en lo más recóndito del pecho.

Una ocasión, cierto individuo entregó á las burlas avinadas de una veintena de jóvenes, una carta que imprudente é inocentemente le había escrito una niña de gran mérito. Juzgué la acción tan villana que me apropié la honra de la vilipendiada y traté de canalla al miserable: «ó es cierto ó es falso,» le dije, «lo que usted refiere de esa señorita, comentando aquella carta: si lo primero, es ruín quien infama á una mujer en pago de su cariño; si lo segundo, es doblemente soez quien inventa favores, que no ha recibido, para deshonorarla.»— Trabámonos de palabras y habríamos pasado á obras, si la cobardía y la ruindad no anduviesen juntas.

El suceso me valió el que mis compañeros me creyesen enamorado de la vilipendiada: lo cual me fué de gran provecho, porque llamada la atención de estos á otra parte, nunca me ruborizaron ni me dieron el tormento de ensuciar el nombre de Aurora, pronunciándolo entre el beefsteack y las insolencias, y entre el burdeos y los chistes de baja estofa.

Este acontecimiento y otro sobrevenido

poco después, me malquistaron con los amigos y me libertaron felizmente á tiempo de su compañía. Quiero hablar de una cena á la cual les convidé, ó mejor dicho, se convidaron. Con grande trabajo reuní el dinero preciso, les traté lo mejor que pude, me dejaron endeudado en la fonda porque bebieron diez veces más de lo presupuesto y, en agradecimiento, sorprendí conversaciones como la siguiente:

—Bien lo ha hecho el zoquete.

—Le hemos comido un lado.

—Ojalá todas las madres tuviesen hijos tan penitentes como este.

A este tiempo llegó felizmente el champagne. El orgulloso licor disparó el corcho con estampida, y cuando las copas estuvieron coronadas con la menuda, chispeante y aljofarada espuma, dije:

—Señores, esta cena me dejará, es probable, con la debilidad de un convaleciente; pero, gracias á ella, la salud de mi bolsillo será duradera en adelante, pues esta noche me despido de ustedes porque no me siento con aptitudes para ser pasto de sanguijuelas, ni menos de mosquitos que sobre chupar la sangre dejan veneno que escuece. Tampoco nací con vocación para nodriza de lobos y así, señores, me despido de ustedes prometiéndoles no dejarme comer de hoy más *ni un lado ni medio lado*.

Mi conducta, seguramente excitaría mur-

muraciones, pero rindió excelente resultado, ya que los jóvenes-langostas me abandonaron, sin duda para ir á caer sobre los campos de la generosidad de otros como yo inexpertos, ó de cándidos cuyo dinero sirve verdaderamente para comprar murmuraciones.

En justicia debo atribuir también la oportuna separación de los malos amigos á mi enamoramiento de Aurora; mas esto, por su magnitud é importancia, merece capítulo independiente.

XVI.—MÁS Y MÁS ENAMORADO.

En mis cuadernos de apuntes de esa bienaventurada época, constan unas cuantas pedantescas consideraciones acerca del amor, que voy á copiar á continuación á fin de dar esta prueba más de ingenuidad á mis lectores.

«¡Ah! ¡Aurora! ¡Aurora! (Aquí hay una sucinta relación, que omito, de las miradas que me había dirigido Aurora, de las ropas con las cuales estuvo vestida, etcétera, etc.)

»A no dudarlo, el amor puro santifica;

el enamorado desea llegar á la mayor perfección posible para ser digno del objeto amado.

»El amor puro es el fuego de las Vestales, que se conserva sólo en los templos. En el pecho del libertino podrá haber hogueras, mas no la suave llama azulina que lame dulcemente el corazón y la baña de luz y le mantiene calor vivificante.

»El amor limpio, el amor luminoso arde sin consumir y á sus rayos el alma despide de sí todo lo malo, y ella se sublima asimismo y se expande en atmósfera del paraíso.

»Es el humo del incienso que aromatiza el ambiente al encumbrarse al cielo.

»Solevanta de la tierra al alma y, como á Santa Teresa, la sostiene en el aire, libre de la pesadez de la materia.

»Es el carro de fuego que, desgarrando las nubes, rompiendo el espacio, rasgó el empyreo y dejó á Elías palpitante al pié del trono del Amor por excelencia.

»Pero como Luzbel, el amor si cae del cielo es para precipitarse en el Averno.

»Así como la luna no posée luz sinó en cuanto le alumbrá el sol, el amor se entenebrece cuando no recibe los rayos de la virtud.

»El amor nos hace como dioses. Para asemejarnos á Él, Dios nos dió la caridad.

»Esta es la escala de Jacob por donde

subieron S. Vicente de Paul y S. Martín de Tours.

»La eternidad es un minuto perdurable. El cielo debe de ser un segundo de amor perfecto, sin fin y sin interrupción.»

Pero voy á proseguir mi relato.

Aurora me salvó. Acaso el dulce aislamiento á que me indujo mi amor, me apartó de vicios, funesta ciencia que se adquiere merced á las lecciones y á los ejemplos de individuos cuya única ocupación es el placer y la única preocupación la manera de conseguirlo.

Sí, Aurora; sin saberlo quizá fuiste mi ángel de la guarda.

La primera mujer amada es una diosa y el amor es un culto. Esa mujer es huésped inanejable del pensamiento: se la recuerda sin cesar, la imaginación la viste y la adorna con todas las riquezas de su caudal infinito, las vigiliasson ocasionadas por ella, se duerme pensando en ella, se sueña con ella, se respira por ella; se la ve en todas partes: en los jardines, en los prados, en los arreboles del firmamento, en la vibrante luz de las estrellas, en los rayos de plata de la luna; se la oye, en el murmurio de la brisa, en el mugir del huracán, en el arrullo de las linfas, en el bramido del torrente, en las notas de la música, en el rugido del oceano, en las armonías de las aves.

Todos los objetos creados son los confidentes de nuestro primer amor: se lo confiamos al árbol en cuya corteza grabamos el idolatrado nombre, al aura á la que encargamos mensajes, á la flor en cuya corola entremezclamos con el néctar el ardiente beso dirigido á la mujer divinizada.

De mí sé decir que no pensaba sinó en ella, ni ejecutaba acción alguna que no le fuese dedicada. Felizmente ese amor me estimulaba á lo bueno, de otro modo me habría sido perjudicial para los estudios; pero antes bien me contraje á estos con grande tesón, porque mi ambición se cifraba en hacerme digno de ella. Las horas de descanso, eso sí, las ocupaba en buscar maneras de verla ó en recapacitar en las palabras ó acciones de su última entrevista.

Ella, á su vez, manifestaba tanto interés como yo en que nos viésemos; y me amaba, al parecer con la misma intensidad que yo. Una criada nos servía para las continuadas repeticiones de fidelidad y de amor; mas, pareciéndonos aún insuficiente este medio, agregamos otro modo de comunicación: yo formaba ramilletes y entre las flores ataba mis cartas y los arrojaba al balcón de Aurora, quien al día siguiente me avisaba el recibo de mis encendidas esquelas, presentándose en la ventana con el ramillete en el pecho.

Como ella me comunicaba dónde iría,

nos velamos casi todos los días, ya en una casa, ya en otra. Cuando iba á la de mi familia, me lo hacía saber, para que dejase mis quehaceres y acudiese, con el dulce reclamo de una canción ó una pieza en el piano, á la cual conservo especial cariño. Recordaré siempre sus palabras apasionadas y las puras y repetidas manifestaciones de un amor primogénito.

La existencia corría en goces celestiales junto á Aurora, en tormentos de infierno lejos de ella.

Preparaba á mis solas, frases que jamás me acordé en el momento oportuno de decirselas, y le escribía largas cartas que nunca quedaban á mi sabor.

¡Cuántas veces repetí, el amado nombre y me estremecí al escucharlo, articulado por mis labios, que le besaban al pronunciarlo!

No me acuerdo qué niñería me produjo celos y me hizo separarme, por entonces, de la casa de Aurora. En los mencionados cuadernos de apuntes no hallo más que generalidades tocante á la coquetería. Las copio:

«Por desventura, los goces de los paraísos terrenos no son duraderos. El amor es á modo de las nubes que el sol colora: los vívidos arreboles semejan incendio, la fantasía les da mil formas, les creemos inmensos y eternos; pero el sol se retira y

palidecen, el viento sopla y se desvanecen.

»Los celos, soplo que según los casos atiza ó apaga el fuego del amor, es el huracán que convierte en girones las adoradas nubes de mi alma, las reparte en el horizonte y las disipa.

»¡Coquetería! has deshojado la flor de mi alma; tú has nublado la aurora de mi corazón.

»No puedo describir los tormentos de esta amputación de mi alma.

»¡Mujeres! La coquetería es llama brillante que da reflejos de iris á vuestras alas de mariposa, pero asimismo es la llama que os abrasa.

»Los hombres estamos convencidos isabedlo! que la coqueta no ama ni amará sinó la coquetería.

»Allá, huyendo de la luz traidora, en calma el pecho, quieto el espíritu se forman la buena esposa y la excelente madre.

»Las pródigas sonrisas y miradas de la aturdida coqueta, son el deslumbrador centelleo de los fuegos artificiales de que goza multitud de gente; pero que se consumen en breve sin dejar más que carbonitos ardientes caídos en el suelo. La mujer digna es foco, viviente de luz perenne y calor vivificante.

»Las coquetas, como Faetón abajan del cielo el carro del sol, incendian el mundo; mas, padecen con digno castigo.

»Son las botarates del capital más estimable; y por eso, cuando llegan á la vejez, mendigas del amor, hambrientas del cariño, mueren ateridas en helada soledad.

»Las jóvenes modestas, más afortunadas que los antiguos nigromantes, siembran rayos de sol, esto es, encubren sus gracias, para cosechar oro purísimo.

»¡Coquetas, coquetas! Dios es justo: arrancáis el corazón de los hombres para lanzarlo al vacío y darle botes en el suelo; pero sabed que vuestra reputación es también pelota que se arrojan unos á otros los mozos y rueda enlodada por la tierra.

»Si vosotras gustáis de erigiros pedestales de corazones y os juzgáis en alto sólo cuando holláis esos sangrientos despojos, yo sé que también hay quienes arrastran sangrando vuestras promesas, vuestro nombre, vuestro crédito por inmundos lugares, nidadas de cuervos hambrones.

»Nó, Aurora, nó. Tú, pura, tierna, inocente, no eres coqueta. Prefiero acusarme á acusarte: mi exceso de amor me hace visionario: debo buscarte y hablarte, pero el dolor tiene propensión á concentrarse, y se esconde en mi pecho para á sus anchas, escarbar, picotear y destrozarme el corazón.»

Para ser enteramente franco con los lectores, estoy por decirles que la coquetería de Aurora no existió nunca sinó en mis

ojos... ó quizá sólo en el deseo de huirme de ella para hacerme desear, ó de enojarme á fin de experimentar las delicias de la reconciliación. Seré más explícito: si hubo coqueterías, fueron masculinas.

XVII.—DEL NATURAL.

Y movido por la versatilidad, ó mejor dicho por los conatos de imbecilidad que con sobrada frecuencia acometen á la humana especie, no solamente dejé de ir unos cuantos meses á casa de Aurora, sinó también, dí en visitar á otra niña y en creerme de ella enamorado.—La estupidez terminó de manera tal, que acaso merece ser relatada y servir de lección á los jóvenes que recientemente salidos de los colegios pueden ser deslumbrados por las centellas de los ojos de una chiquilla bonita, y, ciegos, dejarse llevar á un matrimonio inconveniente.

Casi, casi, fuí enredado en esas telarañas sutiles, que gente poco escrupulosa entreteje en la atmósfera de esperanzas negruzcas, donde los incautos sirven de pasto á la hambre de casamiento que aflige á muchas mujercitas.

Después de algunas semanas de los idiosyncrasias, promesas, enojos y desenojos, extravagancias y puerilidades, que suelen ser el tormento y la dicha de los enamorados, como mis labios nada dijese respecto á cura y dispensas, los padres de Elvira se propusieron dar golpe mortal á mi soltería.

—Me voy, Timoleón.

Fué el exabrupto con que me recibió la última vez que estuve á visitarla.

—¿Cómo, Elvira, se va V. y á dónde?

—Papá me lleva al campo.

—¡Cruel! Su papá va á asesinarme. ¿Y usted no se ha resistido á esa tiránica disposición?

—Francamente, nó.

—¡Antropófaga! ¿Y por qué nó? ¿Ha dejado ya de amarme? ¿He empezado ya á fastidiarla y quiere V. dejar de verme?

—¡Ingrato!

—Mil gracias, señorita.

—Sí, ingrato; sepa, señor enojadizo (ella dijo *enojón*) que no me he opuesto, porque sólo vamos á la quinta y volveremos mañana mismo.

—¡Ah! Elvira, comenzara por ahí, para no apuñalearme como lo ha hecho.—Con todo, es siempre una mala noticia, pues mañana no hay clases y resolví venir á estudiar en sus lindos ojos esa Medicina que me da salud de alma y de cuerpo.

—¡Adulador! Pues nada se opone á eso.

—¿Y cómo así?

—Yendo con nosotros.

—No es posible si su papá no me invita.

—Sí; le invitará ¿no es cierto, papá? dijo, encendiéndose como una amapola y dirigiéndose á don Pancho que entraba á ese instante.

—¿Qué cosa, mi hijita?... ¡Ola, Timoleón! ¿Cómo está V.?... ¿Qué es cierto, Elvira?

—Que suplicaremos á Timoleón nos acompañe á nuestro paseo.

—Vaya que sí: Timoleón se dignará ir con nosotros.

—Gracias, señor, contesté turbándome de un modo atroz, no me será fácil.

—¿Y por qué?

—No iré por... caballo.

—¡Ja ja! ¿Qué quiere V. decir?

—No tengo tiempo para pedir un caballo á la hacienda, ni para buscar el de algún amigo.

—No es esta una dificultad; supuesto que yo le prestaré mi tordillo.

—Mil gracias, pero molesto á V.

—Déjese de eso; cosa resuelta: saldremos á las cinco de la mañana.

Elvira me miró de un modo tan significativo, que no me atreví á replicar.

Innecesario es decir que la noche transcurrió en las divagaciones de la fantasía

naturales en víspera del *hecho de trascendental importancia* que se realizaría: el corazón palpitaba ya apresuradamente, figurándome los contentos que al otro día iba á experimentar; preparé en la imaginación discursos, compuse versos adecuados al paraíso terrenal y á Eva, etc. Digno de anotarse es que para nada me acordé del papá, con todo de ser personaje tan interesante.

A las cinco en punto mi caballo tordillo, es decir el caballo tordillo de don Pancho, Timoleón Coloma á cuestas, relinchaba y raspaba impaciente con las herradas manos el empedrado, ante la puerta cerrada de la casa de Elvira. Chirriaron los cerrojos, golpearon contra las paredes las hojas abiertas fuertemente por el medio dormido *huasicama*, y entré; el gallardo bruto hizo retumbar el zaguán con el ruido de las herraduras y dió los buenos días á sus compañeros con un agudo y sacudido saludo.

El estruendo fué para despertar á la casa entera, y así sucedió. Luego don Pancho, Elvira y yo bebimos buenas tazas de *gloriado* y nos pusimos en camino.

Como el papá iba delante y en seguida la chica, yo apresuraba al tordillo para ir *dos en fondo* con ella y cogerle intermitentemente la mano, padeciendo por la estrechez del camino, apretones de piernas contra las ancas del alazán de Elvira y ra-

mazos y pinchaduras de los matorrales de las cercas.

Don Pancho no se volvió á mirarnos sinó una vez que la distracción de la hija autorizó al caballo para que saltase una zanjita y pretendiese desviarse. La niña gritó, vuelta á la realidad por el brinco, y el grito ocasionó un

—¡Cuidado! del papá.

En la quinta tomamos un competente trago al llegar, otro para *hacer boca* ó para *abrir boca*, antes del almuerzo, bastante burdeos después de cada plato y por fin un *pousse-café* no escaso.

Don Pancho me pidió venia y salió á entenderse con los sirvientes, mientras yo, contentísimo de quedar solo con Elvira, me acerqué á ella para repetirle por milésima vez las frases que más ó menos gastan y desgastan todos los enamorados. Sólo que se las repetía con más ardor y valentía, debo decirlo en obsequio de la verdad, porque el coñac y el burdeos me habían aumentado el valor y disminuído la vergüenza.

—Estamos en el campo, Elvira mía, y no debemos desperdiciar la ocasión de pasear bajo el artesonado de los árboles, escuchar el arrullo de las tórtolas, aspirar las exhalaciones de las flores. Entre las paredes de las habitaciones me ahogo: mis pulmones, así como mi corazón, necesitan

dilatarse en el espacio libre: han menester mucho aire y mucho amor.

—Pero, y si papá...

—No piense ahora en su papá, que anda lleno de ocupaciones; piense solamente en mí. Vamos á sentir los goces del paraíso; no comprendemos las mil bellezas de la naturaleza sinó cuando amamos: vegetación, arroyos, auras, son partes de un todo delicioso que se completa con el amor. Vamos, Elvira, al aire libre, bajo el cielo límpido, al único sitio digno de la gran epopeya del alma.

Nos cogimos de las manos y salimos á la arboleda de la quinta.—En inocentes protestas y sabrosas puerilidades voló velocísimo el tiempo. Elvira ejerció sobre mí la virtud milagrosa del canto de esa ave que retuvo extático por muchos años á cierto feliz monje.

Ensimismados, por decirlo así, el uno en el otro, anduvimos y anduvimos hasta un bosquecillo apartado, donde, sentados en la grama bajo un frondoso cedro, encarecimos más y más el perpetuo estribillo amoroso.

Era tarde. Y-lo vinimos á notar cuando el crepúsculo vespertino empapó el ambiente en su tenue, pálido y melancólico tinte. Echamos á andar por un atajo, pero no tan de prisa que no estuviese á oscuras cuando llegamos al jardín delante de la quinta.

¡Válgame el cielo! ¡Cuántos encantos posée la noche para quienes aman!

La luna encumbrándose del oriente, jaspeaba el suelo con la claridad escabullida por el follaje de los nogales, de los naranjos, de los plátanos, de las acacias y de los aromos; el aura meneaba suave las espesas copas, que entrecortando los plateados rayos, producían en nuestros rostros un vaivén embriagador de luz.

Retuve á Elvira; tambaleó mi alma...

Al punto mismo, se presentó don Pancho con la oportunidad del actor que aguarda tras bastidores la última palabra de la escena para acudir como por magia.

Y fué en realidad un drama el que ahí se desenvolvió. Furibundo remecía del brazo á Elvira, que se arrastraba de rodillas.

—Ha enlodado V. mis canas, la denostaba y la sacudía con violencia.

Yo, atolondrado por la brusca aparición, no supe qué hacerme ni qué decir por el pronto, y acaso esto me salvó; pues parece que el bueno del papá contó con mi exasperación para conseguir los fines propuestos.

—Pues bien, señorita, añadió después de abrumarla y de llenarla de improperios, desde hoy no tiene V. padres, y queda sola en el mundo, si este caballero no se casa con V.

Y dándole un empellón, se alejó.

Dios quiso que las postreras palabras de don Pancho me hiciesen ver claro en el asunto. Así, pues, corrí á él y, á mi vez, asiéndole del brazo le detuve.

—Señor mío, le dije con energía, acaba usted de insultar sin motivo á su hija.

—¿Cómo? ¿Sin motivo? Agradezca V....

—Entendámonos. No pretenda acobardarme con amenazas: felizmente no soy culpable sinó de imprudencias de muchacho.

—¿Y qué? ¿Le parece á V. poco?...

—Le suplico que no prolonguemos esta escena. Supongo que Elvira no ha tomado parte en esta ridícula comedia.

—¿Comedia?

—Sí, señor: comedia.

—Me está V. insultando.

—No le insulto; pero si la verdad le es ofensiva, yo no soy de ello culpable. Le suplico que no me interrumpa: V., señor don Pancho, me ha tendido un lazo.

—Agota V. mi paciencia.

—Le repito que no me acobardan sus amenazas. Vuelvo á decir que no creo á Elvira cómplice de esta farsa; sin embargo, no la veré más: ahogaré en el recuerdo de esta noche mi amor que, acaso cultivado de otro modo, me habría conducido á donde usted ha tratado de llevarme por sorpresa.

—¡Infame!

—¡Qué infame, ni qué demonios! A na-

die le gusta representar el papel de bobo, y no quiero exponer otra vez mi amor propio á burlas que humillan, y que ellas sí merecen el calificativo de infames.

Eché á andar y cuando llegué á la casa, se convirtieron en certidumbre mis sospechas al encontrar en el patio ensillado el caballo de don Pancho, mientras el mío y el de Elvira ni siquiera estaban en la caballeriza, que recorrí delirante. Busqué á alguien para preguntar por ellos, mas no hallé á nadie.

De seguro que don Pancho proyectó, después de anonadarnos con su presencia, aprovechar de mi sorpresa, montar y partirse, dejándonos á mí y á Elvira lejos de la ciudad en situación apropiada para denunciarme á quién sabe quién... ó para exigir de la hidalguía el cumplimiento de sus planes inicuos. Pero le desconcertó mi inesperada energía, y me dió espacio para ir, como he dicho, en busca de mi tordillo, hasta que no encontrando otro expediente, salté sobre el caballo del don Fulano, al tiempo mismo que se venía rugiendo de coraje.

—Perdón, grité, espoleando al animal y alejándome. Perdón por este abuso de confianza; V. está en su casa y puede muy bien pasar la noche en ella. Yo no quiero darle el disgusto de verme más tiempo. Mañana le devolveré el caballo.

No alcancé á oír lo que bramaba mi burlado *suegro*. Azoté y azoté al orgulloso bruto, que volaba por los campos. Me quemaba el cerebro y las sienas me latían violentamente; me quité el sombrero á fin de que el aire de la noche refrescase la cabeza próxima á estallar.

¿Qué sentí, qué pensé? No lo sé. Quizá estuve loco: la razón no era ciertamente poderosa á flotar en ese Océano desencadenado de oleajes tempestuosos.

XVIII.—CAPÍTULO ÚLTIMO.

Algún tiempo trascurrió sin que me acaeciese nada digno de memoria hasta la fecha que reanudo el hilo de estos recuerdos. Fecha inolvidable por dos sucesos de gran trascendencia: el uno esperado con ansia; el otro... ya hablaré de él.

El ansiado era el cumplimiento de los veinte y un años, edad en la cual, conforme á la Constitución de la República del Ecuador, el hombre es apto para ejercer los estupendos derechos de la ciudadanía.

Verdad que para poco ó nada le sirven al ecuatoriano los tales derechos, si no es para votar de tarde en tarde en pro ó en

contra de candidatos de antemano electos por el Gobierno; pues sabido es que en las buenas de las Repúblicas la única persona que tiene derecho de representación y de elección es el señor Presidente; verdad que la mayor edad no aprovecha sino para obtener las cargas concejiles de juez de hecho; abogado de pobres ó médico de reconocimientos judiciales; verdad que de la patria potestad sólo se pasa á la potestad de la patria, y se adquiere el derecho de morir en las calles el día de una revuelta eleccionaria, ó de alojarse gratuitamente en el panóptico.

Verdad; pero, después del gozo sentido el día que sorprendí algunos pelos en mi labio superior y del contento experimentado al ver por primera vez,—allá cuando tenía diez y siete ó diez y ocho años,—impreso mi nombre al pié de un artículo de periódico, quizá ninguna satisfacción me ha complacido tanto como la de llamarme á mí propio «ciudadano», y pensar en que podía casarme á mi albedrío, ser elegido diputado ó irme de la casa paterna y vivir, si se me antojaba, en la Patagonia.

El otro suceso fué la partida de mi ciudad para ir á continuar los estudios en otra provincia.—Suceso que ocasionó, así un cambio en mi modo de ser, como en los caminos de mi existencia futura. Baste decir que me restituyó por medios novelescos,

aunque naturales, al amor de Aurora... mi actual idolatrada esposita.

Pero la relación de los hechos insinuados, dejo para consignarla en otra serie que publicaré, Dios mediante, si mis quehaceres me lo permitiesen, y, muy en especial, si estos dibujos de costumbres enteramente locales y de todo punto nuevos en mi patria, fuesen del agrado de los lectores.—Y para poner punto por ahora á *Timoleón*, insertaré una carta que me escribió Álvaro Crost, á la susodicha provincia con motivo de la súplica que le dirigí tocante á proporcionarme datos de algunos de los personajes á quienes el lector ha conocido en este mal zurcido libro. Héla aquí:

«Quito, á 17 de octubre de 1882.

»Sr. D. Timoleón Coloma.

»N*...

»Queridísimo y recordadísimo Timoleón:

»¡Tunante, badulaque, calvatrueno, por
»fin te acordaste de mí! ¿Quién podría
»creer que el amigo íntimo, el inseparable,
»escribe á su *alter ego* después de unos
»cuantos largos meses de silencio? Pero en
»castigo te diré, que yo te habría también
»olvidado si no existiese cierta amiga que
»me precisa á recordarte hablándome in-

»sistentemente de tí, cada vez que visito á
 »sus padres. Aurora»... (Omito dos exten-
 sos párrafos de la carta, referentes á un
 asunto, por hoy sin interés á falta de nexo
 con la historia.)

«¡Cosa original! Yo, como tú, había
 »hallado un no sé qué de romancesco en la
 »vida de Agustín Manso, y he ido tomando
 »apuntes de ella para, desfigurándola lo
 »conveniente,—á fin de que el verdadero
 »protagonista no fuese conocido en esta
 »nuestra tierra de exageradas susceptibili-
 »dades y malévolas suspicacias,—entrete-
 »jer una novela de costumbres, caso de
 »que las ocupaciones me concediesen el
 »tiempo necesario para la realización de
 »una empresa más difícil aquí que en nin-
 »guna otra parte del mundo; pero las se-
 »manas y los meses vuelan sin que me den
 »respiro las tareas prosaicas de padre de
 »familia pobre, y te cedo mis apuntes,
 »tanto más desinteresadamente cuanto la
 »cesión me salva de las tentaciones de gas-
 »tar el dinero en imprenta, en *Quito* que,
 »perdona el equívoco, es acaso la abrevia-
 »tura de un mote, divisa ó leyenda que
 »diría: *Quito y no doy*.

»Allá te van: arregla tú un cuento ó lo
 »que gustes, si tus labores y bolsillo te dan
 »ocasión para ello. Primero copiaré lo que
 »atañe á Agustín, después te diré algo
 »acerca de Gálvez.

»Agustín, en pagar música para serena-
»tas, en soberbios caballos y, sobre todo,
»en pésimos amigos que le arrastraban de
»fonda en fonda, de billar en billar, de ga-
»rito en garito, consumió la gruesa heren-
»cia que le legaron sus padres. Ninguna
»desgracia mayor puede acontecer á un
»niño que la temprana muerte de éstos.—
»No le restaba sinó una diminuta quinta,
»donde se estableció á fin de evitar las
»continuas molestias causadas por los
»acreedores; mas, por desventura, la fama
»de su generosidad le había precedido al
»pueblo cercano y desde el día de la lle-
»gada fué el padrino obligado de todos los
»bautismos y de todos los matrimonios de
»los campesinos: turca aquí, diversión allí,
»las deudas crecieron como los círculos de
»la piedra arrojada al agua. Como com-
»plemento de desdichas, se enamoriscó de
»una labriega con quien estuvo á término
»de casarse; no poco influí y no poco sudé
»para arrancarle de la peligrosa adheren-
»cia, y volvió á la ciudad, aunque entor-
»pecido con la vida de campo y de placeres
»que había llevado...

»La finca de Agustín acaba de ser rema-
»tada forzosamente. Uno de *sus amigos*,
»acreedor, la adquirió por las dos terceras
»partes de una infame tasación y cuarta
»parte de su legítimo precio...

»Como los acreedores hubiesen percibido

»sólo una pequeña parte proporcional de
 »sus créditos, le cobran el dinero del cual
 »no han podido pagarse, con insultos y es-
 »carnios. Me ha indignado en extremo la
 »saña con que le persigue, en singular,
 »Gálvez, el antiguo *cariñoso camarada* que
 »más contribuyó para arruinarle. Según
 »el canalla, Agustín «merece su suerte
 »porque fué un tonto, un calavera, un bo-
 »tarate...»

»No he visto mucho tiempo á Agustín:
 »se esconde de todos y aun de mí; un an-
 »tiguuo criado suyo me ha dicho que no
 »sale por falta de camisa. No sé la manera
 »de ser útil á mi infeliz amigo sin desper-
 »tar su exagerada delicadeza.

.....
 »Acabo de cumplir un tristísimo deber:
 »cuatro personas y yo hemos acompañado
 »al cementerio el cadáver de Agustín
 »Manso.—¡Pobre Agustín! Un mundo de
 »recuerdos y reflexiones se me agolpaba al
 »cerebro ante esa humilde zanja, donde las
 »cenizas de un joven rico, hermoso, inteli-
 »gente, se confundirán con las del men-
 »digo callejero.

»Si la madre de Agustín no hubiese
 »muerto poco después del nacimiento de
 »su hijo, éste hubiera recibido la educación
 »que infunde el amor materno, educación
 »que por ir mezclada con caricias suaviza
 »y endulza el carácter. Seguramente que si

»la hubiera recibido, no habría dado oca-
 »sion á los frecuentes castigos de los
 »maestros que le hicieron aborrecer el co-
 »legio.

»Pero aun así, acaso con la razón, hu-
 »biera venido el juicio, cesado el odio á los
 »libros y á los catedráticos, y conocido las
 »ventajas de seguir una carrera literaria,
 »si el fenecimiento del padre no le dejase
 »dueño de sí mismo cuando más necesitaba
 »provèchosa sujeción.—¡Pobre joven! La
 »dueña de la casa me ha relatado los aflic-
 »tivos pormenores de los últimos meses de
 »su existencia: la miseria le había abatido
 »y consumido; esa miseria ruborosa que
 »ni quiere, ni puede, ni sabe pedir, y se
 »aviene mejor con el suicidio lento y tor-
 »mentoso del hambre.

»Aquel niño que en el colegio rompía
 »magníficos paños y casimires, aquel ado-
 »lescente que se bebió un caudal en cham-
 »pagne, aquel joven incensado por mil
 »amigos y atraído por las miradas de mil
 »muchachas, aquel fué el mismo que vivió
 »en un asqueroso chiribitil, comiendo pan
 »negro ó ayunando por completo; el mismo,
 »cuyo miserable cuerpo, amortajado en
 »andrajos, fué arrojado de balde en la co-
 »mún fosa de los menesterosos.

.....
 »No así el oso Gálvez, el mocetón per-
 »verso, bastonero de todas las maldades

»del colegio. Como sabes, terminó los es-
 »tudios á principios del cuarto curso de ter-
 »cer año de latín, pues, según lo que decían
 »sus condiscípulos, «el clima de la clase de
 »tercer año le sentó bien» y ahí se domici-
 »lió como inmueble: cuatro generaciones
 »de estudiantes pasaron á Retórica, el oso,
 »firme que firme, no dió un paso más allá
 »del tradicional *X et Zeta gerunt vires*.

»Del dicho *X et Zeta* salió á darse
 »importancia en la sociedad, á disputar
 »acerca de política y á criticar trabajos li-
 »terarios. Como no le sobraba dinero, se
 »dedicó á la pesca de alguna añeja ricá-
 »chona, y como no escasean las tontas,
 »halló una... ¿Quién crees?—Tu antigua
 »amiga Eduvigis, la de boca y narices he-
 »rómicas, de quien su madre solía decir:

»*Eduvigitas no es bonita; pero es vir-
 »tuosa que es lo que vale.*

»Gracias al matrimonio, Gálvez es hoy
 »personaje de pró.

»Pero voy á concluir aquí, primero por-
 »que mis labores me lo exigen, y segundo
 »porque no quiero que se me deslice nada
 »en contra de Gálvez á quien voy á necesi-
 »tar para un negocio nacional del cual te
 »hablaré otra ocasión, pues acaba de ser
 »electo diputado.

»No vuelvas á olvidar á tu leal y adicto
 »amigo

»ÁLVARO.»

XIX.—CONCLUSIÓN.—(OTRO CAPÍTULO
ÚLTIMO).

Supuesto que yo no tengo los motivos de Álvaro para callarme lo que la sociedad entera conocè, diré que verdaderamente, según me lo expresan las cartas de mis parientes, Gálvez es un *personaje*. La hacienda de marras le pertenece y se ha tornado en mansión de delicias. En vez de los platos verdes, azules y amarillos y la copita desportillada de antaño, posée lujoso servicio de mesa. Baterías selectas de Chateau Margaux y Chateau Lafitte, y vinos del Rhin y vieux-Cognac han sustituido á la *chamburada* y pseudo-vino consabidos. Sólo que, se me asegura, que el pobre don Blas llevó vida de sacrificios y privaciones, no para su hija, ya que no participa de los regocijos de su esposo y llora arrinconada su empeño de adquirir amo, pues Gálvez no es marido ni se casó para serlo de la desventurada.

Doña Josefa lamenta la suerte de la muchacha y se propone ser más exigente en lo de elegir esposo para las solteras. Cosa que tal vez podrá hacerlo, porque ciertamente estas, aunque no modelos de belleza, son más casaderas que Eduvigis.—Pero, se me ha comunicado también, que no todo es

delicias en la existencia benthamista de Juan, dado que cuando se ve con la esposa no se repite el célebre milagro de perros, gatos y ratas de San Martín de Porras: milagro, á mi ver, alegórico, porque sospecho que el bueno del Santo ha de haber dedicado su potencia milagrosa á componer matrimonios. Eduvigis, además, se ha mirado imparcialmente en el espejo después de casada, y, en consecuencia, se ha vuelto celosa; tampoco le parece justo y equitativo que los bienes de fortuna de sus padres se vayan por los gatzates del esposo y parásitos.

¡Pobre! Se habrá convencido ya de que no impunemente se consigue marido.

Si fuese vengativo, debería alegrarme de las desdichas de Eduvigis, puesto que tuvo la ocurrencia de cobrarme las referidas amorosas pisaduras diciendo al mundo entero que yo «fui su novio y que me propinó calabazas.»

¡Buen provecho!

Javier Paz es hoy un comerciante paciente, laborioso y muy afortunado; debido á la resistencia para el trabajo y á ciertas puntitas de tacañería, ha acumulado un capital respetable. Magistral en sus decisiones, no discute la política, la impone: «Vea usted,» suele decir ó escribir en cualquier circunstancia á sus amigos, «las consecuencias de la indocilidad del Go-

bierno; si oyese los consejos de patriotas como yo, no se perdería ni nos arrastraría á ruína segura.»

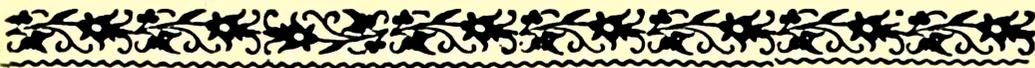
En todo caso, es amigo de la pública tranquilidad, de cierto porque tiene que temer y nada que esperar de los trastornos.

Esparza, al contrario, es un anarquista furioso: odia cordialmente en todos los tiempos, á los gobernantes por el gobierno, y al gobierno por los gobernantes; sin embargo, sonríe con éstos y aun les dirige lisonjas cuando se encuentra con ellos á solas, les menosprecia delante de gentes y se perece por darles las espaldas y desairarles en público. Su fuerte son las peroratas contra el despotismo y la tiranía; mas, quienes le conocemos á fondo sabemos que si, por mal antojo de la fortuna, llegase á influir eficazmente en la política, se poblarían el panóptico y los cementerios y se despoblarían las ciudades. — Detesta á los nobles y á los ricos, pero no quiere casarse sinó con una muchacha noble y ricaza.

Si conservase amistad con Esparza le aconsejaría que no deje de ser dissociador, única apariencia que posée: á la manera de la sombra, es conocido por contraposición á la luz. Si perteneciese á cualquier otro partido que no fuese el de los anarquistas, sería una cumplida nulidad, como desaparecería la dinamita si no hubiese nada que destruir.

TRES DISCURSOS





REPUBLICA DEL ECUADOR

SECRETARÍA QUITO Á 3 DE OCTUBRE
DE LA UNIVERSIDAD. DE 1880.

Señor doctor don Carlos R. Tobar, profesor propietario de literatura y sustituto de zoología.

LA Junta de gobierno de la Universidad. reunida el día 1.º de los corrientes, tuvo la dignación de encargarme que escribiese á V. el presente oficio, expresándole la viva satisfacción y justo reconocimiento con que los señores profesores habían escuchado el hermoso discurso que, para cumplir con la disposición del artículo

203 del reglamento general de estudios, se sirvió leer V. el mismo día. No advirtió, sin duda, que favorecía con tan honroso encargo á quien no podía desempeñarlo de manera que correspondiese á su ilustrado designio; ni que el merecido encomio de la composición, tan digna de V. y de su nobilísimo objeto, perdería en estimación cuanto ganase en sinceridad, confiado á pluma que no acierta á contenerse cuando se trata de tributar la honra debida á la ilustración, á la virtud y al talento, especialmente si los consejos de la amistad concurren á dirigirla.

Ruego, pues, á V. que se sirva aceptar el voto de aprobación y gratitud que, por medio mío, le presenta la Junta, y apreciarlo en cuanto vale por ser de los señores profesores de la Universidad, sin echar menos el innecesario encarecimiento de su justicia. Lo justificará, de seguro, el concepto público luego que salga á luz el discurso, como lo ha ordenado la Junta.

Soy de V. muy atento, obsecuente servidor.

J. MODESTO ESPINOSA.

DISCURSO

LEÍDO POR EL SEÑOR DON CARLOS R. TOBAR,
EN LA SOLEMNE APERTURA DE LAS CLASES
DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO, EL 1.º DE
OCTUBRE DE 1880.

SEÑORES:

Si bien no soy valeroso, os confesaré que no me acobarda la ilustrada concurrencia que silenciosa se está esperando mis palabras: á mi rededor, todos, rostros amigos; las mismas ideas están manando de nuestras inteligencias, los mismos afectos están hirviendo en nuestros pechos, las mismas aspiraciones se están levantando al calor de nuestras almas. Hacia una parte, los que gravados con inmensa responsabilidad, puestos los ojos en el engrandecimiento de la patria, se han encargado de robustecer las fuerzas que han de vigorizarla; hacia otra, los que se van por el laborioso camino de la ciencia y de la virtud, cargados con el peso del sacrificio y de la paciencia.

Nuestra Universidad, como la nave del Patriarca, háse sostenido ilesa sobre las

borrascosas ondas de mil agitaciones, ríos que han salido de madre y océanos que se han desbordado; pero como la bendecida barca, lleva en el seno gérmenes de vida y progenitores de felicidad futura ligada á progreso no mentido.

En épocas no remotas la Universidad desocupó este local y fuése á vivir en ajena habitación, pero dejó su casa para dar alojamiento á un noble huésped que, por desventura nuestra, vivió solo un día.

Hoy comenzamos un nuevo año escolar y, para cumplir con el artículo 203 del reglamento, la Junta universitaria se ha dignado encomendarme dirigiros la palabra.

No soy vano afectador de modestia y, estoy cierto, me creeréis: he vacilado muchísimo acerca de la elección de asunto digno de vosotros. Por fin resolvíme á ocuparme en materia de interés innegable.

Tiempos há que, con la palabra y con el ejemplo, un célebre escritor trata de conducir nuestra literatura por propio camino, pero, hasta hoy, poco es lo que ha conseguido.

Muy de tarde en tarde vienen al mundo los Fidias, los Rafaeles, los Verdis; la multitud de los artistas, satélites de aquellos magnos planetas, se reducen á girar al rededor del respectivo centro de atracción, esto es, conténtanse con copiar, más ó me-

nos fielmente, los modelos de los grandes maestros; lo mismo sucede en literatura.

La americana, careciendo de modelos propios, ha tomado los ajenos, y de aquí ha provenido que no posea originalidad. Felizmente, hoy en día, no faltan en el esplendoroso cielo literario de América esos astros de primera magnitud de que acabamos de hablar. *Cumandá* es la estrella que, deteniéndose sobre la no desflorada naturaleza ecuatoriana, nos está mostrando dónde hemos de hallar el origen de nuestra literatura. Algunos escritores ilustres, apesar de haberse envenenado bebiendo en el fango de nuestra política, tienen fuerzas sobradas para explorar esos campos que tantas flores ofrecen para formarles guirnaldas.

¿Qué nos falta, señores, para que seamos poetas?

Ninguna tierra brota mayor número de flores salvajes que nuestro suelo, según el decir de un viajero notable. Lejos de la cultura y civilización materiales de los pueblos cultos y civilizados, las prosaicas máquinas no crujen apretadas por continuo trabajo, ni los ferrocarriles turban con los monstruosos resoplidos el sosiego de las selvas. Hasta la indole suave y apacible, pretexto de calumnias, es la más apropiada al carácter de los personajes idílicos. Las costumbres campesinas son de suyo églo-

gas acabadas: el pastor de las dehesas tañe el *rondador* y la flauta, el muelle clima le incita á las pasiones tiernas y ni siquiera los arados por vapor le quitan al labriego la ocasión de trabajar junto al tardo buey, confidente y menestral. Los bosques abundan de árboles, miles de tórtolas se arrullan en frondosas ramas, las aves cantoras infatigables, llenan el aire de armonías; los aromas de los pétalos ascienden como eterno incienso tributado al Criador; las manadas pacen en prados esmaltados y el hombre, donde quiera, huella flores.

¿Por qué no somos elocuentes? ¿Por qué la voz no truena?

No necesitamos, como el orador griego, ir á ensayar las fuerzas dominando las olas bramadoras que se quiebran contra las rocas: los vientos mecieron nuestras cunas, los truenos sirvieron de tipo al metal de las gargantas y el rugido de los volcanes arrulló nuestros primeros sueños.

Seguid el curso de los ríos que se descuelgan de las inmensas alturas andinas en cascadas y saltos extraordinarios. Hé ahí, señores, distintos géneros de elocuencia que nos enseña la naturaleza, maestra universal.—Ved al agua cómo furiosa bate las dificultades y sube, al chocar con ellas, á prodigiosas alturas en espumosos saltaderos; descuaja troncos, arranca peñascos, deshace rocas, todo lo tritura con poder

inconcebible. Es la elocuencia que lucha con los obstáculos, los supera, los despedaza y los desmenuza.

Ved ahora al diáfano líquido como manso resbala con suavísimo murmurio por la extendida llanura; apenas menea las arenas del espacioso lecho y los rayos del sol llegan hasta el fondo sin que las linfas les absorban sino para reflejarlos más brillantes y como purificados; mirad las orillas matizadas y los prados contiguos revestidos de verdura. Es la elocuencia que corre apacible, no espumosa, no turbia, no ennegrecida, el auditorio, prado por donde se deslizan las cristalinas ondas, recibe verdor, flores y frutos, y el corazón, arrastrado por la blanda corriente y olvidado de sí mismo, flota y se deja conducir á playas talvez lejanas, á donde, al orador, le place llevarle.

¿Queréis bellezas que os aneguen en inspiración?

Ahí están los lagos, ahí los bosques aun no tocados por el hombre.

¿Queréis, acaso, sublimidad?

Contemplad al Amazonas, monarca de los ríos y al Pacífico, monarca de los mares.

¿Queréis, por ventura, sublimaros hasta el cielo, extasiaros en lo inmenso, anondaros con lo infinito?

Aquí tenéis cómo conseguir vuestro objeto, aquí tenéis medios, aquí alas, y no

prestadas ni fementidas que os encumbren para precipitaros: el Antisana, el Cayambe, el Chimborazo, aquí están, monstruosos peldaños por donde subiréis á la gloria y al éxtasis; ascended al Sangay, al Pichincha: contemplad las simas profundísimas que se abren en los pavorosos cráteres, meditad en vuestra pequeñez medida por la magnitud del abismo, y os sentiréis elevados apesar que vuestra imaginación se precipita con vértigo hasta las rocas derretidas que hierven en las entrañas de la tierra.

Mirad al Cotopaxi, monarca de los volcanes, inconmensurable Titán lanzando al cielo peñascos encandecentes; miradle en las horas de furor omnipotente, coronado de torbellinos de humo, de fuego y de relámpagos, con bramido de mil truenos, encendiendo, inundando, destruyendo, arrasando.

Nuestra patria es un gran observatorio astronómico colocado por Dios en las mayores alturas habitadas; contemplad, desde aquí, al sol y, á la par que os daréis un baño en la fulgente luz, os sentiréis empapados en inspiración; por la noche contemplad á la luna y, apenas vuestra faz se hubiese plateado, experimentaréis cómo el ingenio rebulle vivificado por sus rayos.

Penetrad en nuestros católicos hogares y descubriréis, en los no disipados afectos y en las domésticas virtudes, veneros incabables de poesía depurada.

¡Ah! No nos faltan sublimidad ni belleza. Tanto más cuanto el ingenio saca estatuas de las piedras y hace brotar mundos del Océano. No es menester nó el todopoderoso *hágase* del Criador: el universo está hecho, las bellezas existen, sólo nos falta el sentido que ha de percibir las.

¿Por qué, pues, no tenemos oradores? ¿Por qué no poetas donde la naturaleza es poesía magnífica y continuada?

¡Ah! señores, carecemos de tranquilidad de espíritu que da á los ojos ver las galas de la tierra y el lujo del cielo, á los oídos escuchar las melodías del ambiente y á la fantasía vagar á su libre arbitrio y encumbrarse y mirar de lo alto las maravillas del universo.

Acaso también la costumbre sea causa de que no fijemos la atención en las bellezas que se nos pasan desadvertidas.

Sucede que nada provoca con mayor vehemencia á deseo como el dón que no gozamos; esto acontecíale seguramente al gran Garcilasso cuando tocaba la zampoña.

«Entre las armas del sangriento Marte.»

La turbulencia de la guerra le hacía recordar la serenidad de los campos, y el es-

trépito de las armas el silencio de las selvas.

Lo contrario debe de pasarnos á nosotros, peces que dormitamos entre alfombras de perlas y tapices de corales: habituados á tanta munificencia hallámoslo todo «muy natural» y no encontramos mérito en los objetos que vemos todos los días.

Pero nó; voy á repetirlo: carecemos de tranquilidad del alma. Vivimos en suelo volcánico; agitados incesantemente por esos otros volcanes que, hace cerca de un siglo, conmueven á las repúblicas sudamericanas; cegados ayer por las cenizas del interior de la tierra y oscurecidos hoy por el humo de la pólvora; el ánimo desasosegado en el cuerpo intranquilo, llevamos existencia vertiginosa. La vida y la muerte combatiéndose, no á escondidas, sinó haciendo gala de las fuerzas de que cada una dispone, no estamos, ciertamente, para saborear las delicias de una munífica naturaleza.

Señores, algunas palabras más antes de concluir.

Maestros, estos jóvenes son el globo que permanece aún en el estado de gas: el enfriamiento de las bozales pasiones y de los malos impulsos, la purificación en el continuo girar rodeados de la atmósfera de la sabiduría, ha de imprimirles la forma apropiada.

Maestros, á vuestras manos vienen los hombres, como los minerales van á las fundiciones: en ellas han de dejar las escorias y fundidos al fuego de vuestras enseñanzas han de tomar la figura que conservarán, adecuada al gran todo social que, como partes, deben constituir.

Por esta razón, oh maestros, vuestra responsabilidad es de magnitud incalculable; las más remotas generaciones de lo porvenir están unidas con vosotros por medio de los lazos invisibles, pero inquebrantables, de maestro á discípulo: sus triunfos serán nuestros triunfos así como sus lágrimas de desventura caerán sobre las tumbas de nosotros, operarios de lo futuro.

Jóvenes, en Esparta se enseñaba á los adolescentes á ser orgullosos: sedlo con aquel orgullo que da elación al alma con lo bueno y la contrista con lo malo. Ni la humildad cristiana está reñida con esta pasión que, según se la encamine, conduce á los solios ó á los altares. — ¡Feliz el país donde la vanidad y la codicia, tizones incendiarios, están oscurecidos por el sol de la ambición de gloria no contrahecha: el servilismo, la bajeza, la indignidad se avivan y bullen en su basurero incubados al calor de aquellas mezquinas pasiones.

Jóvenes, sed águilas: las águilas nidifican en alturas maravillosas, á las inmediaciones del sol: las serpientes entregan las

repugnantes nidadas al calor de la putrefacción de las asquerosidades del suelo.

Trabajad, jóvenes; pero no sea la avaricia el acicate que os aguije. La prosperidad de la patria pobre de Licurgo nos enseña que el dinero con que se compra el engrandecimiento de las naciones no es el oro sino el hierro, esto es, la pluma del escritor y la azada del labriego.

Jóvenes, si amáis la libertad ¿y cómo no habéis de amarla?, sed virtuosos; el autor de *El espíritu de las leyes* nos está diciendo: de un mal hombre sale siempre un buen esclavo.

Educáos, jóvenes, si queréis ser libres: la libertad verdadera es gemela hermana é inseparable de la ciencia verdadera; los parias de la India, los ilotas de Esparta y los brigas de Bruto, greyes humanas, no concurren, por cierto, á los establecimientos de educación, y las cadenas con que se aherroja á los pueblos se forjan en las hogueras encendidas por León Isaúrico y el Califa Omar, llamas vivas del negro humano embrutecimiento.

Jóvenes, ciencia y virtud reunidas y apoyadas en la fe (punto de apoyo que no conoció el filósofo de antaño) son la palanca con que levantaréis la patria hasta tocar en el empyreo.

HE DICHO.



EN EL BAZAR DE LOS POBRES.

DISCURSO.



Sois benéficos, Señores, y sé que es menester no conoceros para llamar á vuestros corazones á nombre de la caridad: en ellos reside la hija del cielo y ella misma, sin intérprete, os habla sin cesar y sus palabras fructifican en obras de misericordia.

Así, pues, sólo quiero reflexionar con vosotros acerca de la excelsa virtud.

Veo un sér haraposo, la escualidez en la faz, la ancianidad en las canas, las enfermedades en el cuerpo; no anda, se arrastra; no habla, la voz es un gemido; no puede trabajar, casi no puede pedir; todo,

parece, ha muerto en él, excepto el hambre.

¿Y sabéis, por ventura, lo que es la necesidad en el anciano?

El anciano es un niño sin madre y sin nodriza; niño desvalido que se amamanta con las amarguras de los desengaños y los pesares de la gastada existencia; de niño lo impotente, de hombre las pesadumbres... Alma vigorosa tal vez, miembros desfallecidos; fuego en el espíritu, hielo en la materia; triste consorcio de la fuerza y de la debilidad.

Siente el mal y no le es posible remediarlo; tiene vergüenza, pero padece hambre; inválido para el trabajo, está compelido á mendigar.

Sí; ese hombre mendiga.

Tras larga indecisión, penetra en vuestras casas; veisle el cuerpo movido con dificultad, mas no veis al alma arrastrada penosamente para demandaros el mendrugo.

Os lo pide en nombre de Dios: suplican los labios, suplican los ojos, suplican los vacilantes piés y las temblorosas manos; suplica el hambre, ese mónstruo que se sacia hoy para tener voracidad mañana...

¡Ah, señores, el hambre del mañana!.... El pan de hoy está consumido, la necesidad satisfecha; pero amanecerá otro día, y se despertará el mónstruo y retornará el suplicio.

Según el mito pagano, Sísifo fué condenado á trepar un monte llevando una roca que rodaba de nuevo cuando el desventurado tocaba la cima. Tengo para mí que el tormento de Sísifo estaba en el recapacitar en la inutilidad de sus esfuerzos. Agobiarse para levantar la carga atormentadora, asegurarla sobre el hombro fatigado, trepar anhelante por la riscosa cuesta; subir, subir, sudorosa la frente, arqueado el cuerpo, los aquejados ojos puestos ya en la cumbre, llegar á la cima, al lugar del descanso, y sentir la roca escaparse y verla rodar y saltar y precipitarse y rebotar en el abismo con estruendo repetido por eco pavoroso y, sobre todo esto, estar precisado á volver á la faena abrumadora...

¡Ah! Estoy cierto que, al ser verdadera la fábula, Sísifo habría hecho brotar de vuestros ojos lágrimas de compasión.

Y vais á llorar, señoras, porque á decirlos voy que Sísifo vive y trepa y descende, para tornar á subir con mayor cansancio en el cuerpo y con mayor angustia en el alma.

El menesteroso es Sísifo que sube hoy y subirá mañana y trasmañana: ha comido, la roca está en la cumbre; pero amanecerá de nuevo y habrá que ascender otra vez la dura cuesta de la limosna.

Peró existe otro infeliz aun más digno de compasión.

El pordiosero implora y recibe: en las porterías y en los zaguanes engaña gota á gota el abismo de la apetencia. Mas, hay, os repito, otro desdichado para quien la miseria es el tormento del hambre y el tormento de ocultarla; discurre por las calles, mira con acerba envidia el pan que el mendigo va devorando, no están cerradas las puertas de la caridad, pero el pudor le impide penetrar por ellas, y vuelve al tenebroso desván, donde los hijos macilentos lloran é imprudentes! reclaman el pan que la madre no se atrevió á mendigar.

¡Ah! El hambre del mañana... ¡Ah! señores, ¡el hambre de los hijos!

Los niños no comprenden que no se debe comer: piden, gritan, lamentan.

¡No hay pan, pobres niños!

La madre trata de dormirles, pero con hambre no se puede dormir...

Esta miseria pudorosa, esta miseria suprema, es la que alivian los limosneros de San Vicente de Paul; ellos buscan para socorrerles á estos infortunados que no nos buscan. Y les alargan la limosna con la derecha procurando que lo ignore la izquierda.

¡Cosa extraordinaria! El socio de San Vicente no se sonroja cuando pide y se sonroja cuando da, porque se teme herir la susceptibilidad de la pobreza.

Y da la caridad con caridad.

A escondidas, alimenta á los pobres sin alimentar la vil ostentación.

Visítales, llora con ellos, les consuela, les conforta y, como san Martín dividió la capa, sale llevando apenas la mitad del corazón.

¡Descendientes del gran santo, dignos hermanos sois de las hermanas de Mlle. Legras. De esas mujeres milagrosas, vírgenes al propio tiempo que madres.

Madres... ¿Y de qué hijos?

De la hija de Dios: Él con un destello de su amor fecundiza á algunas almas y las hace *Madres de la Caridad* (1).

Y son madres, aunque vírgenes; pues sólo á vírgenes fecunda el cielo.

No quiero concluir, señoras, sin dirigir una súplica á nombre del porvenir de la beneficencia. Vuestros corazones fructifican en caridad: poned también la semilla en el corazón de vuestros hijos.

Inculcadles estas máximas sublimes del sagrado libro: «A Dios da á logro el que hace misericordia con el pobre.» «Amad á vuestros enemigos: haced bien aun á los que os aborrecen.» «Ama á tu prójimo como

(1) *Madres de la Caridad* se llama en el Ecuador á las *Hermanas de la Caridad*.

á tí mismo.» «Ama á tu prójimo» es la traducción del divino instinto que en sí lleva grabado el alma; es la expansión y repartimiento del corazón; son los aromas de la flor que perfuman el ambiente.

Sí; enseñad, virtuosas madres, enseñad á los niños á ser misericordiosos. Cuando ellos dan al pobre, no es ya Dios que escondido alimenta á la avecilla de los campos y al insecto de las corolas: es el mismo Dios transfigurado en la persona de los niños.

Nada más tierno, nada más conmovedor, nada más poético de contemplar que la alba y tranquila manecita de la inocencia extendida á la negra temblona de la adversidad suplicante.

No envidiéis, señores, esa gloria que respira suspiros y sollozos y se alimenta de lágrimas y sangre. Napoleón el grande ganó un puñado de tierra con la muerte de un millón de infelices, San Vicente el humilde conquistó el cielo con la vida de millaradas de desventurados.

No envidiéis, ¡oh pueblo! esa torva gloria sanguinolenta. No la envidiéis, pueblo sensato, pueblo caritativo, pueblo predilecto de Dios.



EN EL ATENEO HISPALENSE

(DE SEVILLA)

En sesión extraordinaria de 24 de marzo de 1888.

QUERÉIS que os hable, señores, de esa tierra donde nací, de esa que os pertenece por los recuerdos y por la gloria?

Conocidos vuestros deseos, no há mucho manifestados por el sabio filósofo y esclarecido anticuario y escritor, el señor Presidente del Ateneo (*), sin tiempo am-

(*) El señor doctor don Federico de Castro.—No se me oculta la falta absoluta de mérito de este discurso; pero juzgo necesario publicarlo, ya para proporcionarme ocasión de demostrar mi gratitud al Ateneo y á su dignísimo Presidente por la sesión que en honra mía se sirvió celebrar, ya para hacer más públicos mis sentimientos (que son los de la mayor parte de los americanos) tocante á la hidalga nación de nuestros mayores.

plio, por consiguiente, para meditar algo digno de esta ilustrada reunión, mis palabras no tendrán sinó el mérito de la docilidad con que habéis sido complacidos.

El conocimiento que de vuestras propias aptitudes tenéis vosotros mismos y el que, ~~de~~ falta de las mías, vais á adquirir en breve, os explicará porqué, para encaminar mi razonamiento, he tenido necesidad de escribir estos apuntamientos, desconfiado, temeroso de mi natural timidez, agravada hoy por la circunstancia de ser la primera ocasión que, en la Madre Patria, hablo á un público numeroso, público rodeado de la resplandeciente auréola del saber, que deslumbra naturalmente á quien como yo tiene sus ojos sepultados en las sombras.

Pero nó: no os temo, señores; por experiencia propia sé ya que sois indulgentes y hasta estimuladores: lo sé por la benévola acogida que hace pocos días mereció la lectura de una obrita mía sin ningún mérito, en la esplendorosa Real Academia de Buenas Letras.

En América, señores, se encuentra la sublimidad, digámoslo así, de la grandeza de Dios: aquella que consiste en la suma

belleza existiendo magnífica para sí misma, allá lejos de los hombres envuelta en la soledad de su esplendor: allí los bosques donde la planta humana no ha llegado, de fauna y flora quizá aun desconocidas como las del fondo de los mares; allí ríos, ante los cuales el Océano empujado, como acobardado, se retira unas cuantas leguas, replegando sus ondas, monstruosas banderas de su furiosa omnipotencia; allí alturas increíbles, perpétuamente blancas, porque jamás les ha tocado el polvo de las huellas de los hombres; allí montañas que, cual columnas de diamante con pedestales de esmeralda, sostienen el embovedado azul del firmamento; allí volcanes que pierden en el cielo sus cráteres y encienden las nubes con la respiración abrasadora. Allí pequeñeces que atraen irresistiblemente á los grandes sabios: insectos que, como la luciérnaga, remedan á las estrellas en su lucha de luz con las tinieblas; allí aves diminutas, como el colibrí, que por sus colores luminosos son, digámoslo, las luciérnagas del día; allí, señores, allí... ¿Cómo os ponderaré las grandezas de mi América? Allí está la sangre española, sangre que al circular, cual un río de fósforo, da luz de nobleza y de heroísmo, de inteligencia y de hidalguía.—Allí se conservan todavía frescas, visibles, recientes, las pisadas del coloso de los siglos que, con la vista en los

cielos y un pié en España, asentó el ótro en la tierra de un mundo nuevo.

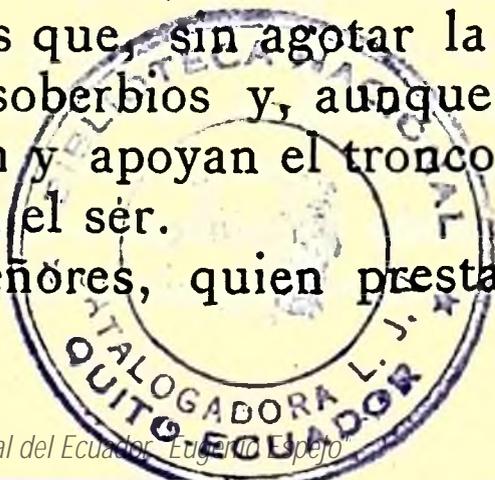
Allí, muchas veces ¡ay! por desgracia, brotan los guerreros de un suelo fecundado por las estupendas, por las inauditas, por las increíbles hazañas de los Pizarros, de los Almagros, de los Albarados, de los Valdivias, de los Carvajales que, al estallar entre las turbas, como las granadas levantaban á su rededor con fuerza prodigiosa, espesos torbellinos de humo y de polvo, de destrucción y de muerte.—Allí los gérmenes hereditarios de vuestras mismas pasiones, incubados por un sol-rey-dominante desde el cénit, que producen cariños fogosos y también odios violentos, felizmente sujetos á la benéfica ley de la reacción.

Vuestra suspicacia, señores, comprende dónde mi alusión trata de conducirnos: á la memoria de enemistades que, por olvidadas de tiempos atrás, no puedo recordarlas; aunque deben ser traídas á la memoria en este momento, de la misma manera como en lo doméstico se recapacita en los disgustos familiares para dar mejor guiso á los contentos de la reconciliación, y con el objeto de felicitarnos por la cordura con

que España ha sabido elegir los medios más eficaces del cariño, respetando las delicadezas de la política quebradiza y rehu- yendo cuidadosamente todo cuanto pudiese ser susceptible de interpretaciones torcidas é inadecuadas al logro de su hidalguísimo propósito. Tales acertados medios han sido, por ejemplo, á más de otros, la crea- ción de asociaciones americanas, depen- dientes de las de España con la dulce su- bordinación de lazos que, como los de las letras, el idioma y las creencias, no se han aflojado ni roto aún en las épocas de los fervores de la emancipación doméstica.

Doméstica, sí; nó social. Supuesto que los intereses pasados, los presentes y, en singular, los futuros, nos obligarían á mantenernos en compañía estrecha, aun cuando las sugerencias de la naturaleza, del afecto y de la sangre no hubiesen dis- puesto los ánimos á la reivindicación de los derechos de la cordialidad.—Nó social. Supuesto que, de seguro—tengo viva fe en lo porvenir—la raza española volverá al apogeo aquí mismo, ó acaso allá, al modo como torna al vigor y á la frondosi- dad el árbol cuyas raíces, extendidas bajo tierra, da renuevos que, sin agotar la sa- via-madre, crecen soberbios y, aunque se- parados, equilibran y apoyan el tronco se- cular al cual deben el sér.

No en vano, señores, quien presta el



poder á las naciones ha fecundizado la sangre de los Pelayos al otro lado de los mares, y la hace circular joven y ardiente en cuarenta millones de hombres que, con voz unisona saludan y llaman á la unión á los treinta millones de descendientes del mismo Pelayo, en esta tierra de glorias imperecederas, donde la luz no se ha puesto aún moralmente, ya que tiene en su horizonte luminares que no se apagarán durante los siglos.

Levantado espíritu, nobleza de miras, generosas aspiraciones han sido siempre caracteres distintivos de una raza que continúa poseyendo la mitad del globo; extendida en campos ilimitados que, por las leyes de progresión de la naturaleza, van día á día poblándose de ciudadanos que reciben de un suelo joven los bríos y la actividad que han de servirnos para el cumplimiento de grandiosos destinos.—Extensión material inmensa, única cosa que, á Dios gracias, separa hoy en día á la Nación-Madre y á los Pueblos-Hijos, cuya independencia misma por caminos providenciales ha venido á ser, como lo estamos viendo, una á manera de ocasión de refuerzo ó acrecentamiento de cariño.

El comercio, atraído por los mutuos intereses de países en extremo fértiles y favorecido por la comunidad del idioma; las tradiciones heroicas de una gloria común;

la mancomunidad de tendencias infundidas por las propias sangre é índole; la coparticipación en el caudal enorme de la literatura castellana, son red de oro que, envolviendo y juntando y convirtiendo en una las familias americana y española, aseguran la estabilidad de un íntimo y fiel acuerdo, prometedora de todas las prosperidades que se originan en el concurso de elementos complementarios.

El egoísmo, pues,—si no otras razones más poderosas y caballerescas,—nos inducen á la grata labor de la unificación de pueblos que se necesitan unos á otros en su viaje ascendente á idéntico porvenir.

Estimulados por los ejemplos legendarios de la grande España, sus descendientes de allende los océanos repetirán hechos en los cuales la Madre se complacerá reconociendo los rasgos fisonómicos de su misma familia. Hechos, no ya del salvagismo, de los trastornos y revoluciones interiores, que nos debilitan y desacreditan, sino magnos, trascendentales, que han de restituirnos un predominio que está vivo, aunque latente, en los hijos de los antiguos poseedores del universo.

Como español-americano, señores, no há mucho, he descendido en la Capilla Real de Granada, con el temblor de la veneración, al sepulcro de la inmortal Reina, por quien Colón dió Dios á un mundo y un

mundo á España.—Donativo que quizá no ha terminado todavía.... ¿Sabemos acaso las riquezas que se encierran en los misterios de un mineral desconocido? ¿Podemos mirar, por ventura, en las tinieblas caóticas de los secretos futuros?

Un muy notable escritor relata del monarca Carlos V, que en el delirio de la agonia balbuceaba aún el temático símbolo de una divisa: á saber, las cinco vocales del alfabeto, que, mal traducidas, significaban: *Austriachorum est imperare orbi universo*. Tengo para mí que el Emperador, con la clara visión de la muerte, anunciaba, nó á los austriacos el dominio de la tierra, sino á vosotros, á vuestra raza en América: *Americanorum est imperare orbi universo, es de los americanos-españoles el imperar en el universo mundo*.

Potencia sobrada tienen para ello los engendros de titanes y de una tierra virgen.—Os confieso, señores, que sentiría positivo orgullo si me fuese dado comprobar en mi sangre siquiera un globúlillo de la que pasó circulando por el corazón de esas millaradas de gigantes que produjo España, la triunfadora de Europa, la triunfadora de América, la triunfadora de Africa, y, en sus guerras intestinas, la triunfadora de sí misma... que es lo más que puede decirse.

FIN.

ÍNDICE

MÁS BROCHADAS:

	<u>PÁG.</u>
En las tinieblas..... En el abismo.	7
¿Qué es el baile?	17
De mi cartera.	27
La tarjeta.	31
El lecho.	41

TIMOLEÓN COLOMA:

Advertencia.. (. . .)	51
I.—Recuerdos nebulosos.—El colegio.	55
II.—La letra con sangre entra.	60
III.—Lo primero que aprendí.—La pulga.	68
IV.—Nuestros crímenes.	73
V.—La primera salida.—El colegio es una republiquita.	78
VI.—La época de exámenes.—Las prime- ras novelas que leí.	91

	<u>PÁG.</u>
VII.—Soy todo un hombre; estoy conven- cido de ello.	97
VIII.—Me desencojo.—Estrenos.	104
IX.—Soy libre, enteramente libre.	114
X.—¡Al campo! ¡Al campo!	121
XI.—La misa en la Parroquia.	130
XII.—Egloga en pura prosa. — Capítulo largo.	134
XIII.—Prosa poética.—Capítulo corto.	144
XIV.—Me enamoro.	148
XV.—Amigos-enemigos.	154
XVI.—Más y más enamorado.	159
XVII.—Del natural.	166
XVIII.—Capítulo último.	175
XIX.—Conclusión.—(Otro capítulo último)	183

DISCURSOS:

Discurso leído en la Universidad central del Ecuador.	189
En el bazar de los pobres.	201
En el <i>Ateneo Hispalense</i> (de Sevilla)	207